

Alvaro Castillo



EL MEDALLÓN

EL MEDALLÓN

Alvaro Castillo

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

5)

10)

15)

20)

25)

30)

35)

40)

45)

50)

55)

60)

65)

70)

75)

80)

85)

90)

95)

100)

105)

110)

115)

120)

125)

biografía y enlaces

EL MEDALLON

(relato minimalístico y omphalosképtiko según el método de eclesis G.O.R.E. de la Univ. de Sancerre II, département du Seine et Oise, France)

1) los gatos

Mrs. Oliver Blanky amaba a los gatos. Mr. Oliver Blanky los detestaba.

Cuando, pocas semanas después de haberse casado, Mrs. Blanky llevó a casa al primer minino –un pulguinto gato callejero al que bautizó Spotsy, ya que era manchado-, Mr. Blanky opuso una débil resistencia, que se hizo, o intentó hacerse más tenaz en ocasión del segundo y del tercer gatos. A la larga, empero, como en tantos casos pasa, lo que a la postre pasó fue que los obstinados sentimientos de la hembra se impusieron, de forma creciente y al final aplastante, a la débil lógica del macho.

Cuando cumplieron veinte años de casados, los Blanky compartían su casa con varias docenas de gatos, mientras las pequeñas tumbas de otro par de docenas largas compartían el jardín con las mimosas y las azucenas de Mrs. Blanky y con los rosales musgosos de Mr. Blanky; y con el floreciente ceibal celeste del jardín, brasileño no argentino.

Cuando los Blanky se casaron, Mr. Blanky, a los 31 años, era uno de los 164 contables de la empresa Murchison & Poor (Créditos, Vencimientos, Hipotecas, Arqueos de Caja y Auditorías para Empresas), y Mrs. Blanky era una joven de 26 años, delgada, bonita aunque algo sosa, de cara

pálida y pecosa, la risa fácil y contagiosa, que se colgaba orgullosa de su marido, con su cuerpo cimbreante ceñido al de él, y lo acariciaba, mimaba y besaba con auténtico entusiasmo, y probablemente con una ternura no menos auténtica, cada vez que éste volvía de la oficina.

Él, Mr. Blanky, aunque algo adusto, era un hombre muy inglés, irrenunciablemente londinense, que trabajaba desde hacía ya 16 años en la City, más de media vida, y siempre para la misma firma (había empezado como se debe, por el escalón más bajo, de recadero), razón por la cual se le habían contagiado, hasta formar parte irreductible e inseparable de su ser, los modos, modales y modismos de ese pequeño, palpitante y peculiar reino financiero enclavado en Londres.

2) palpitaciones del corazón

Mr. Blanky rara vez reía, y aunque tenía una bonita sonrisa rara vez la usaba; de hecho rara vez hablaba más que monosílabos.

El matrimonio Blanky vivía, entonces, en sus inicios, en un pequeño apartamento de renta media del otro lado de Regent's Park (del lado pobre, entendámonos), lo que obligaba a Mr. Blanky a largos desplazamientos subterráneos, que realizaba con vehemencia, a pesar de sufrir de una incómoda (decreciente) claustrofobia.

Los gatos eran una cuestión muchísimo más grave; ya uno solo molestaba, de dos se le cruzaba siempre alguno a Mr. Blanky en el camino y de tres (o de cuatro o de diez) había siempre algún otro que se escapaba o se

enfermaba, para angustia e insomnios de Mrs. Blanky y palpitaciones del corazón, para lo cual Mrs. Blanky tomaba unas pulgaradas de carnitina que le llevaba su señora mamá, que sufría de lo mismo.

-Lo ha heredado de mí, la pobrecita –decía la anciana señora-. Y los gatitos. A mí también me han gustado mucho, siempre, los gatitos, pero mi segundo marido me los mató a todos a tiros, así que preferí dejar de tenerlos.

-Ollie sería incapaz –contestaba con firmeza Mrs. Blanky-. Y en cuanto a ese odioso y aprovechado segundo marido tuyo, que me sentaba siempre en sus rodillas y me exigía besitos y caricias, sin dejar de acariciarme él disimuladamente, te diré...

Mrs. Peplant, que era como se llamaba la vieja, por el apellido de su segundo difunto marido, se llevaba un dedo a los labios y susurraba, mientras aún podía:

-Olvida esos malsabores, cariñín –decía-. El hombre tendría su faceta de malvado, no lo niego, pero era bondadoso conmigo, me quería a su manera, y recuerda, ya sólo queda un puñado de cenizas de él. Fue incinerado, según su voluntad, y aventado al viento, excepto dos pocas onzas troy (unos 73 gms.) de sus cenizas, metidas en una pequeña urna, que se me dieron a mí. Aún las conservo.

-No sé para qué.

-Aún las conservo –repetía la vieja, con su característica y desagradable obstinación.

3) en un gigantesco container

Cuando Mrs. Peplant se mudara a casa de los Blanky, poco tiempo después, su hija, intransigente, no la dejaría entrar si no se deshacía de las cenizas de Mr. Peplant, de modo que la anciana, con lágrimas furtivas en los ojos, que enjugaba con un casi invisible pañuelito, fue hasta la esquina y tiró la pequeña urna en un gigantesco container.

-¿Estás conforme? –preguntó al volver, entre colérica y llorosa.

-Por completo. ¿Verdad Ollie que te lo dije? Ese canalla no entra aquí ni en sus cenizas. ¿A que te lo dije, Ollie?

Ollie, obvio es decirlo, era Mr. Blanky.

En la oficina, a Mr. Blanky lo llamaban Jingo. Su nombre de pila era Oliver Nemesius Blanky. Oliver era no ya un nombre de pila sino el riguroso apellido de soltera de su madre, mientras que Nemesius era, en este caso sí, el nombre de pila de un bisabuelo suyo (de Mr. Blanky) que se había hecho merecedor a dos red ribbons y una Victoria Cross en la Gran Guerra, y que, muerto en combate con el grado de capitán, había legado a su familia la fatídica pero hipnótica Creedence Memorial Honorable Medal, que sólo se otorgaba in conditione postumae, o sea que todos sus merecedores la habían palmado.

4) una humilde taquimeca

La señora Blanky, por su lado, se llamaba Sheila, Muirhead como apellido de soltera (del primer marido de su mamá y padre suyo que había sido), y cuando aceptó salir de dancing al Frenzy, local de moda, con Mr.

Blanky, era taquimeca de Murchison & Poor, con tres años de estudios y dos de prácticas previas en Childe & O'Bannion and Helmwood and Sons & Price-Robertson Brs., Agencia de Cobros y Vigilancia de Morosos.

El paulatino reemplazo, en Murchison & Poor, de las tradicionales máquinas de escribir mecánicas Underwood y Smith Corona, primero por las eléctricas Underwood, Smith-Corona y Adler y muy poco después por los ordenadores personales McKintosh, Compaq, Underwood, Smith Corona y Adler, no cogió a la avispada (espabilada) Sheila Muirhead, como a muchas de sus compañeras, con el paso cambiado. Sheila se adaptó sin la menor complicación. Visto lo cual Mr. Erskine Prouty, un pez bastante gordo de la Firma, emparentado de forma no demasiado lejana con los Murchison o los Poor (o con ambos), la había tanteado (a la joven y linda Sheila Muirhead) para tenerla como su secretaria personal, pero la oferta, a pesar de la insistencia de Mr. Prouty, no cuajó.

Sheila Muirhead se prometió, en cuestión de semanas se casó con Mr. Blanky y al poco tiempo de casada renunció a su empleo y a todas las oníricas puertas que se abrían ante ella tras los repetidos ofrecimientos del joven y apuesto Mr. Prouty. Era un empleo, el de secretaria personal de éste, que tenía incuestionables ventajas, como lo eran lo elástico y a placer de los horarios de oficina y, sobre todo, para una chica que acababa de casarse, como Sheila, el acceso a la cooperativa McLuhan & Poor and Malcolm, Malcolm & Sons, que surtía a la mitad de las grandes firmas de la City y a sus accionistas y altos funcionarios, así como a los hombres de confianza, manos derechas y auditores y, en ciertos contados casos, a las secretarías, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas, gente toda a la que munía con lo que se le pidiera, bien por necesidad, bien por obligación o capricho, desde un yate Supervielle SuperDeLuxe de doble timón, cabina presurizada, motores de 740 CV y GPS acoplado, hasta un paquete de kleenex más impuestos, pero que

también tenía un grave inconveniente (el empleo), ya que Mr. Erskine Prou-ty no se sentía en paz consigo mismo hasta no haber seducido y obligado a echarse desnuda en el sofá de su antedespacho a la secretaria personal de turno, y Mrs. Blanky, según afirmaría ella misma de la forma más enfática, no era de esas insustanciales muchachas que se allanan a todo a cambio de un empleo seguro, bien pagado y carente de obligaciones y responsabilidades.

-Yo seré una humilde taquimeca - dijo alguna que otra vez, antes y después de matrimoniarse-, pero puedo ir por el mundo con la cabeza bien alta.

-Sería una sensible pérdida para el mundo que no lo hicieras, cariño – dijo Mr. Blanky, en plan de guasa sosa-, máxime con esas portentosas tetas que tienes.

5) obras maestras de la naturaleza

-¡Ollie! –exclamó Mrs. Blanky desde lo alto de una escalera.

Era un sábado por la tarde, el día en que Mrs. Blanky fregaba ventanas, ventanucos, espejos y el gran ventanal del living, que se abismaba sobre el lateral nornordeste de Regent's Park, con su taraceado y alto portón de rejas de doble hoja y el estanque con los cisnes y los sinuosos senderos, flanqueados estos por los robustos y elegantes falsos melocotoneros, o falsos pérsicos (para decirlo con precisión): aquellas erguidas, a la par que lánguidas, obras maestras de la naturaleza, creadas ex profeso en los laborato-

rios alemanes de Gensch und Rauch (Genselkirchen), para que ornaran el citado parque inglés.

-Sabes –siguió diciendo Mrs. Blanky- que odio las ordinaries y tú pareces empeñado en introducir las en nuestro santo hogar todos los días.

Mr. Blanky ya había aprendido que mejor una inmediata sumisión que media hora de reproches y un alma vengativa que se las cobraría en la ocasión más inesperada. Llevaban entonces los Blanky unos tres años de casados; más que lo suficiente para que Mr. Blanky hubiera aprendido muchos detalles y secretos pequeños, y no tan pequeños, de la vida matrimonial.

6) poco hembraje

Mr. Blanky, en realidad, conocía poco y mal a las mujeres, y a la suya propia la desconocía por completo, miopía de la que ella era plenamente consciente y que aprovechaba de esa especial manera despiadada típica de la hembra del homo sapiens sapiens.

Toda la experiencia sexual y/o amorosa prematrimonial de Mr. Blanky se resumía, de muchacho (al margen de las putas pagadas), en algunas mucamas de barrio o criadas y, algo ya más crecido Mr. Blanky, en una secretaria de Aubrey Winthorp, un destacado miembro del Consejo General del Gran Londres, que había cedido (la secretaria, no el destacado miembro) a las insistencias de él (de Mr. Blanky) en tres o cuatro ocasiones, y de la cual secretaria él, por supuesto, se había enamorado.

Como no podía ser de otra forma, Mr. Blanky lo había pasado muy mal cuando ella (la estilizada secretaria de Mr. Winthorp) definitivamente lo había plantado.

Poco hembraje hasta entonces, en resumidas cuentas, para Mr. Blanky. De allí a las putas pagadas finas, expertas y hábiles, mediaba medio paso. Y Mr. Blanky lo había dado; se había aficionado. Mujeres como Darleen o Lucy Loo lo hacían sentirse hombre con un mero parpadeo, y había otras aún superiores, como la cubana Florinella, que en ocasiones se negaba a cobrarle, porque, según le decía:

7) el che

-Me has hecho recordar de nuevo a papi, allá há en Hávana, donde lo dehamos y nos largamos, primercito a Flórida, con mama, después yo me fui solecita a Joustón, en Tehas, y de allí a Los Ánheles, donde trabajé dos años y donde es verdad que más se gana; pero la ciudad está infestaíta, te diré, como una pus, de chulos cubanos, de chulos panameños y salvadoreños, de chulos negros de Haití y chulos negros de Santo Domingo, así como de chulos negros de Hamaica y de todos esos sitios y chulos negros de Cuba también, y a mí un negro si paga y no hiede, pues muy bien, ¿pero chulearme, tratar de chulearme a mí? Me vine puesito rapidecito a Londres, donde mi chulo me lo elehí yo y me lo parto con otras dos.

-A tu padre, ¿lo ves? ¿Te cartearas con él? ¿Usáis internet?

-Papi murió hace catorce años, en Hávana. Yo me fui con mama de Hávana cuando tenia ocho añíticos, en una ocasión en que Fidel abrió la mano, supongo que distraído, porque de seguidita la volvió a cerrar, pero mama y yo ya estábamos preparaítas, ¿tú entiendes?, por si lloverían moscas, y llovieron. Así que nos fuimos las dos a Miamí, en Flórida. Papi no, papi se quedó.

-¿Por qué?

-No sé. Quizacito por los recuerdos, porque papi había sido muy bolcheviquei o por lo menos muy zincha de Fidel, que hasta peleó junto con él en Sierra Maestra y fue sargento de reclutas, o sea el que enseñaba la disciplina a los recién llegados, que cada vez eran más y más y un día Ché Guevara le dijo a papi en arhentino, porque Ché era arhentino, le dijo: ‘Che, Malito, a partir de mañana te encargás vos de cincuenta, todos nuevitos, puros pendehos; yo les trato el acné, para que parezcan hombres, y vos les enseñás a serlo. ¿Okay, Malito? ‘Okay, Ché’. Papi estaba orgullósísimo de aquel mandato del Ché. Aunque no por eso fue que se quedó, me temo yo, sino porque mama se negó a llevárselo con ella, ya que papi estaba entonces todo apestado y mitá podrido’.

‘Yo’, prosiguió la muchacha, ‘ya ni me acuerdo de los patios de El Vedado, ni de los plátanos y las palmeras del malecón de El Vedado. De lo que sí me acuerdo es de las rodillas de mi papi, eso sí, que me subía encima de ellas y me hacía ico ico ico coi coi coi, como un caballito, y mama le decía que era un dehenerado. Y tengo también un vago recuerdo de su cara, la de papi, pinchuda de la barba y medio quemada, no negra de negro sino quemada del sol de la sierra, en Sierra Maestra, una cara que no se parecía en nada, pero en naditita a la tuya. Y así y todo hay días en que me lo recuerdas; con nadie me había pasado. Me lo recuerdas no sé por qué, y me pasa sólo contigo y no sabes el enorme agradecimiento que te tengo, aunque sé que esta noche la pasaré triste, me meteré temprano en cama y le diré a Odón que se vaya con la Charo o con Diodorita, que son las otras dos con que lo partimos. Dame un beso grandote y dime “hijita”. Andalé’.

-Toma tu beso, hijita.

8) animales vagabundos

Cuando los Blanky se mudaron a una casa en Luton Town, con jardín, ya que Mr. Blanky había sido ascendido a inspector contable, uno de los 48 de la firma, en la casa pululaba una docena larga, acaso una veintena, de gatos de toda especie, desde un lujoso e inmóvil gato de Angora, de fina, abundante y lustrosa pelambrera negra, alabastrina, y aire de milord, hasta dos enloquecidas hembras siamesas, que se trepaban con sus afilada garras hasta lo alto de las cortinas y meaban contra las paredes, largos chorros semicirculares o sinuosos, sincopados, y sin duda para ellas voluptuosos; acto seguido se lameteaban una a la otra en la vulva y se olisqueaban tras las orejas y se lamían el morro.

Así también había gatitos comprados a bajos precios, gatos recogidos en la calle y gatos y gatitos salvaguardados de los centros de acogida y ejecución de animales vagabundos.

9) una desconsolada madre o viuda

Entonces, en Luton, en una tarde lluviosa, se abrió la primera tumba, destinada al anciano Ariel, el decano de aquella incontable y creciente, y desde entonces cada día más cambiante, familia felina. La tumba la cavó Mr. Blanky; el cadáver del bicho, envuelto en una mortaja de seda (un chal

viejo de la vieja Mrs. Peplant), lo depositó en el hoyo Mrs. Blanky, lloriconsa, mientras su madre la consolaba con palabras melosas, dulzonas, sebosas, seborreicas, asquerosas, que le hablaban del paraíso de los gatos, de rosas y azahares, de jazmines y violetas, de gatas coquetas que eran arcángeles y gatas de mirada provocativa que eras demonios, y de otras cien mil estupideces por el estilo

-Ariel asciende majestuoso, libre de achaques, joven y retozón como cuando lo trajiste, Sheilita, es como si lo viera. Los gatos son los únicos animales que sonríen, y Ariel sonríe ahora, entre nubes de algodón y azúcar candel, soñando en ti. Tú piensa en su deceso como una verdadera cristiana, no como una desconsolada madre o viuda.

Esto último lo dijo la vieja con la agria y desdeñosa mirada, sonriente, posada en las anodinas y melancólicas facciones de Mr. Blanky, suaves, convencionales, neutrales, sosas.

10) escasos y perezosos

‘¿Cómo?’, se había preguntado ya cientos de veces y se lo volvió a preguntar aquella tarde la vieja. ‘Con lo linda que era Sheilita cuando era joven, ¿cómo, por qué la pobrecita tuvo que caer en la cama de este otárido, de esta foca de modesto cacumen, de este engendro de casi nulo calibre físico, con los testículos inútiles como los tiene, que son hedientes guaridas, porque no son otra cosa, de una patota de espermatozoos haraganes y poquitos?’

Pasaron más años, Mr. Blanky no cesó de ascender paso a paso hasta llegar al cargo de sub gerente sustitutorio, uno de 16, y al poco tiempo se mudaron a la que sería su tercera y última residencia: un pequeño palacete de 14 innecesarias habitaciones en Vansittart Ave., cerca del ya clausurado zoológico de Boldoon y a cien metros de la carretera (más tarde autopista) a Kew y Kew Gardens. Los Blanky se llevaron a Mrs. Peplant (Mrs. Oliver Blanky madre, señálemoslo, por si no ha quedado claro todavía) a vivir también allí con ellos. Se la llevaron porque no había otro remedio.

-¿Qué remedio nos queda, Ollie?

-Matarla.

-No digas eso ni en broma.

Mr. Blanky, claro está, no bromeaba, pero prefirió dejarlo así: en un equívoco.

La vieja Mrs. Peplant había soñado con ser abuela, sueños ya rotos en pedazos, de los que se le escapaban hondos y trágicos suspiros al mirar la melena decreciente de su yerno y su creciente barriguita floja. Todo era culpa de él, se decía la vieja, de ése, ya que los dos (Sheilita y él, y ése) se habían hecho análisis y sometido a ultrajantes exámenes, ultrajantes por lo menos para la niña. Y el resultado de aquellos exámenes había sido que Ollie the Gollie, como ella llamaba, de manera despectiva y furiosa, a Mr. Blanky, se había comprobado que tenía espermatozoides escasos y además perezosos; algo horrible, asqueroso, espantoso; algo que hacía llorar a la vieja, de rabia y de pena.

-Perezosos y escasos –decía la vieja, con los dientes postizos apretados-. Entre eso y ser marica, poca diferencia veo.

Mr. Blanky fingía no oírla y Mrs. Blanky, que al principio se ponía hecha una hiena con su madre, ahora se tapaba la boca, pero igual se le escapaban entrecortadas risitas.

11) vanaglorias vanas

Mrs. Blanky se vanagloriaba, con cierta razón tal vez, de conocer a todos sus gatos, no sólo de identificarlos con una simple mirada sino de conocer sus manías, sus caprichos, sus debilidades e inclusive su psicología.

-Cada gato –decía, para pavor y sonrojo de Mr. Blanky, en los casos en que había presencia de terceros, ajenos a la reducida familia que formaban las dos mujeres y él (sin contar a los ya incontables gatos)- tiene su psicología propia, tal como la tenemos los seres humanos.

“A Popsy, por ejemplo, añadía, en referencia al repulsivo gato que acariciaba sobre su regazo, no le gusta el pescado muy picado, sino en trozos grandes, y siente debilidad por las entrañas del gobio y de los méridos y bágridos, pero detesta la merluza, el esturión manchado, que es carísimo, e inclusive la lubina, que es el pez que los doctores recomiendan siempre que uno de estos animalitos de Dios, al perder los dientes, cae en consunción. Vamos, que se muere.

12) hubrix vorax dorada

Hasta de comadrona oficiaba Mrs. Blanky cuando alguna de las hembras daba a luz.

-Vaaaamos. Purrr purrr puurrrrr, la niña ya está mejor y tiene cuatro preciosos hijitos a los que hoy mismo vamos a vacunar contra el moquillo y la hubrix vorax dorada, esa ameba odiosa que se intuba en el riñón de los mininos de pocos días, incluso de pocas horas, y que se reproduce allí, según nos explicó el doctor Fleming cuando ese horrible bicho mató a Gitani-lla.

“El doctor Fleming, seguía parloteando absorta Mrs. Blanky, hablándole a su gata, nos dijo que en quince horas, más o menos, se produce la primera partición, partenoqué o como se llame, en el caso de que se haya inficionado una única hubrix vorax dorada en el organismo del pobre minino, lo que sería rarísimo, porque la hubrix vorax dorada se inficiona por cientos, por miles, por millones, y aun en el caso harto improbable de que se inficionara sólo una, muy pronto ya serían dos, en entre doce y quince horas, y las siguientes particiones, partenogénesis, lo he recordado, según nuestro amable doctor, tardan otras seis horas, y después se producen cada cuatro, cada dos, cada una, cada media hora, cada cuarto de hora, cada ocho minutos, cuatro, dos, uno, medio minuto, un cuarto de minuto, siete segundos, tres, segundo y medio, cuarto de segundo y el minino a esas alturas ya esta muerto y hay que quemarlo y meterlo en una bolsa impermeable de poliuretano imbuído con tartrato de plomo y yoduro de magnesio e ir y tirarla en el container de Bank y Yardley, and Cotts & Milburn, de donde recogen los desechos dos veces al día, en razón de la fábrica de tubos de acrílico que posee dicha empresa, que vierte en ese container sus sobrantes y detritus, que deben de ser de lo más contaminante, porque no porque sí los obreros manejan el container con máscaras de un material transparente y con guan-

tes supongo que de amianto, pobre gente. Y pobres, pobres, pobres, pobrecitos mis mininos, ¿qué nombres te gustaría ponerles?

13) aramís y porthós

La pregunta, que iba dirigida a Mr. Blanky, era retórica; Mr Blanky lo sabía por larga experiencia, de modo que emitió una tosecita vaga y no contestó. En esta ocasión, empero, contra todos los precedentes, Mrs. Blanky se giró, plantó un puño cerrado en su ya excesiva cadera y ordenó:

-Dos cachorrillos son machos. Dime dos nombres para ellos. Te doy de plazo hasta mañana.

Atónito, Mr Blanky balbuceó que no requería de plazo ninguno, y que le gustaría que los mininos se llamaran Aramís y Porthós.

-Esos son nombres que sacaste de un libro.

-Si, por supuesto –reconoció Mr. Blanky.

-Me tienen hasta el gorro tus veleidades artísticas. Se llamarán Fredo y Nimbo, que son nombres de gato, no de pistoleros ni de espadachines.

Punto.

‘Debí discutir, mostrar mi furia’, se diría Mr. Blanky, horas después del incidente, que había sido una deliberada y calculada trampa que le había montado Mrs. Blanky para humillarlo y pisotearlo una vez más.

‘Un día me las cobraré todas juntas, a tiros, con la Glock de Jaill’, se dijo Mr. Blanky, y se regodeó con el momento en que sacaba el arma del cajón de la mesa de noche y descargaba todo el cargador, más la bala de la recámara y la preparada para abrir fuego, trece balas en total, en la cara, las tetas, la barriga, el culo y el coño de la odiosa Mrs. Blanky.

Este delicioso sueño de vigilia, allí junto a la perdularia gata parturienta, se prolongó varios segundos, lo que le impidió, a Mr. Blanky, atender a algo que Mrs. Blanky le decía; algo relacionado con la maldita gata paridora.

-¿Cómo, querida? –inquirió Mr. Blanky, no sin cierto temor a un estallido de furia por parte de Mrs. Blanky, ya que él había estado distraído con sus homicidas ensoñaciones; pero no; pero qué bien; pero Mrs. Blanky parecía simplemente preocupada. Parecía ensimismada en su preocupación.

14) la gata preñada

-Yo hubiese jurado que Milva (que así se llamaba la recentísima mamá gata) no estaba en estado de celo; si es una gata que no ha terminado todavía de desarrollarse. Me pregunto...

Mrs. Blanky gruñó al ponerse laboriosamente de pie, sin que su marido hiciera ni el menor ademán, fingido o no, para ayudarla, de lo que ella se quejó al pasar:

-Bien podías haberme echado una manita.

-Lo siento, Sheila. Me tenían tan absorto tus palabras, estaba tan embebido –el sarcasmo era tímido, balbuciente, ineficaz, y Mr. Blanky estaba muy cierto de ello- que no atiné a...

-Bah

Mrs. Blanky se frotaba el denso y adiposo sector renal mientras con los ojos escrutaba y contabilizaba mininos, que se escabullían con la cola caída, e inclusive aplastada contra la barriga, por el resquicio más cercano; huían de la mirada entre hipnótica y suspicaz de su cariñosa aunque temible dueña, que se había plantado brazos en jarra en medio del salón.

-Me gustaría saber quién ha sido –dijo- el pícaro gato de callejón que abusó de esta casta minina y la violó. No estaba en celo, lo apostaría.

-Si no estaba en celo –intervino con cautela, entre varios ehs y ehms, Mr. Blanky- difícilmente hubiese alumbrado, querida.

15) las feromonas

-El doctor Fleming –dijo Mrs. Blanky, con énfasis-, el veterinario, el sobrino biznieto, como tú bien sabes, de aquel famoso Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina; nuestro doctor Fleming, que ha volcado su talento no en el mero y pasajero género humano, aunque título para ello tiene, ya que es médico doctorado en Heilderbeg, sino en el vasto mundo de los animales llamados inferiores, sector mascotas o animalitos de compañía, puesto que nuestro doctor atiende no sólo a chuchos y gatos sino a ranas, sapos, sapitos de las Galápagos, cotorras del Brasil, víboras, leones hembra, un león macho, cocodrilos y aves de todo tipo, desde el humilde canario sin canto hasta los deslumbrantes y agresivos halcones jerifaltes...

-Los raudos torbellinos de Noruega –intervino Mr. Blanky.

-¿Qué has dicho? –Mrs. Blanky estaba evidentemente molesta por haber sido interrumpida.

-Raudos torbellinos –repitió Mr. Blanky-, de Noruega. Así llamaba a los jerifaltes un poeta no recuerdo si italiano o español. Me lo dijo Jaill, ehhh... Mr. Housewater.

-Menuda memez –dijo Mrs Blanky, y prosiguió, con los ojos entrece-
rrados-. Este cercano y amistoso doctor Fleming, un médico con toda la
barba, porque lo de veterinario no pasa de ser un rótulo; este amabilísimo y
brillantísimo doctor, que ha desdeñado fama, fortuna y honores como médi-
co, título que también posee, como ya te he explicado; título, para ser más
precisos, que le fue expedido por una de las facultades de medicina más
prestigiosas y luminosas del mundo, como es la del Heilderberg de Alema-
nia; este hombre que todo lo ha desdeñado para entregarse en cuerpo y alma
al cuidado y curación de mascotas; pues bien, este doctor Fleming, que sabe
muy bien de lo que habla, opina lo contrario que tú, que nada sabes de ani-
males ni de nada.

“El doctor Fleming sabe, y me lo ha señalado, que puede darse, sobre
todo en las gatitas primerizas, una ovulación sin celo, o sea una descarga de
carbohidratos nitrogenados, que no otra cosa es el óvulo, sin producir las
características proteínas gigantes llamadas feromonas, que en el caso de los
félidos actúan como desencadenante del celo. La pobre Milva estaba prepa-
rada, según todos los indicios, para ovular, mas no para producir una com-
pleja proteína como es la feromona.

16) una tenuidad sutil y casi yerta

Mientras disertaba, Mrs. Blanky se acariciaba, distraída, el medallón que, con una tenuidad sutil y casi yerta, centelleaba entre los pesados senos de su dueña al tiempo que ésta se movía de un lugar a otro, nerviosa y sin duda agotada a la par (aquella laboriosa parición), a pesar de toda su habitual energía, como si de hecho hubiese parido ella; y en buena medida, se decía blandamente Mr Blanky, en efecto había parido ella.

-Y por ende –terminó por decir Mrs Blanky-, es obvio llegar a la conclusión de que a mi pequeña Milva la han violado. La violó algún gato cabrón del montón, no ninguno de mis deliciosos mininos, como tú no te atrevas ni a insinuar.

-No he insinuado nada –se defendió Mr. Blanky.

-No tal vez con la boca, pero lo que son los ojos...

17) lo inminente

Ocurría que Mr. Blanky, por su lado, también se sentía cansado, distraído y sobre todo preocupado; lo preocupaba un asunto bastante más serio que la parición de cuatro gatejos incoloros y blanduzcos. Los nervios y preocupación de Mr. Blanky procedían, al igual que el insomnio que había hecho presa de él de unos días a esta fecha, del hecho de que un gran evento inevitable se acercaba en la Firma, es decir en Murchison & Poor, a saber: la jubilación inminente del Gerente General Segundo Full-Degree, que según había hecho saber el Vicepresidente Ejecutivo o CEO (Chief Executive Officer), como también se le llamaba, de la Firma, sería reemplazado seguramente por alguien de esta misma dicha Firma; esto era algo que se daba por posible, o, para ser más precisos, por probable, inclusive por muy pro-

bable, ya que era hartamente difícil (por no decir imposible) que la Firma contratara a alguien de afuera, aunque en contadísimos casos había ocurrido, para que desempeñase un cargo tan elevado.

En el ínterin, mientras Mr. Blanky divagaba, el brillo del medallón se apagaba, volvía por un instante y en un momento era azul, al siguiente rojizo o amarillo, para desaparecer y dar lugar nada más que a un objeto ovalado, bisutería barata, manchado de grasa y polvoriento, que un chispazo naranja y otro lila fugazmente rescataban.

‘Y en ese caso, cuando Ese Tal se jubile’, pensaba Mr. Blanky, con osadía de entrecasa, ‘sí, ¿por qué no yo? Soy el más antiguo de los seis empleados con categoría de Sub Gerentes Sustitutorios, lo que puede ser una ventaja como lo contrario, mejor no pensar’.

18) el álamo solitario

Mr. Blanky se percató de que Mrs. Blanky lo observaba con un asomo de perplejidad y desvió de súbito la vista a la ventana, a un paisaje, su jardín, donde un triste álamo solitario y una fila de tres cipreses, infinitamente más tristes que el álamo solitario, volcaban su cargado follaje de estío hacia un diminuto lago artificial de forma arriñonada, surcado por delgados puentes o pasarelas que se entrecruzaban, para que pudieran moverse los gatos y ver sus reflejos en el agua.

Cuando el CEO se refirió a ese “inminente cambio”, como dijo en algún momento, faltaban todavía dos años y pico para que el relevo se produjese, si las cosas seguían por su carril habitual y el gerente se jubilaba (y no se moría antes o lo echaban). Dos años y dos meses, exactamente; eso de-

mostrada con qué seriedad y con qué detalle se tomaban las cosas en Murchison & Poor.

‘La Firma’, se dijo Mr. Blanky, ‘es una empresa muy seria’.

Pensaba (Mr. Blanky) que esta convicción, que sentía hondamente desde hacía muchos años, le sería ventajosa para ascender en los rangos y cargos de la dicha y mentada empresa

19) el trenecito

Mr. Blanky se sabía un hombre metódico y detallista, quizá no demasiado imaginativo pero lo bastante tenaz y capaz como para trazarse una línea y seguirla; capaz otrosí de recibir una orden, por muy compleja que fuera, y cumplirla, o planificar lo que fuera y llevarlo a efecto, desde la compra de un paquete de preservativos muy lubricados y de colores (o con crestas de gallo) para Jaill Housewater (el CEO) hasta la construcción de un trenecito eléctrico de metal con sus raíles, sus puentes, sus stops automáticos y sus luces de colores, cambios de agujas y señalamientos de derrumbes, desvíos y zonas de desperfectos, que había fabricado él a solas, tornillo a tornillo y durmiente a durmiente, en una de las habitaciones de Vansittart Ave., que tenía bajo llave a causa de los malditos gatos, y la llave guardada en su llavín.

-Antes me dejó matar que dejar entrar a tus mininos en mi cuarto del tren.

-Guárdate tu tren, niño de teta, caprichoso y egoísta, que no dejas que unos seres que al fin y al cabo respiran y caminan, como tú, se paseen entre tus vías y tus wagon-lits.

-¿Y que me los meen todos y llenen de porquerías? –gruñó Mr. Blanky-. No, gracias.

Por una vez Mr. Blanky se había impuesto, pero eso no lo haría feliz.

Dos semanas después de aquella discusión, preso de angustia y sufrimiento, le dejó la llave del cuarto del tren eléctrico a su mujer, sobre el mármol del placard grande. Ella le preguntó, con la llave en la mano:

-¿Qué es esto?

-La llave del cuarto del tren eléctrico, para que jueguen tus mininos.

-A mis mininos ya no les interesa.

Mrs. Blanky dejó la llave en el lugar del que la había agarrado y pasó de largo junto a Mr. Blanky, muy oronda, con gatos envueltos en torno a su grueso cogote y otros en las manos y bajo los brazos, más varios que jugaban y se tarascaban entre sus gruesas y varicosas piernas, y salió al jardín.

‘Nunca más, maldita zorra; nunca más’, se dijo Mr. Blanky, sin saber muy bien a qué se refería. Un odio gris y polvoriento lo cegaba.

20) la brevísima consulta

El doctor Fleming llegó, en aquel difuso día en que Milva dio a luz a sus cuatro bichejos, un rato más tarde del alumbramiento.

El doctor Fleming era un hombre alto, de espalda cargada, de faz alargada y tez amarillenta, con los ojos muy metidos dentro de sus cuencos y muy separados por una aristocrática nariz aquilina, rampante; la boca parecía firme, concisa, pero la barbilla no se correspondía con las alargadas y estilizadas mandíbulas; era apenas un hoyuelo sin distinción ni carácter, un

detalle mero, asaz secundario, cuya falta de los ya dichos distinción y carácter menguaba sensiblemente la poderosa impresión que causaba, al primer golpe de vista, el largo rostro de alta frente y cabello negro del doctor, con sus dos bellos mechones plateados a los lados más un tercero, ¿deliberado?, que le colgaba sobre la frente y que él, con fino pero decidido ademán, apartaba vez tras vez llevándolo tras una oreja, de donde a los pocos minutos se escurría para volver a balancearse leve y lentamente contra la alta frente de pensador.

-Este es mi marido –los presentó Mrs. Blanky, a modo de evacuado deber, a los dos hombres, que hasta aquella tarde no se habían visto nunca-. Y aquí el doctor Patrick Joyce Fleming.

Un rápido estrechón de manos.

La mano huesuda y fuerte del sobrino biznieto cazó y soltó en un cuarto de segundo la mano fofa y tibia de oficinista de Mr. Blanky, como una obligación social puesta y depuesta en el mismo instante.

Tras un intercambio de palabras que Mr. Blanky apenas si escuchó, ni las del doctor ni las suyas propias, con el doctor arrodillado frente a la gatita que acababa de ser madre y Mrs. Blanky acuclillada cerca de él, la brevísima consulta llegó a su fin. Una inyección sobre cada cachorrillo, una auscultación sobre la joven madre y listo.

Después de guardar en su elegante maletín la aguja con su émbolo y su fonendoscopio, el doctor Fleming extrajo del bolsillo de su impecable cazadora un taco de papeles alargados (un recetario) y apoyando éste en la mesa, escribió algo sobre una receta, con trazo tan firme como letra enmarañada.

-Adminístrele dos obleas en cuanto pueda. Si la minina pasa de esta noche de dramático post parto sobrevivirá. Hoy precisa descanso y recupe-

rar sus energías; estas obleas coadyuvarán. Los cachorrillos pueden pasar sin mamar hasta mañana por la mañana.

La receta pasó de las manos del doctor a las de Mrs. Blanky y de las de ésta a las de Mr. Blanky.

-No pierdas el tiempo por el camino –ordenó la mujer.

-Descuida, Sheila.

21) the fog and smog

Mrs. Blanky se quedó de plática con su elegante y preciso doctor Fleming, mientras que Mr. Blanky salió a la farmacia en mangas de camisa, bajo un sol de fuego, que en su niñez londinense, y en su larga y sufrida adolescencia de forúnculos, deseos inalcanzables y pasajeros y vergonzantes alivios solitarios, no existía. ¿Qué habían hecho estos torios de Mrs. Thatcher con aquella tan querida a la par que tan odiada bruma marrón (fog y smog), que lo difuminaba todo y borraba las distancias?

Ah, aquella bruma tenaz que hacía del sol un alto farol de juguete y de los planetas y las estrellas una hipótesis; Ah, aquellas noches de luna llena en que la pasmada cara redonda de la diosa de la noche se asomaba entre el espeso vapor fabril para perderse en seguida, ¿dónde estaban?

Acalorado y a paso rápido, bajo aquel implacable sol tropical y tory, Mr. Blanky trasladó su anatomía de su casa a la farmacia, a tres manzanas y media de distancia, que atendía el licenciado Jimmy Long, compadre de Mr. Blanky en largas y ociosas partidas de billar en las que ambos intercambiaban mentiras a propósito de mujeres inventadas o entrevistas o, en el caso de Mr. Blanky, vistas a diario (aunque a distancia) en Murchison & Poor, a

las que los dos se llevaban a una ilusoria cama de fantasía. Los dos sabían que el otro mentía lo mismo que él, pero reconocerlo hubiera sido como matar aquel sabor único que dejan los insoñados sueños gratos.

Mr. Blanky y Jimmy Long bebían largos whiskies que se aguachentaban lentamente, se desvaían y desleían con el paso de los minutos, los cuartos, las medias, las horas. Jugaban vis a vis a la carambola francesa, a tres bandas, y los dos eran bastante hábiles. Pagaba el que perdía.

En esta ocasión, en la farmacia de Jimmy Long, Mr. Blanky le pasó a éste la receta y no se quedó a platicar.

Y eso que Jimmy le preguntó:

22) el arsenal foot ball club

-¿Crees que el Arsenal ganará por fin tres partidos seguidos?

Los dos (Mr. Blanky y Jimmy Long) eran seguidores del Arsenal Foot Ball Club, aunque Mr. Blanky sólo ejercía como tal en la farmacia o cuando acudía al stadium, envuelto en una bufanda a rayas con los colores del club y acompañado por Jimmy y un dudoso y cambiante grupo del que tanto el farmacéutico como Mr. Blanky, Jingo en este caso para todo el mundo, formaban ambos parte: se hacían llamar los Viejos Muchachos (Old Boys), el Grupo Salvaje (Wild Bunch) y, más concretamente, la Barra Argentina (aunque esto último lo habían suprimido como secuela de la Guerra de las Malvinas, o Falkland War).

Eran como mucho una veintena, los Muchachos, y se reunían en la Copper & Tin Inn (and Parsons & Greville Tavern), a doscientos pasos escasos del stadium, en el que ya brillaban los altos focos en hileras que formaban rectángulos de un luminoso blanco compacto, cegador si se lo miraba fijamente. Eran dos los rectángulos de luz que se veían desde las dedeadas y grasientas ventanas de la C&TI (y P>), como llamaban los Muchachos a la taberna.

Al margen de la farmacia y los partidos que se jugaban en el stadium, el foot ball apenas si existía en la antaño tan simple y hogañero crecientemente complicada vida de Mr. Blanky.

23) el ceo

En ocasiones, y a despecho de sus brillantes perspectivas, Mr. Blanky echaba de menos la simplicidad de su vida de antaño, y eso a pesar de tener que lidiar mano a mano, en duelos furiosos, con la cada vez más fiera de Mrs. Blanky y con la fiera revenida, resentida, retestinada e hinchada de la pus del odio a la humanidad y el mundo, de la vieja y caduca Mrs. Peplant.

Y así, aún después, cuando sus brillantes perspectivas parecía que se iban a concretar con creces, por lo menos hasta el cargo de Vice Gerente Subsidiario o Sustitutorio, 6 en total, un cargo que ya era suyo hoy en día, el pobre de Mr. Blanky extrañaba la sencillez de antaño, y la furtiva lágrima por el tiempo que era ido y acabado se la tragaba con el whisky (un trago de Johnnie blue o Johnnie green, como decían los expertos, los ricachones, los bebedores habituales de aquel áspero néctar), cuando no podía desagotarla a solas en un lavabo.

Y todo por Jaill Housewater, el CEO de Murchison & Poor, que había consolidado con Mr. Blanky, o sea con el modesto y discreto Jingo, una de esas amistades que, vistas desde el pasado, parecen muy poco posibles. Una amistad que, sin embargo, existía, se había producido, había germinado, se había ¿genetizado?

Era una amistad estrecha, que se prometía perdurable, la que se daba entre el aristócrata rico, baronet por mérito y, al menos en buena medida, por cuna, aunque el título no se lo adjudicaran hasta los 34 años, y Jingo o Mr. Blanky. Amistad que nació cuando Jingo (o Mr. Blanky) ya llevaba cerca de una década en la empresa, y a fuerza, en su caso (en el de Jingo Blanky), de puro mérito, estudio, estulticia, adulación y aprendizaje, había ascendido de recadero a ascensorista, después a vigilante nocturno, por el pago puntual de 120 libras lineales extra a la semana, después a ordenanza y por fin, tras un largo itinerario que de momento no enumeraremos, a contable, que fue cuando se casó. Era ya contable mayor cuando su amistad con Mr. Housewater floreció.

24) la estrategia global

Las secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas de la Firma, Sheila Muirhead entre ellas, eran todas chicas, señoras, señoritas y mujeres en general, y parecían, hasta cierto punto al menos, estar como al margen de la empresa, ya que los altos mandos, con sus esbirros, lacayos y soplones de por medio, desalentaban por todos los medios las relaciones personales en-

tre hombres y mujeres dentro de la ya a menudo citada empresa. Esto, empero, no arredró a Mr. Blanky, que cortejó a Miss Muirhead y la conquistó.

‘Maldito fuera el día’, se diría Mr. Blanky años más tarde.

-Política tradicional de Murchison & Poor –diría Jaill Housewater-, desde el día mismo de su fundación, querido Jingo, muchacho. Me temo que los dos socios fundadores, Abel Donovan Grandison Murchison y Donovan Abel Charles Grandison Poor, primos carnales inter alia, como se dice, eran unos malditos puritanos, de puro reprimidos. Por eso veían mal las relaciones entre sexos opuestos dentro de la Firma, y como te digo aquella política fructificó y continúa vigente. Aquellos viejos fundadores eran unos victorianos típicos, precursores de hecho de los modales pacatos y timoratos de muestra no bien jamás llorada Queen Victoria y de su Siglo, ya que la Firma, según sabrás, se fundó en 1807, o sea en los tiempos salaces y libertinos de la Regencia. Desde entonces machos y hembras, en la Firma, están rigurosamente compartimentados. Desde entonces otrosí, en la Firma, hemos practicado una estrategia global que abarca todo el planeta.

Esto se lo explicó detenidamente, en su día, Jaill Housewater a Jingo, que entonces era ya poco menos que gerente subsidiario in pectore de la Casa Central de Murchison & Poor, lo que de hecho lo convertiría, cuando subiera de grado, lo que ya estaba al caer, en Sub Gerente General Tercero (con otros 3) de la Firma, un puesto en el que estaría, muy muy muy pronto, por encima de todos los gerentes, managers y directores de agencias, sucursales, filiales y firmas tributarias y subsidiarias repartidas por toda Gran Bretaña y la Greater Britain, que comprendía a la gran isla de Man como a la más menor de Wight y a las desoladas islas escocesas (Shetlands, Hébridias, Orkneys), así como a Irlanda del Norte (el Ulster), del mismo modo en que había comprendido a Irlanda en su totalidad hasta determinado día ya por desgracia lejano.

Y de las nebulosas islas la Firma se había expandido en filiales, sucursales, empresas subsidiarias y compañías tributarias y subrogantes hacia la Europa Continental e islas del Mediterráneo, desde la enorme Sicilia, parte de Italia, hasta la diminuta Malta, estado soberano e independiente. También, por supuesto, las ramificaciones de la Firma alcanzaban los EE UU de América y Canadá, así como a la mayoría de los numerosos países de América Latina y las islas Cayman, Bahamas y Bermuda, del mismo modo y manera que a St. Lucia, St. Vincent, St. Kitts-Nevis, Grenada, Dominica y demás estados independientes de las islas llamadas de Windward y Leeward, en las Antillas Exteriores o Menores.

25) donde pisó colón

-Donde pisó Colón cuando los visitó por vez primera-, según apuntó alguna vez Jaill Housewater.

Jaill Housewater tenía un defecto visible y notorio, cual lo era su larga, abundante y ociosa facilidad de palabra. ¿Sería la facilidad de palabra de Jaill, se preguntaba Mr. Blanky, un defecto o una virtud? ¿O acaso no era ni lo uno ni lo otro, sino el resultado tan sólo y plenamente de la educación, la desenvoltura y la riqueza? A Mr. Blanky, en realidad, estas disquisiciones poco le importaban. Lo que le importaba, lo que lo preocupaba e inclusive lo alarmaba eran las virtudes y defectos secretos de su amigo Jaill.

Porque Jaill Housewater, aparte de sus defectos y virtudes públicas y visibles, tenía también miles y miles de virtudes y defectos ocultos, secretos y privados, el peor de los cuales –según intuía Mr. Blanky, en ocasiones hasta con angustia- era el egoísmo. Se trataba de un egoísmo a ultranza, ce-

rril, gigantesco como el infierno y feroz como el infierno hirviendo en lava; un egoísmo capaz de sacrificar y aún de sepultar, por parte de Jaill, a su íntimo amigo Jingo sin el menor remordimiento, con tal de mantener Jaill su posición, de conservar sus prebendas y colusiones, su dinero bien o mal habido, sus amantes moldavas, sus teenagers italianas, sus veinteañeras francesas, sus treintañeras españolas, su blue ribbon y green ribbon, su Ayalá y su Krug y su oblonga, amplia y poblada cochera, donde el Aston Martin de tapizado de jirafa ocupaba el rincón nornordoeste, el Aston Martin con tapizado de lince americano el rincón estenordeste, el Aston Martin con tapizado de impala plateado el rincón sudsudeste y el Matra Super B/730S con tapizado de íbex azul el rincón sudsudoeste; así como sus caballos de montar, sus dos purasangre radicados en Florida, al igual que el otro, Excalibur, el castrado, que corría en Texas y California; y todo lo demás, que era mucho.

Ni el menor níquel de su fortuna arriesgaría Jaill Housewater ni por su entrañable Jingo ni por nadie.

De eso Mr. Blanky estaba seguro.

26) lugares techados

En Kingston, capital del estado de Jamaica, tenía su sede central, con agencias en Bermuda, Nassau, Vaduz, Montecarlo y Cayman Islands, el banco Chimneys & Mottram, Redditor, Peckney, Peckney and Redditor, und Gottolp, Barziniewicz, Flux et Fils (conocido como Molossus Bank), que pertenecía en su totalidad a la Firma. Allí los altos cargos ejecutivos de la Firma recibían sus comisiones, sus porcentajes en el negocio de los fletes y cargoes y de los seguros y reaseguros a fletes y cargoes, así como los del

negocio de la construcción y los créditos, los seguros, los reaseguros y seguros a terceros y contra terceros al igual que el management de la construcción, o de la red viaria de tal o cual países –carreteras, autopistas, autorutas, rotondas urbanas o de carretera, puentes, túneles, etc- y sobre todo del gran negocio superlativo de las minas a cielo abierto y del cemento.

Allá a Kingston irían a parar, pues, los emolumentos turbios o dudosos de Jingo Blanky, como lo hacían los de los demás prebendados de la Firma, que no pasaban, por lo demás, de docena y media. Esto se lo explicó a Jingo Blanky, sin entrar en detalles, Jaill Housewater una tarde, en un banco de la plaza Colonel Flaxman & Sons (and Daughter), de Primrose Hill.

-Nunca hables de cosas serias en lugares techados, querido Jingo –le dijo-, ni frente a ventanales ni en sitios donde haya gente que se te pueda acercar a menos de 300 pies (unos 100 metros) de distancia.

Entonces estaban en lo alto de Primrose Hill, según se ha dicho, en un lugar estratégico de aquella recoleta plaza del Col. Flaxman & Flía., que mantenía a la vista un sector vacío (de los muy últimos que conservaba Londres) de más de 500 pies (unos 175 metros) de diámetro.

27) la sangría

-Las cementeras son uno de los negocios más lucrativos que maneja la Firma.

Así se lo reveló una vez Jaill a Jingo mientras los dos disfrutaban de sendos y plebeyos vasos de sangría española en una taberna de esquina cerca de la casa de Ixa, una moldava quizá cuarentona (era muy difícil deter-

minar la edad de esas bellas y lustrosas campesinas esclavas) a la que acompañaban dos teenagers compatriotas de ella que habían llegado a Londres de manera clandestina hacía muy pocos días, y a las que Housewater había prometido ayudar y lo haría, sin pedir compensaciones de ninguna clase, porque para él era fácil, le bastaba con ordenar que las metieran a ambas en la nómina de cualquier filial o empresa asociada o compañía derivada o sociedad comanditaria de la Firma, y listo. Las tenía en el bote.

-¿Te atreves acaso a calcular la enorme cantidad, querido Jingo –preguntó Jaill Housewater, tras un rato largo de silencio, mientras los dos (Mr. Blanky y Mr. Housewater) degustaban la deliciosa aunque algo cabezona bebida española de cuyo nombre Mr. Blanky, de momento, se había olvidado-, de material de compañías cementeras que se utiliza en el mundo, mi queridísimo Jingo, minuto a minuto?

Después de esta pregunta, asaz retórica (por lo demás) se quedaron callados de nuevo los dos (Mr. Housewater y Mr. Blanky), en el silencio y la plácida platitud o llaneza compartida de los primeros sorbos de aquella dulzona bebida, silencio y llaneza que Jaill había hecho añicos con su súbita pregunta, en la que todavía (aunque las ocasiones eran cada vez más raras) se le había escapado ese leve tonillo de superioridad mental, racial, de jefe, que a Mr. Blanky seguía sin molestarle (aunque a estas alturas le debiera molestar), porque era lo esperado, porque era como lo habían tratado y ninguneado a Mr. Blanky toda la vida, desde los jefes y jefecillos a los jefazos y altos jefes que había soportado, como recadero, como ordenanza y ascensorista e inclusive como contable de cuarta categoría y aún de tercera y segunda, en la mismísima firma, Murchison & Poor, a lo largo de más de veinte años, hasta que subió a contable de primera y después a sub gerente. Entonces ya nadie lo destrataba ni ninguneaba. No, señor: Jaill Housewater velaba por él.

28) el oprobio

Hasta que un día Sir Jaill Poor Housewater le habló (a Mr. Blanky) y al tiempo habló de él (de Mr. Blanky), borracho (Jaill) pero con sincero y auténtico entusiasmo, a su sastre (el de Jaill), y lo que pudo ser un desastre devino en amistad y planes a lo Jenjis Jan, según pensaba Jingo Blanky, si bien sin decirlo, para conquistar entre ellos dos el mundo.

Siempre había sido mal tratado, en efecto, Mr. Blanky, por jefes y jefecillos y jefazos y altos jerarcas, pues hasta los conserjes de hoteles y edificios de lujo lo maltrataban de palabra u obra. Le ocurrió una vez, por los mismos días de sus primeras charlas con Jingo, que lo destratará el conserje del edificio donde él alquilaría, por 1399 libras semanales, su lujoso apartamento diáfano, en Regent's Street, gracias a un crédito ipso facto, a sola firma, de un banco filial de Murchison & Poor.

El hombrecillo, el diminuto conserje, en un principio (Jingo, con el tercer jarro de sangría, se enfurecía al recordarlo), lo había tratado (a él, a Mr. Blanky, a Jingo) con visible desdén e insoportable altivez. Y lo mismo había hecho un empleaducho de la inmobiliaria que se encargaba de alquilar el apartamento. Él (Mr. Blanky) bien que les había parado a los dos los pies, pero el recuerdo de aquel oprobio todavía le escocía.

‘Tengo que cambiar’, se decía Mr. Blanky, ‘Tengo que aprender. No me tengo que dejar más basurear ni ningunear. No por nadie que no sea Jaill, y Jaill a nadie basurea ni ningunea. No es su estilo. Bien sé que Jaill es un canalla de tomo y lomo y de armas tomar, pero sin basurear ni ningunear

a nadie, porque ése no es su estilo. Tengo que aprender a ser un caballero flemático, culto y esmerado como él’.

29) de cementerios y tiza

De modo que Mr. Blanky escuchaba sin inmutarse a su amigo Jaill, que hablaba, se oía y se regocijaba de sus propias palabras, tal así:

-Las cantidades de cemento, imagínate –decía-, que se emplean nada más que en los cementerios, Jingo, sin ir más lejos. ¿Porque de dónde crees tú que procede la palabra, Jingo? ¿Y cuál crees tú que procede de cuál? ¿Cemento de cementerio o cementerio de cemento, Jingo? Piénsalo, Jingo, piénsalo.

“Y el hormigón, y el macadán, y las canteras de piedra pómez y de areniscas, que las hay de diversos colores y calidades, y de piritita, de feldespato, de mica, de cuarzo, de piroxeno, de magnesio, de magnesia, de manganeso, de yeso, de gres, de greda, de bauxita, de la que se saca el aluminio, de coltán y de tiza, Jingo. ¿Sabes cuánta tiza blanca se gasta hoy en día al día solamente en las escuelas, hoy todavía, a pesar del uso creciente de ordenadores y de pantallas de plasma y cristal líquido? ¿Y lo que se gasta en tizas de otros colores? ¿O en tiza de billar, que tiene una composición diferente y es más difícil de localizar, pero que igual es altamente rentable? De tiza de billar no las hay, pero de tiza de escuela, digamos, hay miles, hay decenas y centenas de miles de canteras a flor de tierra, como quien dice, repartidas por el mundo. Esos y no otros son los grandes negocios mundiales, Jingo. Esos y no la Westinghouse ni la Mercedes Benz ni Microsoft ni Sony

ni Toshiba. Tampoco los grandes bancos alemanes y japoneses, Jingo. Y esos negocios pavorosos, Jingo, los grandes negocios mundiales, Jingo, la tiza, la pirita y el feldespató, no el oro ni la plata ni el platino sino el tungsteno, el litio, el bario y el boro, Jingo, los controla la Firma, Jingo, a través de los créditos, los seguros, los reaseguros, los seguros a y contra terceros, Jingo, los arqueos de caja, las auditorías, los balances y por supuesto el Impuesto al Valor Añadido, que no es otra cosa que un brutal y descomunal peloteo in crescendo de gaita, de plata, de pasta, de crudo, de mangos, de pan de molde, de dinero en suma, que la Firma maneja, digamos, o manipula, para decirlo con más precisión y de más cínica manera, de modo que las cuentas cuadren. Y las cuentas cuadran siempre, Jingo, porque las cuentas las hacemos nosotros en nuestro exclusivo beneficio. Eso somos nosotros, Jingo, la Firma, Murchison & Poor, y tú, si no se me tuercen las cosas, serás el próximo Gerente General Segundo. ¿Sabes lo que es la pechblenda, o el peróxido de plomo, o el permanganato potásico, o el almidón sobresaturado, o las tierras de pan llevar, o la revolucionaria aleación llamada mosca o pluma, como los boxeadores? Lo sabrás o no, Jingo, con el tiempo. La aleación que te he citado, por ejemplo, mosca o pluma Jingo, te diré, es de titanio, aluminio y silicón en diversos porcentajes, de los que no tengo ni idea. Lo que sí sé es que la produce, en un 80 por ciento de su volumen mundial, nuestra firma, Jingo, la Firma, Murchison & Poor, a través de diecisiete filiales y mediante otras tantas, si no más, empresas colaterales y asociadas anónimas.

“Te harás rico sin darte ni cuenta, Jingo, y un día que ya preveo te pesca una de estas percantas a 500 libras/hora que piensan, Jingo, y luego existen, y que piensan mucho y bien, Jingo, aunque siempre parezca que no lo hicieran, porque las hay que son tan listas como el mismísimo rayo, Jingo, y ya me veo yo, Jaill Housewater, de padrino de tu boda. Trata al menos

de que sea una moldava, Jingo. ¿No son maravillosas las moldavas, Jingo?

Porque para Jaill Housewater, aclarámoslo ya, Jingo era viudo. Lo había decidido él (Jaill) y Jingo lo había aceptado con entusiasmo; también, dicho sea en honor a la verdad, con un poco de miedo y una pizca de alarma.

30) listo el pollo (o lágrimas furtivas)

Un par o tres de semanas antes, los dos (Jingo y Jaill) habían salido con otras tantas moldavas, a invitación de Jaill Poor Housewater, como no podía ser de otra forma, que corrió con todos los gastos.

En un principio, cuando salía de juerga con Jaill, Mr. Blanky buscaba y perfeccionaba excusas, cuando volvía a su casa, por haber llegado tarde (y por miedo a Mrs. Blanky). Mr. Blanky llegaba tarde por la noche, o llegaba a altísimas horas de la madrugada, o aparecía al día siguiente en algunos pocos casos.

Había ocasiones en que Mrs. Blanky lo reñía y entonces Mr. Blanky, contrito, aguantaba el aguacero. En otras ocasiones, Mrs. Blanky, aparentemente ofendida, indignada y furiosa, no decía nada o dejaba escapar una lágrima; esa mismísima furtiva lágrima que Mr. Blanky también había cultivado; esa repetida, repetitiva y repentina lágrima furtiva de tantísimas canciones italianas (o arias de ópera), de novelas rosa y de películas con Troy

Donahue o Ryan O'Neal, que cultivaba otrosí la vieja Mrs. Peplant, como cuando recordaba las perdidas cenizas del difunto y llorado Mr. Peplant.

Eso, los silencios y el llanto de Mrs. Blanky, fue lo que condujo a Mr. Blanky a callarse, a no dar más explicaciones que la callada por respuesta cuando llegaba tarde por las noches o cuando volvía al otro día, y a lo sumo, en algún caso, a soltar algún que otro gruñido. No tardó la nueva situación, es decir las juergas y salidas nocturnas de Mr. Blanky y los llantos, quejas y silencios de Mrs. Blanky, en convertirse en otra costumbre del matrimonio. Mrs. Blanky lagrimeaba un poco, al final, y listo el pollo: los dos se acostaban a dormir.

31) de viudedades y demás menudencias

-Hoy no puedo, Jimmy. Una gata se muere si no traga ya mismo dos de estas obleas –le dijo Mr. Blanky a Jimmy Long, el farmacéutico.

-Eso son memeces, Jingo. Estas obleas son calcio con yodo, no un milagro prensado.

-Pues lo ordenó el doctor Fleming, te he hablado de él. Ese sobrino biznieto, ya sabes. Si lo vieras, Jimmy... Es un tipo aguileño, alto y sin duda muy guapo, que frisa o rebasa en poco los cuarenta y es médico y veterinario a la par. Te pasa unas facturas, querido Jimmy, que te pueden dar el pasmo y a tu viuda el pésame.

-Un puto pendejo, Jingo. Yo no tengo ni gasto viuda. ¿Quedamos mañana?

Había cierta ansiedad, disfrazada de nonchalance, en la voz de Jimmy Long, que era el espejo cabal de esos tipos solitarios que se tienen lástima a sí mismos y vergüenza por estar solos, aunque jamás dicen ni pío, ni borrachos perdidos, pues para los demás llevan una vida envidiable.

‘¿Envidiable de qué?’, se preguntaba Mr. Blanky. Un farmacéutico, un peluquero, un plomero y varios oficinistas y burócratas menores, que eran sus más asiduos contertulios y compañeros de parrandas balompédicas, ¿quién los iba a envidiar y por qué?

Mr. Blanky, entonces, cuando a Sir Jaill Poor Housewater sólo lo conocía de vista, era un poco más sensato y realista que lo que lo sería en años más prósperos y venideros. Aunque entonces ya tenía un buen empleo, en Murchison & Poor, con un sueldo fijo todos los meses y doble aguinaldo, más vacaciones pagadas, Mr. Blanky no se sentía superior como persona a sus compañeros de juego y tribuna de stadium; sólo creía que había tenido más suerte.

-A la hora de siempre, Jimmy.

-No se te olvide, Jingo.

32) el disoluto anarquista

No había ni un alma en la farmacia de Jimmy cuando Mr. Blanky entró, y entraba una vieja con un vistoso pañuelo al cuello y andares de rica de nacimiento cuando él salió.

Se cruzaron y saludaron.

La vieja (de la que Mr. Blanky conocía bien la historia) era la madre de Hoagy Bentham, el celebrado y temido crítico teatral del Morning Post. La vieja era viuda y pobre, a pesar de sus andares; efectivamente había nacido rica y había vivido rica hasta su matrimonio con Francis Aloysius Bentham, católico, putaño y jugador, que fabricaba relojes caros con su nombre, aunque sólo se los vendía a turfmen, carreristas y burreros. Ganaba dinero, por supuesto, a paletadas, pero de todos modos acumulaba deudas, por gracia y estigma del juego; quebró, pues, haría veinte años, y la fábrica había sido subastada en su día, y por licitación adjudicada a unos alemanes que la transformaron en fábrica de relojes para automóviles; con el tiempo también aquella fábrica había quebrado.

Madre e hijo (los Bentham) no se hablaban entre sí; ella consideraba a su hijo un disoluto y un anarquista que escribía cosas soeces sobre obras más soeces todavía, y él tenía a su madre por una viejata psicótica y beata. Ella aceptaba el dinero que el hijo (único, por lo demás), le ingresaba en una cuenta bancaria, pero no tenía trato con él desde hacía larguísimos y muchísimos años. Todo esto se lo había contado Jimmy a Jingo, y después Jaill Housewater, cuando se hicieran amigos, le contaría más cosas.

Poco tiempo después de haberse mudado los Blanky a aquella barriada (la del zoológico clausurado de Boldoon, cerca de la carretera –y después autopista- a Kew y Kew Gardens), Mrs. Bentham se suicidó, de modo que Mrs. Blanky y Mrs. Peplant asistieron a su funeral y enterramiento. Mr. Blanky no; sus horarios de trabajo no se lo permitían, por un lado, y por el otro su cerebro no se lo aconsejaba. No quería cruzarse, ni en el velatorio ni en el cementerio, ni con Jimmy Long ni con aquel odioso Hoagy Bentham, del que Jaill Housewater le había hablado pestes:

-Qué aristócratas ni aristócratas ni qué ocho cuartos. Los Bentham se hicieron ricos tres generaciones atrás, con unos hornos de cal que tenían

cerca de Lincoln, no el histórico, sino el poblachón del Berkshire. El viejo Reuben Franciscus, padre de Francis Aloysious, trabajaba con denuedo y pertinacia, contra reloj, lo que es muy poco aristocrático, dicho sea. Se levantaba con el alba y se dormía a medianoche. Y su hijo fabricaba relojes, como si fuera un maldito helvético, ¿tú te das cuenta? Ni se te ocurra acercarte a ellos, Jingo. Son unos malditos e irrelevantes parvenús. A mí no me importaría, no hace falta que te lo diga, que te acerques y te magrees, si tal quieres, con A o B o C o con el mismísimo Hoagy Bentham, pero se enteran el viejo Gaveston o mi hijo Cronin y son bien capaces de denunciarte al Consejo Secreto, del que es claro que soy el presidente, pero en el que sólo tengo un voto, y hay otros ocho miembros. Te condenarían, Jingo, y yo me tendría que suicidar, por lo menos. Estamos juntos para las maduras pero también para las duras, Jingo. No se te olvide. Por desgracia, Jingo querido, no todo son moldavas en este mundo.

‘Quién lo dice y quien lo ve’, se dijo Mr. Blanky al constatar aquella insólita afirmación de Jaill.

No obstante, Mr. Blanky ni olvidó ni olvidaría.

33) chopped swine

Mr. Blanky volvió a su casa, de la farmacia, con el medicamento prescrito, y para excusarse por su tardanza dijo que había tenido que esperar porque en la farmacia había hasta cola a la calle de tanta gente que aguardaba turno. Mrs. Blanky por supuesto no le creyó, pero en esa ocasión (y sin que valiera de precedente) no le importó. Estaba preocupada por su gata y

urgida, de modo que de buenas a primeras había destapado el tubo en el que venían las obleas y había dejado caer dos de éstas en su mano.

-Milva no las tragará –vaticinó- si no se las pulverizo antes con el martinete eléctrico y se las mezclo con Chopped Swine Calperin & Goddard, por lo menos, porque del de Ross & Stumble, The Fisherman, que es el mejor, hace meses que no se sabe nada, como si el mercado se lo hubiera tragado.

-Son cosas que pasan –dijo Mr. Blanky, distraído-. Se habrán arruinado.

-Pues no deberían pasar. No se deberían arruinar –estalló Mrs. Blanky, su mujer, dando suelta a alguna ofensa o frustración quizá largo tiempo contenida.

Con voz más serena, en la que no obstante aún latía una vena obsesiva, femenina, de rencor, Mrs. Blanky añadió:

-Afortunadamente, creo que hay una lata cerrada, por lo menos, de Chopped Swine C.&G., variedad Black Lock Triple Gold Array, en la fresquera. Caso contrario tendrías que ir tú a comprarlo y vaya Dios a saber qué me traerías.

La fresquera, como la llamaban Mrs. Blanky y su madre, era una especie de alta, oscura y húmeda alacena a la que él (Mr. Blanky) había tenido que lavar con lejía y blanquear hasta el techo, para después colocarle estantes en tres de las paredes; la cuarta era la puerta. Su torpeza manual era, todavía, motivo frecuente de risas y de falsas riñas de recién casados con Mrs. Blanky, que con el devenir de los años se habían vuelto cada vez más verídicas, y ásperas, agrias y alevosas por parte de Mrs. Blanky.

Por fortuna había no una sino varias latas de la maldita comida para gatos Calperin & Goddard en la remaldita fresquera. Mr. Blanky recogió

una lata de un negro y húmedo estante, la abrió con la llavecita ad hoc y se la dio a su mujer.

-Salute virola –le dijo-. Me voy a Rook & Inferno.

34) rook & inferno

Rook & Inferno era un bar que estaba a la vuelta de la farmacia de Jimmy Long (aclárese que no el mismo donde Jimmy Long y Mr. Blanky jugaban al billar, que era el Godolphin Goldfish on the Green).

Jimmy Long y Mr. Blanky se pasaron así, pues, varias horas cabe a un rincón de la borrosa barra de R.&I., bebiendo al principio cerveza caliente y ya borrachos sucesivos vasitos de aguardiente galés de centeno, el mismo, según Jimmy Long, que a veces era medio poeta, que bebía en sus comienzos el poeta galés Dylan Thomas.

Mr. Blanky, de tal manera, volvió a su casa del R.&I. tres horas después de haberse ido, y con un principio agudo de borrachera. Antes, no obstante, de volver a su casa, Mr. Blanky había tenido que arrastrar a Jimmy Long a la suya. Jimmy Long todavía no sabía beber; él (Mr. Blanky) ya hacía tiempo, por el contrario, que había aprendido, gracias a los sabios consejos de Jaill Housewater y a su eficaz ejemplo.

35) una almeja, un bagre, un soñador

En casos de enfrentamiento con Mrs. Blanky, día a día más frecuentes –también más largos y virulentos, como si la acritud acechante contra su marido le arrancara puñados de telarañas que le obstruyeran a Mrs. Blanky el alma-, Mr. Blanky se refugiaba en el silencio, en una variedad nueva y luminosa del silencio, un silencio diáfano y completo, como si estuviera dentro de una campana insonorizada de cristal; un silencio al que nada perturbaba, por mucho que Mrs. Blanky desgañitara insultos y sarcasmos en sus oídos. Mrs. Blanky se alejaba feliz, a los gritos, con sus gatos, y Mr. Blanky sonreía feliz también, ante una dicha laboriosamente hilada con los propios pelos de los propios gatos de la propia y odiosa Mrs. Blanky.

‘Qué pena me das, querida’, se decía Mr. Blanky para sí.

-Eres un infeliz, una almeja, un bagre, un soñador, un iluso, un espantapájaros sin pájaros que se espanten, un gusano, un molusco, una corneja

Todo eso le decía, canturreaba y gritaba a Mr. Blanky, todo a uno, Mrs. Blanky, coreada o aplaudida en ocasiones por Mrs. Peplant (su madre), cada día más vieja, encorsetada y temblona, que al andar dejaba mechones de pelos sueltos que se mezclaban con los de los gatos: ella los dejaba caer de a pocas cantidades, de a decenas y docenas; ellos a cientos, a miles, a millones.

36) en una tela inconsútil

Una mañana, mientras se afeitaba, después de haber recibido, puerta del cuarto de baño de por medio, una larga teoría de entremezcladas quejas, deliberadas afrentas y cansadas ya pero aún crueles maldiciones por parte

de su mujer, Mr. Blanky cayó en la cuenta, como si se cayera de una higuera, de que ya no odiaba con todas las fibras y entretelas del corazón, del cerebro y del ánimo a Mrs. Blanky, sino que sentía por ella (como por su vieja y catatónica madre) una pacífica y aterradora indiferencia.

La certidumbre de esta súbita indiferencia (aunque sin duda largamente larvada) produjo en Mr. Blanky un estremecimiento tan real que la cuchilla superior de la maquinilla de afeitar Troika de tres filos al bies de Wilkinson & Co. le cortó el labio inferior de tal forma que ni agua oxigenada ni espadol sirvieron para nada. Por no servir ni siquiera sirvieron ni los polvos ni la crema de creatinina de la vieja, que, menos las catástrofes aéreas, según la hojas de referencias que traían adjuntos los tubos que la contenían, lo curaban y paraban todo, desde la poliomiелitis hasta los callos y verrugas.

Mr. Blanky, pues, sangró horas y horas, y, aunque sufría, le dolía y se quejaba, en el fondo se sentía feliz. Pensaba que conocer, que en su caso reconocer la supina indiferencia que sentía era la única forma de aceptarla, de hacerla suya, de no herirse él con ella como con la navaja Troika al bies o como se hería su querida Mrs. Blanky con su odio hacia él: una herición que la avejentaba (a la remaldita bruja), la ablandaba y engordaba y que todos los gatos del mundo no podrían impedir, menguar ni mitigar, porque ella se negaba a aceptar su odio (el de su marido; el que éste ya no sentía aunque ella lo ignorara), de una parte porque lo había querido (a su marido), de algún modo misterioso pero lo había querido, en un tiempo remoto que ya casi ni era tiempo, y de la otra porque reconocer su odio (el de su marido) sería colocarse en un plano de igualdad con el infortunado ser inferior que era para ella su repetido marido, muñeco de nieve sólo útil para denostarlo, para desfogarse, para hundir en él, siempre que quisiera o lo necesitara, su envenenado puñal, en quien verter su afilado veneno, en quien dar

rienda suelta a su cólera y humillarlo porque sí, porque se sentía cansada y vieja, querida y respetada sólo por sus gatos, a los que amaba sin duda individualmente y en conjunto pero que sólo eran gatos, no seres racionales, ya que ni siquiera los gatos de ella (de Mrs. Blanky) eran capaces de pensar.

Los gatos, a fin de cuenta, si la querían (a Mrs. Blanky) era sólo porque ella les daba comida y cobijo y los acariciaba y se envolvía en su olor como en una tela inconsútil, como la muy mentada túnica de Cristo, hasta sentirse gata ella también. Esto último Mr. Blanky, su marido, jamás lo supo ni sabría, y de haberlo sabido no lo hubiera entendido; por el contrario, se hubiera asqueado aún más de lo que ya lo estaba, según ella percibía, y que era más que mucho: era muchísimo.

Asco e indiferencia, en efecto; eso era todo lo que Mr. Blanky sentía ya ahora por la muy bruja y coruja de su horrible mujer. Por eso, por aquella blanca y colosal indiferencia, no ya por el sensato y abolido odio, pensaba Mr. Blanky, él un día tendría que matar a su horrible media naranja, abolirla a ella también. Mr. Blanky no sabía cómo lo haría, pero sabía que lo tendría que hacer. De eso no le cabía a estas alturas, con su indiferencia aún recién descubierta, y por lo tanto blanca e inmaculada y limpiísima, ni la más ligera duda.

37) el arpa

Como toda mujer entrada en años y carnes, desprovista o despojada de atractivos y encanto y sola (porque conservaba al marido tan sólo como escudo contra la soledad y soportaba a su madre, cada vez más chocha, tan sólo como remedio contra lo mismo, y hasta la profusión de gatos era una

instancia suya –tan sólo- para no quedarse sola), Mrs. Blanky tenía un punto débil: los recuerdos: o, mejor dicho, el instante en que la asaltaba algún recuerdo. Si el recuerdo era ingrato, como lo solían ser, ello le añadía pesantez y dureza a su espíritu; si eran recuerdos gratos, como ocurrió aquella tardía mañana en que su errabunda memoria recuperó el instante en que Mr. Blanky (entonces sangrante y casi agonizante) le había dado aquel primer remoto beso, ella se sentía brevemente feliz. Se empecinaba Mrs. Blanky, por lo tanto, en recordar y recuperar aquel lejano y desvaído beso: un anochecer, un falso plátano callejero, un automóvil que pasó, un farol apagado, los entonces aún dulces dedos temblorosos de Mr. Blanky –del bello y jovencito Ollie- que asían las puntas de los de ella, los ojos de ella cerrados y el leve roce húmedo de los labios entreabiertos de Mr. Blanky en la mejilla.

Entonces, con Mr. Blanky sangrante a su vera, a Mrs. Blanky la estremecían canciones íntimas de devoción y de amor, que duraban poco pero que se presentaban, nuevas y fragantes, tal y cual rara vez, a su espíritu. De modo que cuando Mr. Blanky, refaccionado y vendado, ya había salido para su oficina, Mrs. Blanky, sin pensárselo dos veces (sin pensárselo ni una, de hecho), y por lo tanto llena de amor y devoción su alma, corrió hasta una ventana y se asomó, con el dulzor del viejo amor subiéndole del esófago.

Mr. Blanky hacía un minuto que había salido, con la cara toda mal vendada pero vivo todavía, para su trabajo.

Desde la ventana, Mrs. Blanky lo llamó tres veces, pero él no quiso oírla o acaso realmente no la oyó, porque Mr. Blanky estaba cada vez más distraído y cabía la posibilidad de que se estuviera quedando sordo.

Mrs. Blanky ya tenía a flor de labios la frase: ‘Te quiero a pesar de todo, Ollie, mi viejo amor’, pero como Mr. Blanky no se volvió ni se paró ni siquiera entreparó su paso, Mrs. Blanky, que se retorció las pocas cuerdas sensibles que le quedaban del alma, dejó escapar una lágrima bien surtida

de cosmético y polvos de talco y le metió los dedos gruesos y mal pintados a Flop en la papada, para oírlo ronronear.

El alma de Mrs. Blanky, señálese al pasar, era como un arpa de triple cordaje, en el cual la gran mayoría de las cuerdas estaban flojas, desajustadas, desafinadas o rotas, pero en la que unas pocas se conservaban enteras y sonoras. Eran las que Mrs. Blanky dedicaba a sus gatos (y en una cierta y mínima medida a su vieja madre); eran las mismas en las que hoy había tañido aquel prístino recuerdo del primer beso de Mr. Blanky; eran las que habían impulsado a Mrs. Blanky a la ventana y a llamar a su irrisorio marido; eran la que a punto habían estado de...

‘Ay Dios qué horror qué vergüenza’.

38) never so many

Tras catorce, entonces, esforzados años, de recadero a mandadero, de mandadero a mensajero, de mensajero a agente de hall, de agente de hall a contable y (tras dos años de estudios en las academias de contabilidad Sparrow and Tanner & Turner Brs. & Wurther and Sons, y cumplido un tercero en C+D –Culture plus Developement-, una academia económica que pertenecía a la Firma en la que trabajaba) ascender luego a los sucesivos cargos de Inspector Contable Menor, Inspector Contable Intermedio e Inspector Contable Mayor, Contable Sustitutorio Tercero, Segundo y Primero y Contable Full-Degree, Etc, Mr Blanky, aquella decisiva mañana en que se tajeó la boca y descubrió su indiferencia conyugal, llegó tarde a su trabajo –y muy tarde- por primerísima vez en la vida. Llegó, para mejor, con aquel

aparatoso vendaje practicado en su cara por el doctor Patrick Fleming, el sobrino biznieta.

Era el suyo (el de Mr. Blanky) un tan aparatoso vendaje que, de haber aparecido así con él unas cinco o seis décadas antes, se le dijo, nadie lo hubiera tomado por menos que por uno del puñado de hombres de los que Churchill había dicho:

“Nunca antes tantos les han debido tanto a tan pocos”.

Esto dijo y comentó entre risas su amigo Vic.

-Hubieras sido un héroe entonces, Jingo, ya lo creo que sí.

Y todos en la sala parecieron entender y se rieron.

‘Son estos conocimientos frívolos, de los que carezco, los que marcan la diferencia entre un caballero de tinte menor, como Vic, y un mero soplagaitas como yo’, se dijo Mr. Blanky, confundido y entristecido.

Mr. Blanky sabía, faltaría más, quién había sido Churchill, claro está, pero esos otros tantos que les debían tanto a ¿quiénes?, ¿quiénes eran?

39) el cuarto de las escobas

El doctor Fleming, en aquella ocasión ejerciendo de médico, no de doctor de mascotas, vestía un traje de raya diplomática, lucía gemelos de oro en los puños y el monograma de alguna logia masónica le colgaba del exclusivo bolsillo para el reloj. Llevaba un funyi afilado, de ala ligeramente acampanada y cernida hacia abajo, decorado con una cinta negra en la que campaba una solitaria margarita humilde, silvestre, que el susodicho doctor, sobrino biznieta, mientras se despojaba negligentemente de su lujosa indu-

mentaria, explicitó que había recogido de camino; que la había arrancado de un seto estirando el brazo por la ventanilla del coche.

El apolíneo sobrino biznieto dijo cantidad de palabras más, que Mrs. Blanky y su mamá bebían de sus labios, mientras él, sus dedos hábiles, pinchaban sedantes, zurcían la herida, la vendaban. Se negó a cobrar, no por el ya olvidado marido (u séase Mr. Blanky), sino por ellas dos, y en concreto de las dos por Mrs. Blanky.

-Por usted, señora mía -según le dijo el doctor Fleming a Mrs Blanky.

Cuando el doctor Fleming se hubo ido, la madre de Mrs. Blanky se dirigió, con su andar mecánico de soldadote de plomo y a cuerda mal ajustado, a la bastonera y perchero que estaba junto a la puerta cancel. Agarró de allí un bastón y le tiró dos furiosos bastonazos a su hija, que escapó hacia dependencias interiores.

-Y tú hijo de perra mal nacido que permites que tu mujer flirtée con el primero que le sale al paso toma

A la vieja le resultaba imposible, ya a estas alturas, darle tono a sus palabras, espaciarlas, ponerles la coma, el punto y el punto y coma; se le entendía porque, a pesar de sus años y achaques, todavía pronunciaba asombrosamente bien. El bastonazo fue a pegarle a Mr. Blanky en el esmerado vendaje del doctor Fleming y le hizo soltar un aullido de dolor, pero el incidente, en lo que a él respectaba, no pasó de allí.

Desde el fondo de un corredor Mrs. Blanky, con lo orgullosa que estaba de aquel vendaje en la faz de su marido, soltó ayes de rabia y frustración. La vieja, pues, bastón en ristre, se encaminó al lugar del que procedía la voz, y Mr. Blanky, tras ponerse su bombín y arreglarse mecánicamente el nudo de la corbata, sujeto todavía por un elástico, ya que aún llevaba corbatas de hélice, salió; de hecho se escapó y huyó. Mr. Blanky oyó a su mujer que lo llamaba, unos minutos después, pero no se volvió. Su mujer, esto

él lo ignoraba y nada hubiera cambiado de haberlo sabido, había conseguido encerrar a mamá, tras una astuta maniobra, en el cuarto de las escobas. Después había corrido hacia la ventana y había llamado al marido, pero él no le había contestado; ni siquiera había moderado su rápido andar hacia su oficina.

40) fea fofedad inerte, blancuzca y blanduzca

Mr. Blanky accedió por la puerta chica al inmenso Departamento de Balances y Contabilidad y salió, tras pasar allí siete años, por la puerta grande, como Inspector General Ejecutivo (o como Segundo Gerente General Sustitutorio, que venía a ser lo mismo), para ocupar el insensato sueño de aposentarse, con su persona física y mental (flaco, de cuello largo y piernas enclenques y combadas y la pelambarrera decreciente, más una incipiente esfericidad ventral que no era precisamente esa característica barriguita de los que viven bien sino la fea fofedad inerte, blancuzca y blanduzca de los que se alimentan mal y a deshora, con excedentes de colesterol y radicales libres y carencia de vitaminas y aminoácidos, al margen, por supuesto, de su colosal complejo de inferioridad, del que nada vale decir, al menos de momento), en el décimotercero de los veintiséis cubículos que se repartían los otros tantos subgerentes y gerentes sustitutorios. Un cargo, este último, que Mr. Blanky había alcanzado a pesar de que estaba a años luz del horizonte del chiquilín que él había sido: un niño chanta, chiquito, feo y con fama merecida de gznápiro, cuarto hijo del ciclista de Fens y Winwent Road, no exactamente en Clapham Junction sino peor: entre los soportales mugrientos del puente de Bayswater.

41) una lince hembra

Su mujer (la de Mr. Blanky), una vez más, y ya eran cientos y llegarían a miles, le echaba en cara a su peculiar marido su ineptitud, porque él, además de sus ocho horas marcadas de oficina, de lunes a viernes, también solía salir de compras, con unas bolsas viejas al principio y con un enclenque carrito de dos ruedas a rastras más adelante.

-Me has traído chorizo con crema de judías –se quejaba con toda razón Mrs. Blanky-, que es comida para perros, tal como lo señala la lata, que está ilustrada, además, con la efigie de un inmundo chucho con la lengua afuera. Ya en otra ocasión, nunca lo olvido, me trajiste una barra de un pestilente embutido que es para viejos sin dientes, para que lo remojen en agua o en leche, y no para los afilados dientecitos de mis gatitos.

A partir de un día que se perdía en alguna nebulosa lejana de la memoria de Mr. Blanky, aunque bien pudiera haber sido ayer (time present and time past, ya sabemos), Mrs. Blanky había condonado a Mr. Blanky de salir de compras, aunque no en beneficio de Mr. Blanky sino en defensa de la salud y la buena crianza de sus gatos y gatitos. Una mañana, antes de ir a la oficina, Mr. Blanky le había llevado a Mrs. Blanky, para sus mininos, una lata de comida de las que se abren con un gancho; adentro había un erizo de mar palpitante y horrorosamente vivo, con púas de diez centímetros.

-Ahora me los quieres matar con monstruos –chillaba Mrs. Blanky.

Mr. Blanky jamás pudo convencer a Mrs. Blanky de que el erizo se había introducido en la lata por su propia cuenta, sin que él hubiese manipulado la lata en ningún sentido para meterlo dentro.

-Son cosas que pasan –le dijo, no por vez primera–. Ya se sabe.

¿Para qué habría dicho Mr. Blanky aquello? Iba a añadir: “Hay que prepararse siempre para lo peor. Lo proclama la ley de Murphy”, pero por suerte no tuvo tiempo de decir nada.

Mrs. Blanky nunca había sido una mujer violenta, a no ser de palabra, pero en aquella ocasión una refulgente fuente de cobre plateado, giratoria, pasó rozando una oreja de Mr. Blanky y dejó una raya en la pared, de varios centímetros, de la que había saltado el revoco y se entreveía, si se la miraba al sesgo, detenidamente, el color letal del ladrillo.

-Desde hoy haré las compras yo misma, pobres mininos.

-¿También la mía? -preguntó tímidamente Mr. Blanky.

-¿Tu qué?

-La compra de mi condumio hogareño. ¿O me lo tendré que comprar yo?

-Soy tu mujer, ¿no? ¿O no? A ver.

Mrs. Blanky se acercaba paso a paso a Mr. Blanky, con las medias apelotonadas en los tobillos, que fue lo que a él lo impresionó: las medias y sobre todo las sandalias de felpa, porque Mrs. Blanky calzaba unas sandalias de felpa de entrecasa, con las que remedaba los pasos, si no de un tigre siberiano sí los de una lince hembra, como la de Colmillo Blanco, maravillosa novela juvenil que Mr. Blanky había leído de adolescente o de niño.

Aquello, para Mr. Blanky, era peor que una pesadilla: aquellas horribles sandalias y aquellas horrorosas medias a rayas, blancas al parecer y azules, apelotonadas en los hinchados tobillos de Mrs. Blanky y que dejaban a la vista las retorcidas várices: una váriz de la pierna izquierda era una especie de nudo que se enroscaba sobre sí mismo, a media pantorrilla, vista por detrás.

42) la mugre y el hedor

Pero lo peor, para Mr. Blanky, eran la mugre y el hedor. Mr. Blanky no sabía por qué, pues antes Mrs. Blanky había sido muy limpia, pero lo cierto era que últimamente, al menos dentro de casa, Mrs. Blanky se cuidaba poco, por no decir nada, en su aspecto exterior. Acaso fuera culpa de su manía por los malditos gatos, ya que Mrs. Blanky, de un tiempo a esta parte, olía sobre todo a meada de gato, a vejez gatuna, a enfermedad y a pústulas y escrófulas de felinos domésticos. Ya no olía ni a hembra ni a mujer menopáusica ni a humanidad siquiera.

-Niégalo –amenazó Mrs. Blanky, acercándose a su ineficaz marido-. Niega que soy tu mujer.

-Eres mi mujer –dijo Mr. Blanky, sumido en la abyección, o peor aún si cabe: sometido, subyugado, bandera blanca-. Por supuesto que eres mi mujer, mi querida Sheila.

Mr. Blanky prefirió, como siempre, no proseguir aquella horrible conversación.

43) gatos bajo la mesa

Todos los días Mr. Blanky tenía su merienda preparada cuando volvía a su casa, a las cinco treinta pm, de su trabajo; también su cena se le servía a las diez en punto de la noche. Eso sí, lo que para él significaba un enorme alivio, que procuraba por todos los medios disimular: comía siempre a so-

las; comía platos sosos, fríos, encharcados en aceite o resecos, pero igual le daba, ya que los comía a solas.

Aunque en otros tiempos había sido puntilloso en extremo con su delicado estómago, el típico estómago del tímido y del inseguro, Mr. Blanky no obstante, llegado a estas alturas de aquella pesadilla suya que otros llamaban vida, ya no se quejaba. Prefería un millón de veces cenar mal pero a solas a las vocingleras cenas de antaño, con los gatos bajo la mesa, sobre la mesa, entre sus piernas y sobre todo colgados del cuello de Mrs. Blanky, que repartía su comida con ellos, metiendo los dedos en el plato para darles pedazos de carne hervida.

-No seas glotón, Bayard. Saca de ahí la patita, Tom. Toma tú también lo tuyo, Sissi. ¿Y tú qué, Ollie, que te quedas ahí mirando como un pasmarote? La sopa seguro que se te ha enfriado.

-La prefiero fría, gracias. Ya sabes, mi estómago...

-Tu estómago, tu estómago; sólo piensas en ti y en tu estómago. Antes bien que te acordabas de felicitarme por lo bien que cocino. Ahora ni eso.

-Cocinas estupendamente, cariño –mentía entonces Mr. Blanky, igual que antaño lo hacía, pero ahora sin aquel viejo y sincero entusiasmo, cuando los felices aunque intermitentes tiempos de recién casados.

44) instintos criminales

Mr. Blanky había llegado al día en que jamás discutía con Mrs. Blanky. Mr. Blanky nunca oponía ni la más débil y quebradiza resistencia a los feroces instintos criminales que él tenía la certidumbre de que Mrs.

Blanky guardaba en su amplio pecho; un incidente como el de la bandeja, no obstante, jamás se volvería a dar.

‘Falta que le hace a la muy bruja’ se decía Mr. Blanky, encorajinado, pero al mismo tiempo crudamente apercebido de que ese encorajinamiento secreto era lo más que se atrevería jamás a oponer a su feroz mujer. Igual se decía: ‘Segunda bandeja que me arroje la muy bruja y le doy un puñete en toda la faz’.

Mr. Blanky jamás se preguntaba de verdad por qué se había casado con Mrs. Blanky. La recordaba delgada y ondulante, y sabía que entonces la quería. Acaso nunca hubiera sido una pasión ciega, avasalladora y tal, y qué mejor. De esta forma, inane y blanda, Mr. Blanky se consolaba de veinte años, o cerca, punto más punto menos, de matrimonio.

45) algo flaca y pali- ducha

-Estos ligeros indicios que quiero darte, Jingo, sí son decisivos –se explayó una tarde Jaill Housewater

Entonces faltaban apenas dos semanas para la jubilación oficial de Roger Erasmus Daltrie (como se llamaba el Gerente General Segundo) y para la elección inmediata de su sucesor,

-Es por de contado misión nuestra –dijo Jaill Housewater a continuación-. Es misión tuya y mía, querido Jingo, entenderlo todo, y por supuesto es misión también de Georgette Eugène Grandison Murchison, que no por nada es la última, y lo será ya para siempre, que lleve el apellido de uno de

los dos socios fundadores dentro de la Firma. Por esa y otras razones, Georgette es una de nuestras principales accionistas. ¿Tú la conoces?

-Me la presentaste una vez, hará cerca de dos años. Desde entonces la he visto en algunas contadas ocasiones. Siempre nos saludamos y alguna vez nos detuvimos unos instantes para intercambiar algunas cuantas frases fortuitas o banales. Tengo entendido que se va a casar muy pronto.

-Sí, con Horatio Prix de la Paix, el famoso cazador furtivo de ónixes y antílopes, lo cual es una pena, ¿no te parece, Jingo? Con lo bien buena que está, aunque algo flaca y paliducha... Hubiera sido una jugada redonda que tú te casaras con ella, pero parece que lo de este novio va en serio. Ya se han impreso las invitaciones y se ha alquilado Zitie & Tuounne, la celebrada boite nocturna con sus dos terrazas, para la boda. Está fijada para ¿cuándo, Jingo? La fecha, digo.

-¿Cómo quieres que yo lo sepa?

-¿Aún no te ha llegado la invitación?

-¿Invitación? ¿A mí?

Mr. Blanky no se lo podía creer. ¿Lo iban a invitar a él, el cuarto hijo del ciclista de Fens y Winwent Road, a una de esas reuniones de alto copete y tan elevado rango?

46) los eternos provocadores

-Por supuesto que a ti –dijo Jaill Housewater-. Eres íntimo amigo mío, Jingo, aunque hay gente a la que aún le cuesta creérselo. Hay quienes creen,

o quieren creer, que de alguna forma te quiero engatusar, fíjate tú, y sacar no sé qué provecho o ventaja de ti.

-Algo he oído, en los lavabos y en la cafetería, pero por supuesto no he hecho ni caso, Jaill. Nunca me he dado ni por enterado ni por aludido.

-Son provocadores, Jingo –explicó Jaill Housewater, fríamente-. Son los eternos provocadores, Jingo. Porque aquí hay muchos intereses en juego, Jingo. Somos como una gran familia, como acostumbra decir, siempre que puede, nuestro Muy Honorable Presidente. Somos una gran familia, Jingo, en efecto, y como ocurre en todas las grandes familias, y aun en las medianas y más chicas, lo que quiere Johnnie lo quiere también Jimmy, y lo que tiene Lonnie le da envidia a Sammy. ¿Sabrás que arriesgo mi puesto si a la larga consigo que te designen gerente completo full-degree, no subsidiario ni sustitutorio? Mi nombre quedará irremediabilmente unido al tuyo, y si metes tú la pata la meto yo también. Por eso me ha parecido adecuado munirte con ciertas indicaciones, ya que no voy a darte órdenes ni a decirte lo que tienes que hacer o no hacer. No es mi estilo, y de todos modos de nada serviría. Si el puesto te queda grande nos vamos los dos al pozo. De ti, seguramente, me tendré que encargarme yo de eliminarte por elevación, con un cargo de consejero. Cobrarás más sueldo y tendrás opción A cuando se vote el primer aumento de capital, pero igual estarás acabado. De mí se desharán de forma más tajante, porque darme la patada por elevación no pueden. No existe un cargo ejecutivo más alto que el mío, de forma que me darán la presidencia honoraria, si lord Stannes acepta la oferta que yo mismo tendré que exponerle. Caso que no acepte me darán una vicepresidencia, igualmente honoraria y por lo tanto maravillosamente recompensatoria: ya hay siete, de manera que una más... De todas las maneras y se mire como se mire, yo también estaré absolutamente acabado, Jingo.

-No va a pasar nada de eso, Jaill. Hoy te encuentro lúgubre.

47) un mal polvo

-Tuve un mal polvo anoche, Jingo –reconoció Jaill Housewater-. Cuando uno se folla a su legítima tiene que ir bien preparado y con cien ojos, todos bien abiertos. Yo me dejé enredar por la muy zorra en una discusión que no terminó a las hostias porque ella se refugió, como siempre, en su débil constitución femenina y en el cuarto de baño con la puerta cerrada con cerrojo, pero de una bofetada, y muy bien dada, no se libró. Eso me consuela un poco. Después, claro está, me la tuve que follar. Por fortuna no ocurre a menudo.

Jaill hizo una pausa plena, deliberada, que duró por lo menos diez segundos; sus ojos iban del segundero del gran reloj hexagonal de madera de la pared a los ojos de Jingo, que rehuían los de su amigo.

-Mírame, coño, Jingo. Somos amigos, ¿no?

-Temo que estás por decirme algo que no me va a gustar.

-Te equivocas, Jingo. Quiero darte ciertos indicios, ciertas pistas, ciertos consejos, si quieres llamarlos así, no otra cosa –dijo Jaill

En su cara florecía una sonrisa, que sus ojos, de costumbre yertos y alejados, esta vez la acompañaban (a la sonrisa), si bien con un algo de subrepticio y de lateral.

48) intríngulis de la firma

-Como ya te he dicho, querido Jingo –dijo Jaill-, Georgette Murchison es la primera accionista de la Firma; esto es: es la accionista más poderosa de sexo femenino. Georgette tiene unas 158 mil acciones de clase A, y cerca de un millón de simples acciones de mercado. Yo tengo más acciones de mercado que ella, casi millón y medio, pero no llego a tener ni cien mil de clase A. El viejo Gaveston tiene unas 108 mil de clase A y más de tres millones de acciones de mercado, lo que lo convierte de hecho en el accionista más fuerte de la Firma, sea del sexo que sea. Por lo tanto, ese viejo granuja y dispéptico será nuestro principal enemigo, ¿y por qué? Muy sencillo, porque él quiere que la gerencia recaiga en la familia, aunque su parentesco con ésta, si bien por duplicado, sea de todos modos sólo de tipo político, primero por su maldita interpósita primera boda con la hoy difunta Eloïse Trulow-Twins, y segundo por su subsiguiente segunda boda con Elizabeth Poor Donovan.

“El único hijo varón de este segundo matrimonio, te diré, mi primo tercero Wayne Stephen, era un fanático del ala delta, con las consecuencias que eran de prever. O sea que ya no cuenta para nada, Jingo, lo cual es un alivio. Su hija, la del primer matrimonio del viejo Gaveston, tiene acciones de clase A, unas 75.000, que son sin duda muchas, pero tiene muy pocas acciones de mercado, ya que éste no le interesa. Se llama Pam Shirley y está casada con un plantador australiano; un tal McPherson Moon. Los dos residen en Darwin, al otro lado del mundo, de modo que tampoco cuentan ni en un sentido ni en otro ni en un tercero, si lo hubiera, y muy bien puede que lo haya, Jingo, porque en la Firma, estarás enterado, lo inesperado es el pan nuestro de cada día. Son estos intrínquilis de la Firma con los que te tienes que empapar, Jingo. Georgette, te diré, nos apoya.

Jaill hizo una ligera pausa, para vaciar su vaso de Johnnie blue, y sonrió.

-Nosotros, querido Jingo, por lo tanto, con el apoyo invaluable de Georgette Murchison –prosiguió diciendo Jaill Housewater-, tenemos que solidificar nuestras opciones en la minería y en la construcción, concretamente en la fabricación de cemento. Las cementeras cobran según el cubicaje que produzcan, o sea según los kilómetros, hectómetros, decámetros y metros cúbicos que las fábricas generen.

“El gobierno, los gobiernos europeos o el supragobierno de Bruselas, en concreto este último, de hecho, les paga a nuestras cementeras por tonelada cúbica, no por cubicaje métrico sino por tonelada cúbica líquida, porque siempre se necesita cemento fresco para carreteras, para obras urbanas y sobre todo para meter rotondas en las carreteras y hacerles aflojar la mosca a las aseguradoras que financian seguros de vida y reaseguros a terceros, porque con esto de las rotondas los muertos por accidente viario, bien se sabe, se suman por centenares en cada punto negro cada año. Lo cual esto último también nos beneficia, claro está, porque las compañías de seguros, reaseguros y seguros a terceros también son nuestras.

“Pero todo ello, Jingo, seguros, reaseguros y seguros a, para, por y contra terceros, con todos los millones de euros y libras que generan, son minucias al lazo de la tiza, la bauxita y, sobre todo, el cemento, Jingo.

“El cemento, Jingo, piensa en él.

Una segunda y más prolongada pausa. Jaill bebió dos veces de su vaso y el propio Mr. Blanky, aquí llamado Jingo, bebió a su vez del suyo. Jaill prosiguió su lección diciendo:

-Nuestra tarea será que la minería a cielo descubierto tenga cubiertos todos los ángulos por los que se pudiera perder dinero, Jingo, y que las cementeras, por su lado, produzcan su cemento de todas las calidades a un ritmo sostenido y constante. El gobierno europeo de Bruselas lo paga todo, inclusive el cemento de pedregullo argentino, el de calcita samoana, el de fil-

fa y consistencia cero que se fabrica en las Aleutianas y, por supuesto, el cemento sobrante, que va a dar al mar fresco todavía.

Jaill Housewater hizo un emocionado y conmovido silencio.

-Un día –dijo- verás el espectáculo embriagador, querido Jingo, de un gran barco expulsor, con sus tubos cilíndricos a estribor y a babor en el momento en que se conectan las mangas de cemento y el cemento empieza a caer desde veinte metros de altura al mar, en alta mar, porque la teoría es que allá mar adentro a medida que se hunde el cemento se deshace, y sus partes constituyentes se mezclan con el carbono libre que hay en el mar y flotan, convertidas en moléculas de fosfato y bifosfato de carbono y arseniatos y boratos de carbono y no sé cuántas partículas más de carbono con tal, carbono con cual, carbono con equis, i griega y zeta. Es todo mentira, es claro. Son informes falsos de científicos falsos avalados por políticos y eurodiputados corruptos, pues no por nada pagamos elevadas coimas en Estrasburgo, Luxemburgo y Bruselas. Lo importante es producir, Jingo. Las cementeras siempre producen menos de lo que pueden y deben producir. Métete eso bien metido en la cabeza, Jingo. Nuestras cementeras deben producir más; deben producir sin límites

-¿Se los tengo que exigir?

-Ni más ni menos –la sonrisa de Jaill se ensanchó y un algo de alerta, de preocupado, que hasta aquel momento se advertía en su algo rígida postura, desapareció de golpe.

49) tres inocentes whiskachos

-Ah, si entenderé a mis gatitos –se jactó Mrs Blanky mientras Milva, obediente, se tragaba el Chopped Swine Calperin & Goddard y con él las obleas de calcio con yodo que determinarían su destino.

El doctor Fleming había vacunado a los cuatro cachorrillos a los que esperaba una noche de algo feroz que desconocían: el hambre. Mr. Blanky se dijo, mirándolos, que podía deshacer a esos desconcertados y aún ciegos cachorrillos con sólo ponerlos en su palma y cerrar el puño. La idea le agradó. Le agradó tanto que se sirvió una buena ración de whisky a ojos de Mrs. Blanky y de la bruja doblada y esclerosada de su madre (la de Mrs. Blanky), que lo miró con un pálido brillo de odio que asomó bajo los pesados pliegues y repliegues de sus arrugados párpados y se apagó.

Mr. Blanky bebió su whisky apaciblemente, y a continuación se sirvió un segundo y un tercero. Tiempo después se preguntaría si aquellos tres inocentes whiskachos no serían el origen de la tremenda banda de terroristas denominada Abstemios Activos.

50) el olor a gato

Al revés que para Mrs. Blanky, para su gris y secundario marido todos los gatos que infestaban su alicaída y alicorta vida, inclusive el hermoso y respetable Angora, ya menos peludo, ya empezando a descaecer, eran todos un único y mismo gato con diferentes formas, multiplicado a menudo, que estaba en todos los rincones de la casa y que cada mañana aparecía enrollado en la bañera, lo que le quitaba todo el antiguo placer voluptuoso a la antaño larga, lenta, morosa ducha. Ahora, entre gatos y pelos de gato y olor a gato y a orina de gato, Mr. Blanky se duchaba en cinco rápidos minutos,

porque los diez subsiguientes (Mr. Blanky se concedía un cuarto de hora al día para sus abluciones matinales) los dedicaba a perfumarse, tan discreta como minuciosamente, y vestirse y afeitarse.

Ya una vez le habían advertido, a Mr. Blanky, en la oficina, para su perdurable y sufrida aunque acallada vergüenza, que olía a gato, y el olor a gato muy bien podía ser causa, en la Firma, o al menos de eso estaba Mr. Blanky convencido, de despido fulminante, sin compensación de ninguna clase (Es lo que él hubiera hecho, en todo caso, Mr. Blanky, con un empleado de la Firma que oliera a gato si él hubiese sido, entonces, jefe de alguien alguna vez o de algo).

Nunca, empero, desde que empezó a tomar medidas drásticas, le volvieron a decir a Mr. Blanky que olía a gato, no al menos en su cara; y cuando ascendió al codiciado, a la par que temible, cargo de Inspector Contable, uno entre un millón, ya nadie se hubiera atrevido a decirle nada aunque oliera a guarida de leones (y de gatos).

Había no obstante algunas mecanógrafas, taquígrafas, secretarias y taquimecas que fruncían la linda naricita cuando pasaba Mr. Blanky, y Mr. Blanky lo había notado en un par de ocasiones, aunque, por culpa de su arraigada timidez, se lo hubiera callado.

‘Cualquier otro jefezuelo’, pensaba, ‘hubiera armado un enorme cisco de gritos, suspensiones e inclusive fulminantes despidos’. Por nimias razones de este calibre Mr. Blanky, en ocasiones, se sentía bondadoso.

51) la secreta bebida preferida

Como Gerente General Tercero No Sustitutorio (o Full-Degree), cuando se hubiera hecho al cargo, pasados unos seis meses, a Mr. Blanky le tocaría viajar, le tocaría recorrer todas las agencias, sucursales y empresas filiales y compañías asociadas que la Firma había desparramado por Europa a lo largo de decenios. Sería el suyo un viaje de entre tres y cuatro meses, y Mr. Blanky odiaba viajar; pero más odiaba a los gatos, y tres o cuatro meses ausentes y vacíos de gatos se le empezaban a parecer, en su imaginación, a una forma concreta del paraíso, hecha de largas piscinas, hetairas de largas piernas y largos vasos de sencillo vodka con ginger ale, que era su secreta bebida preferida; un long drink bastante suave y muy preferible, en todo caso, al Johnnie blue y a todas las variedades del whisky de malta, por mucho que Jaill elogiara a estos ásperos y hasta brutales néctares escoceses.

A lo largo de larguísimos años, pues, Mr. Blanky bebía y bebería su secreta bebida preferida en cualquiera de los muchísimos bares, tabernas, pubs irlandeses e inefables inns de cristales tintados de gris que quedaban de camino entre la oficina y su hogar; la bebía, pues, Mr. Blanky, su vodka con naranja, en bares, pubs irlandeses, inns y tabernas diferentes cada día, elegidos todos ellos, sin embargo, no al azar.

52) una meta inalcanzable

Aquellos atrabiliarios itinerarios suyos se debían, ya se ha dicho, no tan solo al mero azar, sino sobre todo a una meditada, calculada y deliberada carencia de cualesquiera rumbos fijos, ya que Mr. Blanky lo que no quería era que nadie que lo conociera lo viera por donde fuera que él anduviera,

ni mucho menos que nadie lo reconociera, puesto que su mujer y su suegra lo habían inscripto, como lo estaban de antemano ellas, en las Brigadas de Abstemios Activos. Su frágil y desmantelada resistencia de nada le había servido a Mr. Blanky, puesto que se sabía derrotado de antemano. En eso, con los gatos y en y con todo: irremediabilmente derrotado y siempre perdido por anticipado.

Digamos de paso que justificar, de la forma que sea, ese breve nicho tempo/espacial de acidificación y putrefacción perpetuas al que llamamos vida, siempre ha sido una meta punto más que inalcanzable para los mortales más egregios y brillantes, desde Platón y San Agustín hasta Heidegger y Patrice Lumumba. Era una meta, por ende, a la que Mr. Blanky jamás había soñado ni soñaría no ya con alcanzar sino ni siquiera con vislumbrar.

Para estupor, no obstante, de Mr. Blanky, muchos miembros de las Brigadas de Abstemios Activos (que no eran otra cosa que adocenados individuos de mente obtusa y cultura desconocida, si no analfabetos plenos y consecuentes descerebrados) aspiraban a justificar sus grises y supinas vidas mediante la simple sinrazón de abolir el alcohol, al menos en las más flagrantes de sus diversísimas formas bebestibles. La aciaga tarde en que firmó su incorporación, entre abrazos de fervientes caballeros abstemios y besos de tan fervorosas cuan abstemias damas, Mr Blanky se dijo:

53) espumarajeante y anodina

-Las mujeres ganan siempre.

Mr. Blanky lo murmuró para sí mismo y también para el mundo, aunque, por supuesto, de forma inaudible.

Mr. Blanky sabía que su mujer y la fiera de su suegra, a veces seguidas y precedidas por gatos de variado pelaje, salían con sus paraguas cerrados a reunirse con otras locas –y locos- de su tipo y recorrer las terrazas de los bares, de Piccadilly Circus a Trafalgar Square, por lo menos, a paraguazo limpio contra todo vaso que pareciera contener una bebida alcohólica del tipo o grado que fuera, entre la espumarajeante y anodina cerveza tibia y el quieto, treanslúcido y peligroso aguardiente de cebada, centeno, maíz o patata, africano este último, no peruano, que en Inglaterra estaba prohibido.

La policía, en ocasiones, detenía a Mrs. Peplant y a su hija Mrs. Blanky, al igual que a otro medio centenar de locas y de locos como ellas, las encerraba y las generalmente multaba con el pago de 50 peniques y a veces de una entera libra esterlina. De modo que cuando Mrs. Blanky no estaba en casa a la hora en que él volvía, Mr. Blanky ya sabía que hacia las ocho u ocho y media oiría la voz de la fastidiosa bruja en el auricular:

-Me han vuelto a detener, cariñín. Échales la comida a los gatos, y al abrir las latas huélelas; algunas vienen pasadas.

54) diferentes boles y peroles

Mr. Blanky al principio cumplía, poniendo en la misión que se le había encomendado toda su escasa maña. Mrs. Blanky, no obstante, e invariablemente, encontraba defectos en lo que Mr. Blanky había hecho: o bien se le había olvidado cambiar el agua en un bowl o bien había echado demasia-

do pienso en el comedero de Victory, el ya anciano y áspero gatazo de Samarkanda, que había nacido sordo de un oído y semisordo del otro, como supo Mr. Blanky en alguna remota y fortuita ocasión, y que de viejo se había vuelto miope, semiciego de hecho, con unas uñas demasiado largas que no se dejaba cortar ni siquiera por Mrs. Blanky. Él y su compadre de Angora eran los dos más odiosos del regimiento de gatos con los que Mr. y Mrs. Blanky (y Mrs. Peplant, por cierto) compartían el hogar.

Eran tantos y tantos los reproches que le caían sobre los lomos a Mr. Blanky cada vez que las Brigadas entraban en acción (lo que solía ocurrir, si el tiempo no lo impedía, entre tres y cuatro veces a la semana, al caer la tarde, especialmente en week end, con las terrazas repletas de ignaras, ignorantes y supinas víctimas, si el clima era mínimamente bonancible), que a la postre lo condujeron (a Mr. Blanky) a la genial idea de no hacer nada de nada en relación con los gatos: ni siquiera cambiarles el agua de los diferentes boles y peroles distribuidos por la casa: ni siquiera rellenar los comederos cuando se vaciaban: ni siquiera vaciar los cagaderos y meaderos ni vigilar que los gatos no se atoraran en ventanas y tragaluces: nada.

Mr. Blanky no cambiaba, ya se ha dicho, la arena de los meaderos o excusados, según el pseudo refinado lenguaje de las dos señoras de la casa (la anciana, digámoslo, aunque para nada afecta a esta historia, había nacido Wren, Deirdre de nombre). A los cagaderos Mr. Blanky ni se acercaba, y a veces se divertía aplastando con el tacón alguna de las incontables gateras de las puertas y ventanas, de modo que el gato que estuviera del otro lado arañaba los alambres entrecruzados, Maullaba, gruñía, inclusive se abalanzaba contra la puertecita de vaivén hasta que al final se le iluminaba el seso y conseguía echar para atrás la mencionada puertecita y escurrirse por un extremo.

‘Son bichos inteligentes’, se empezó a decir Mr. Blanky un día, y desde entonces odió a los gatos con la misma fría pasión que ponía contra Mrs. Blanky y contra la vieja (esto, es claro, era antes de que lo colmara la paz decidida de la indiferencia).

55) un gatazo enrollado

A partir de una tarde, sigamos, si un gato se le acercaba, Mr. Blanky, cuando estaban a solas los gatos y él, sin mujeres de por medio, lo echaba de una patada. Antes Mr. Blanky jamás se hubiera atrevido a tocarlos. Desde entonces, a Mr. Blanky le empezó a divertir darle algunas buenas pateaduras al gato que fuera, con motivo o sin él. Hasta que a partir de un día los gatos aprendieron y dejaron de acercarse a Mr. Blanky, dejaron de rondarlo y de metérsele en la bañera a la hora en que él se duchaba.

‘Han aprendido a respetarme’, se decía Mr. Blanky, aún perplejo y un no es sí es timorato y entontecido; temía encontrarse un día un gatazo enrollado, como antes, en el rincón donde estaban los mandos de la ducha, cosa que, a pesar de la neura de Mr. Blanky, nunca se volvió a dar.

‘Lo han aprendido al fin los asquerosos bichejos. Aprenderá también la maldita bruja’, pensaba y se repetía Mr. Blanky, con contenida euforia.

Sólo cuando estaban cara a cara llamaba Mr. Blanky por el cariñoso apelativo de Sheila a Mrs. Blanky, a la que en su fuero interno calificaba de bruja y de muy variados adjetivos, mientras que a su suegra la había llamado siempre ‘madame’ en su versión resumida: ‘m’hm’.

-¿Cómo está usted, m'hm?-, le preguntaba Mrs. Blanky a la decrepita Mrs. Peplant, con falseada y falaz solicitud-. ¿Ha pasado usted una buena noche, m'hm? No sabe cuánto me alegro, m'hm.

Y la vieja roñosa sonreía y asentía, como si la silla de cocina, de pino en el apartamento de Abernethie Street, del otro lado de Regent's Park, de encina en la casa de Luton Town y de roble en Vansittart Ave. fueran el trono de la reina consorte del gran rey medieval Alfredo de Sussex ¿o Wessex?

56) como si fueran bufandas

Poco antes de casarse, Mr. Blanky le regaló a su prometida un medallón. No era una alhaja costosa, nada de eso: era una joya barata, algo más que una baratija; bisutería pura sin más. Medía unas dos pulgadas de largo (4 cms.), en sentido vertical, por una y un cuarto, /2 cms ½) aproximadamente, de ancho, en horizontal, o sea que se trataba de una joya grande, vistosa. Estaba cernida por piedrecitas irregulares de colores y, en el centro de una cama de terciopelo granate, descansaba un ópalo gris iridiscente, seguramente falso. Para el sueldo, no obstante, que ganaba entonces Mr. Blanky (248 libras esterlinas lineales a la semana), el regalo le había resultado oneroso (24 libras y 30 peniques). La novia lo recibió con grititos de entusiasmo, se lo puso el día de la boda en torno del entonces grácil cuello, y no se lo volvió a quitar.

Entonces, sí, en aquellos pletóricos, eróticos y dulces principios, el medallón lucía y relucía entre los picudos y desafiantes senos de la jovenci-

ta recién casada. Además ella lo cuidaba: le pasaba una gamuza, minuciosamente, piedra por piedra, todos los días, y al ópalo lo lavaba con agua candela. A los 47 años, empero, a los veintitantos de su boda, el medallón se perdía entre sus carnes blandas, sus tres papadas, sus chales y sus gatos, que muy a menudo los llevaba enrollados al pescuezo, como si fueran bufandas.

Mrs Blanky ya no cuidaba del medallón; ni se acordaba de él. Las piedrecitas ya no lucían ni nunca más lucirían, opacadas por el polvo acumulado y adherido y pegoteado por la humedad; el ópalo semejaba una piedra vieja, recogida del arroyo, de color tizne, fea.

57) la muerte visita el hogar de los blanky

Un par de años antes del viaje por Europa de Mr. Blanky, cuando dicho viaje todavía no figuraba ni siquiera como plan u opción de futuro para Mr. Blanky, aunque Mr. Blanky era plenamente consciente de que tenía chance para acceder al grado único e incomparable de Gerente General No Sustitutorio no bien se jubilara Mr. Daltrie, el Gerente Tercero de entonces, una diáfana mañana, Mrs. Peplant, la madre de Mrs. Blanky, de súbito se murió.

Mrs. Peplant se murió de resultas de una mezcla fatal, aunque no deliberada, no con la intención subjetiva de suicidarse, aunque de hecho lo hizo, de barbitúricos y alcohol de alta graduación, a lo que había que añadir unos cuantos traguitos de lejía a los que la vieja señora se había aficionado desde que su hija la había encerrado en el cuarto de las escobas.

Hacía poco que la vieja señora había empezado a beber en secreto (para no hablar de su inclinación por la lejía), y esto era cosa que nadie sabía, pero de la que se enteró Mrs. Blanky al encontrar más de un centenar de botellas alineadas -de gin Beefeater's y whisky Grant's- bajo la cama de su mamá, ya entonces finada, y otras muchas escondidas -de Bell's Blended Whisky y Gordon's Dry Gin- en el armario-ropero, entre la ropa de cama, así como en lo alto del techo del recargado mueble-armario.

Por disposición de su hija, que ni siquiera necesitó de palabras, la difunta fue velada en el hogar de los Blanky, no en uno de esos vulgares tanatorios donde no permiten que accedan gatos.

-Tampoco tigres ni osos polares -como dijo Mr. Blanky, con su habitualmente ineficiente sorna.

Mrs. Blanky ni le contestó.

58) down hell with

Muy poca gente, por lo demás, asistió al velatorio, ya que numerosos miembros de las Brigadas de Abstemios Activos, enterados de la baja pasión secreta de la que había sido la más vehemente de sus miembros, no se presentaron en masa, de forma ostensible. Se congregaron unos pocos, durante unos pocos minutos, frente a la casa fúnebre, y después de gritar 'Al infierno. Otra borracha que baja al infierno', enarbolando carteles en los que se leía Down Hell With Drunkards, se disolvieron sin mayores altercados.

Mr. Blanky, por su parte, a quien la muerte de su suegra no había conmovido en absoluto, y con el ojo puesto ya entonces en una gerencia no ya

subalterna ni sustitutoria, no comunicó en su empresa el deceso de su suegra (no era viudo todavía a ojos de Jaill, aunque pronto lo sería).

Todos aquellos gatos, más el olor denso y cutre que dejaban tras ellos, eran vergüenza harto suficiente a ojos y olfato de Mr. Blanky para no invitar a nadie al velatorio.

59) todos unos pelagatos

En la cámara ardiente, la muerta yacía entre cuatro grandes velones rojos. La luz de las velas, titilante y con olor a mirto, mantuvo alejados a los gatos al principio, que a lo sumo se congregaban a la puerta de la habitación. En el interior, acompañada por dos solícitas vecinas que distaban de ser amigas de ella, al menos hasta aquella luctuosa tarde/noche, Mrs. Blanky lloraba copiosamente y se sonaba ruidosamente las narices, entre sucesivas y diminutas tacitas de café y grandes y humeantes tazones de té. También se tomó dos ardientes tazas de caldo francés —es decir, de gallina—, con un chorrito de jerez andaluz, queso en polvo parmesano y la yema de un huevo meramente inglés.

Mr. Blanky, cuya varonil miopía no se enteraba del por qué de la bienvenida presencia en la casa de aquellas dos mujeres de la vecindad, igual les agradeció profusamente su ayuda y las acompañó casi emocionado a la calle cuando se marcharon. Le pareció que, ahora sola tras morir su desagradable madre, Mrs. Blanky, la muy bruja, acaso necesitara de la compañía de aquellas dos amables vecinas. Se la encontró (a Mrs. Blanky) con una taza de café en una mano y un pitillo mentolado en la otra.

-Al fin se largaron esa dos corujas –enunció ella, con un tono de voz en el que latían, mezclados, el desdén, el despecho y la cólera-. Y tú, como buen pasmarote, todo gratitud con ellas. ¿No te diste cuenta, pedazo de pajarón, que si vinieron fue a espiar, para mañana chimentar?

Tras un silencio, una mentolada sonrisa y el acto de apagar el consumido pitillo en un bowl con arena que tenía junto al codo, Mrs. Blanky añadió, con afilada perversidad felina:

-Pero a las dos las mata la envidia, porque nadie en este barrio tiene jarrones de Sévres como los nuestros ni una verdadera alfombrilla de Aubusson como la mía ni mi móvil estilo Calder ni estos preciosos mininos. En este barrio, por mucho copete que crean tener, también son todos unos pelagatos.

Los gatos, a propósito, le habían perdido el miedo al fuego de los ya mortecinos velones y había un montón subido en la cama. Algunos le lame-teaban la cara muy maquillada al cadáver.

-Saca a esos bichos de aquí, por favor –pidió Mr. Blanky-. Es obsceno.

Su mujer sonrió, con los labios ladeados, batió palmas dos veces y los gatos se escabulleron.

-¿Has visto qué obedientes?

60) una reunión de mandos intermedios y altos

Cuando faltaban pocos meses, no se sabía exactamente cuantos, ni menos de tres ni más de siete, para que se jubilara el eterno Mr. Daltrie, que

llevaba como gerente de la firma cerca de cuarenta años, los subdirectores y algunos miembros del Consejo Superior Secreto (o sus edecanes, correveidiles y chivatos) empezaron a sondear a los seis subgerentes. En realidad el sondeo obedecía a una tradición de buenas maneras y de buen gusto y buen hacer imperante secularmente en la empresa, ya que los verdaderos candidatos, según era ya vox pópuli entre los varios miles de funcionarios y operarios de Murchison & Poor, no eran sino sólo dos: Mr. Blanky y Donovan Elliott.

Elliott partía con una clara ventaja, ya que era diez años menor que Mr. Blanky; y también, y por lo mismo, sufría de un pesado handicap, ya que tenía diez años menos. Mr. Blanky había pasado por todo el escalafón, desde recadero a subgerente, mientras que Elliott, por su parte, había entrado en la Firma como contable, aunque eso sí: después de superar unas difíciles y arduas oposiciones. El hecho de que fuera sobrino nieto carnal del vetusto Presidente del Consejo de Administración, Sir Arthur Donovan Poor Gaveston, podía ser decisivo o trivial; inclusive podía contar a favor de Mr. Blanky, ya que una de las más voceadas, sabidas y saneadas tradiciones de la Firma era escapar a todo tipo de nepotismo o sobrinazgo (o por el contrario caer y recaer en ellos, pero eso es otra historia que aquí no viene a cuento).

Mr. Blanky había oído decir algo decisivo a Mr. Jaill Poor Housewater, el todopoderoso Vicepresidente Ejecutivo o CEO (Chief Executive Officer) de la Firma, en una reunión de mandos intermedios y altos que había tenido lugar unos meses antes, y que reunía (aparte del CEO) al director, Mr Renfrew Murchison Wildestern, a los subdirectores, a los gerentes, a los subgerentes y a los delegados en el extranjero, de los que algunos habían hecho viajes larguísimos tan sólo para asistir a aquella reunión. Por supuesto que la firma se los pagaba todo: no sólo los billetes en primera, los hoteles,

el viático en libras esterlinas, los taxis o vehículos que fuere que se necesitare para desplazarse, sino también las call girls de lujo o prostitutas de alto standing, los efebos y las lesbianas (si alguno de ellos –hombres todos- incurría en esta última debilidad) En Murchison & Poor eran tradicionalmente muy liberales, aunque eso sí: de paredes para afuera de la Casa Central londinense.

Bajo los dorados racimos, pues, entre los que zumbaban inútiles y melancólicas abejas, en el jardín del Club Boswell, el CEO había dicho:

-En la Casa, nada de nepotismos ni favoritismos. La Casa es una empresa, no un templo; es una firma comercial, no el Vaticano. Que toleremos la presencia de papistas, inclusive entre los altos cargos, habla en pro de nuestra liberalidad; que despreciemos las costumbres de los Borgia, por otro lado, en cuanto a nepotes y al empleo de venenos blancos, es un claro blason de nuestra política de siempre: la de elegir a los más aptos, sin importarnos su origen, sus hábitos y costumbres ni su ideología, mientras esta última la dejen colgada del perchero, junto con el paraguas.

61) jaill housewater, el ceo

Mr. Housewater, el CEO, tataratataranieto de Donovan Poor, uno de los dos socios fundadores, era un cuarentón alto y atlético, que en las oficinas ocupaba un despacho en el piso 17, pero que acostumbraba a asomarse a las salas de contables y a los cubículos de los vendedores y comisionistas y que inclusive paseaba su egregia prestancia, con las manos a la espalda,

entre las filas de encorvadas mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas, las cuales apenas si se atrevían a respirar en su presencia.

Mr. Housewater, llamado Everard Everett Mingus Poor Housewater y apodado Jaill, el CEO, era un tipo afecto al orden pero de miras e ideas amplias, de pocas palabras y cordial y amable con sus infinitos inferiores. En Grantham's, la taberna, dos manzanas hacia afuera de la City, Jaill Housewater acostumbraba tener a una jovencita, no de la firma, por de contado, jamás de la firma, sentada en una rodilla; en ocasiones tenía las dos rodillas ocupadas.

Housewater estaba casado con una hija de lord Haverstoke (un jerarca importante de la Firma), llamada Florence Nightingale (de soltera Oq, que era el lacónico apellido de su padre), tan bonita como sosa, ultrarrefinada y siempre cansadísima, que jamás en su vida había hecho nada, ni siquiera practicar golf, aunque eso sí: le había dado a Jaill dos hijos varones. Uno de ellos, Cronin, el mayor (que tenía 14 abriles cuando lo emplearon), ya cobraba un buen salario de la Firma, en calidad de Ordenanza Interior Sustituto, y había que andarse con ojo con él.

62) cronin, el hijo del ceo

Cronin Housewater era un adolescente prepotente y mal hablado, y sólo hacía caso cuando se le antojaba. A papá, eso sí, lo obedecía sin rechistar. Sabía que un día llegaría, quizá, tan alto como papá dentro de la Firma, y esta confianza en sí mismo y en sus méritos de linaje lo volvía violento, ordinario y zafio con los vulgares y adocenados empleaduchos que le entre-

gaban carpetas de informes y le pedían que las trasladara de A a B o de C a D, siempre dentro de las 17 plantas de la Casa Central.

Conozcamos una anécdota que pinta a Cronin de cuerpo entero. Una vez un ejecutivillo distraído, uno nuevo en la casa, un auditorista, llamado Ebenezer Spartacus Sales, le había pedido a Cronin que bajara a comprarle pitillos; le había dicho la marca que prefería y le había entregado una moneda, ¡sin ni siquiera mirarlo a la cara, el muy hijo de perra!, ya que, al tiempo que el tipo le hablaba a Cronin, y le evacuaba aquella infecta orden, no se recataba de mirar unos papeles grapados con listas de números, en mangas de camisa y con la corbata torcida y aflojada. Cronin agarró la moneda entre el pulgar y el índice, y tocó con un dedo de la otra mano al sujeto.

-¿Ve su moneda? -le preguntó y cuando el otro asintió agregó-: Pues vea lo que hago con ella.

Acto seguido Cronin tiró la moneda de canto, con fuerza, contra un gran ventanal, que retembló entero un par de segundos y se desmoronó en parte con un enorme estruendo.

-Vaya a buscarla a la calle y cómprese su tabaco usted –dijo Cronin, con la faz roja de odio y furor-. Sepa que los ordenanzas internos sólo servimos a nuestros señores dentro del edificio, y que entre esos señores no figura usted.

Una vez desfogado y serenado, Cronin se fue silbando, en medio de un silencio sepulcral. Un tal Jerkins comentó:

-Cuando éste llegue a General Manager o a Vicepresidente Ejecutivo (o CEO) yo ya me habré jubilado, por suerte. La firma se irá a pique en poco tiempo.

Se decía que su padre (el de Cronin) no se hablaba con su hijo, lo cual no era cierto; sólo no se hablaban dentro de la Firma (donde las órdenes de papá se le transmitían al hijo por interpósitas personas), porque fuera

de ésta hasta se iban juntos de putas, como se comentaba en los niveles medios y bajos

Jaill Housewater, pasado el tiempo, también se iría de putas con Mr. Blanky, tal cual un día pasó a ser cierto, para indefinido asombro de Jingo, como invariablemente llamaba Jaill Poor Housewater a Mr. Blanky. Más aún: Jaill y Jingo se hicieron amigos, inclusive íntimos; pero eso aún late en un plano futuro.

63) el sastre

Para la decisiva entrevista con Mr. Housewater y el resto de los llamados Mandos Superiores, Mr. Blanky estrenó el terno azul con filamentos plateados y amarillos que se había mandado hacer por uno de los mejores sastres de Saville Row. El sastre, un tal Dickens, había obedecido sin rechistar a las sugerencias de Mr. Blanky, que no era sino un cliente enviado por Mr Housewater con la recomendación de que:

-Me lo vista usted como Dios manda, Dickens, y quiera él lo que quiera que sea no le haga usted caso. Usted a lo suyo.

Para asombro de Mr. Dickens, ocurrió que aquel estafalario cliente gordito, bajito, alopécico a medias y blando en extremo, tenía buen gusto natural propio. Y cómo no, porque lo que el sastre (Mr. A. P. Dickens) no sabía era que Mr. Blanky se había aprendido de memoria, como quien dice, un traje que le había visto al doctor Fleming, el sobrino biznieto, y todas sus opiniones o sugerencias partían de esa base. De modo que el traje de Mr. Blanky, una vez terminado y lucido sobre su persona (la del repetido Mr. Blanky), sería elogiado masivamente por secretarias, mecanógrafas, taquí-

grafas y taquimecas y también por un asombrado Mr. Jaill Housewater, que había hablado a priori, a fortiori y también a posteriori con el sastre, que le aseguró que los detalles en bocamangas y solapas, así como la elección de los botones y los obligatorios parches ovalados (tan británicos) en los codos, habían partido de sugerencias, algo inseguras pero acertadas, de aquel extraño cliente que había sido Mr. Blanky.

A lo que Mr. Housewater, confuso por el paso mismo que había él en persona había dado, cayó en indiscreción y dijo:

-Es que Mr. Blanky será, seguramente, Mr. Dickens, uno de nuestros próximos gerentes generales no sustitutorios, un total de tres. Siempre que yo pueda imponer mis puntos de vista en la junta, claro está, lo que no es fácil.

Jaill estaba algo achispado aquella tarde, y además venía de tirarse a una jovencita morena no-moldava que le había caído entre los brazos en alas de un skate board; de allí su inconcebible y desalada indiscreción: ¡con un sastre! No tardaría Jaill en arrepentirse de aquel inesperado paso que había dado, pero, lo que son las vueltas de la vida, al final aquel había sido, por pura chiripa, su mejor movimiento táctico estratégico de muchos años.

-Estoy en un cien por cien con Jingo, esto es, con Mr. Blanky –le dijo Jaill, en tono confidencial, a Mr. Dickens-. Por eso lo mandé venir aquí para que le hiciera usted el traje. Es mi hombre para el cargo de Tercer Gerente No Sustitutorio, por lo menos, un cargo que hay quienes minusvaloran pero que es de vital importancia dentro de la Firma, ya que un gerente no sustitutorio de la Casa Central se convierte, por mor de nuestras costumbres y normativas, ya centenarias, en Gerente General de la Firma en todo el mundo excepto en Londres. Uno de seis.

-Acertada elección, Mr. Housewater, si me permite decirlo. Un hombre muy elegante Mr. Blanky, por cierto.

-Faltaría más, Mr. Dickens –dijo Mr. Housewater-. Jingo anda elegantísimo, ¡quién lo diría! Pero eso sí, Mr. Dickens: ¡Chitón!

-Confíe en mí, Mr. Housewater.

Mr. Dickens conocía, de boca para afuera de ejecutivos como su cliente Mr Housewater, los intrínquilis y enigmas de las entrañas de las grandes firmas de la City, pero no entendía ni papa de todo aquello más allá de lo que oía. En este caso ni se le ocurrió pensar en lo que Mr. Housewater le había dicho. Lo comentaría, eso sí, con Mrs. Dickens y con Mr. Eccles, su principal ayudante y marido de su única hija, y de allí, aunque él no lo supiera, se divulgaría al mundo, inclusive más allá de las inexistentes aunque inabordables murallas de la City.

64) champagne krug bien frappé

Mr Housewater, por su parte, tardó unos minutos en reacomodar su sacudido espíritu y darse cuenta de la locura que acababa de hacer. Ir y hablar de interioridades de la Firma nada menos que con un sastre londinense. Le había ido con chismes, con secretos de la firma ¡a un sastre! Lo mismo podía haberle soltado confidencias de tal calibre a su peluquero (o para el caso al de su mujer).

En realidad, Jingo Blanky era un candidato a la Gerencia General al que se le daría gran bombo y realce, en un principio, pero sólo para que el nombramiento inevitable de Donny Elliott pareciera el resultado apretado de una pareja lucha de méritos y talento y no una cuestión de nepotismo y linaje. Ahora, que pronto en toda la City se sabría lo que él le había dicho al

sastre, Jaill Housewater no tendría otro remedio (ni veía otra salida) que apoyar a fondo y de verdad a Jingo Blanky y dar aquella maldita gerencia a al ya repetido y ya cansador Jingo Blanky.

‘Toda la culpa la tiene esa maldita pendeja en su skate board, más ese maldito champagne Krug bien frappé’, se dijo Jaill Housewater. Acto seguido se encogió de hombros. Él no era uno de esos que se preocupaban por nada. A él sólo le interesaban (eran un descubrimiento reciente) las moldavas.

65) el apartamento secreto

Una tarde, cuando su suegra aún vivía, Mr. Blanky vio, en Regent's Street, un anuncio de la agencia inmobiliaria Borden & Blackmore and Corso & Sons, & Flynn and Marcuse père and Herbert Ltd., que decía que se alquilaba un estudio en el mismo edificio donde constaba el cartel. Después de enumerar las condiciones del estudio, a saber: “386 pies cuadrados –unos 48 m² aprox.-, diáfano, con cocina y cuarto de baño completos; y palier o recibidor”, el anuncio añadía: ‘Para su mejor información consulte al tfno. 852 734 885 ext. 69/6 o diríjase al conserje de este inmueble’.

Un irrefrenable impulso llevó a Mr. Blanky a aparcar el automóvil a la vuelta del edificio y a entrar con paso decidido en éste, donde habló con el conserje, y a continuación, desde la conserjería misma, con la famosa agencia inmobiliaria que patrocinaba el apartamento. Diez minutos después se presentó en el inmueble un impecable empleado de la inmobiliaria, munido con las necesarias llaves, una de las cuales era una tarjeta (lo que entonces todavía era un sistema novedoso, aunque muy pronto dejaría de serlo).

El empleado (no otra cosa que un vulgar empleaducho, a fin de cuentas) miró a Mr. Blanky, tan modestamente trajeado y con su rostro apeginado y blandor de oficinista del montón, con no disimulada desconfianza y con cierto desdén.

-¿Piensa usted alquilar el piso para usted, ehm..., caballero?

-En efecto.

-Permítame que lo dude –dijo el incivil jovenzuelo mientras revoleaba el llavero entre el índice y el pulgar-. ¿Qué garantías puede ofrecer usted?

El conserje, algo más maduro, y el jovenzuelo, intercambiaban miradas burlonas; en un momento el jovenzuelo se acercó a la conserjería, que no era sino una garita cualquiera, con un mostrador de mármol, eso sí, detrás del cual estaba sentado el conserje, y llamó por teléfono a la inmobiliaria para informar de que el apartamento seguiría en lista de espera, lo que aturdió, impaciente y empezó a enfurecer a Mr. Blanky.

-¿Qué se cree usted? –increpó Mr. Blanky al jovenzuelo.

-¿Qué garantía puede aportar usted, ehm..., señor?

El conserje, mientras tanto, por su parte, fumaba un delectable y moroso cigarrillo. Ahora pues, mientras Mr. Blanky hablaba con el jovenzuelo y se irritaba con éste, el conserje encendió un nuevo pitillo, lo que permitió comprobar a Mr. Blanky, al ver la cajetilla, que se trataba de Steamer's, una marca otrora noble y hoy barata.

66) trece inspectores acólitos y subgerentes

Mr Blanky recordaba, en aquel momento crucial de su vida, frente a la conserjería del inmueble de Regent's St., una de sus primeras, breves pláticas con Jaill Housewater, en El Monasterio, como llamaban a la piscina y sus amplios y lujosos vestuarios con cama plegable –no todos- de la Firma, en la Casa Central, a donde los subgerentes tenían acceso sólo por invitación.

Era la primera vez que Mr. Blanky pisaba aquel lugar paradisiaco, que ocupaba toda una planta que no figuraba en el rimero de botones de los ascensores, ubicada entre la quinta y la sexta, y a la que se accedía con una llavecita (para el ascensor) que muy pocos en la Firma poseían.

La piscina, en efecto, más la escuálida arboleda que rodeaba la piscina, eran de uso restringido, y Mr. Blanky, no obstante, un modesto Inspector General Contable Intermedio entonces todavía, aunque en cuestión de sólo días ascendería al rango de subgerente, como él ya bien sabía, estaba allí de cuerpo presente.

Mr. Blanky había recibido la invitación dos o tres días antes, de orden del propio Mr. Housewater, y allí estaba Mr. Blanky en efecto, a la hora preestablecida de las 4:20 pm, al igual que lo estaban otros cuatro de los otros trece inspectores acólitos y subgerentes. También había hecho acto de presencia, con su propia llavecita (para el ascensor), el Gerente General en vías de jubilación, es decir el honorable y respetabilísimo Mr Ignatius O. Daltrie, sin conexión ninguna con La Casa, como también se llamaba a La Firma o La Empresa. El otro subgerente que contaba, de los cinco en total presentes, no era sino Donovan Elliott.

Que se nombrara a dos gerentes generales seguidos sin conexión de sangre con La Firma era un obstáculo punto menos que insoslayable para la imparable carrera de Mr. Blanky dentro de la Firma, según pensaba éste en un principio. Esa misma tarde, no obstante, Mr Housewater lo tranquilizaría en ese sentido, pero de lo que Mr. Blanky se acordaría, al ver al conserje fumando aquella sórdida picadura llamada Steamer's, sería de algo que le había dicho Mr. Housewater en relación directa con el uso del tabaco:

67) sobre las calidades del tabaco

-De los tabacos, digamos, ingleses –explicitó Mr. Housewater-, es decir cortados y fabricados aquí en Inglaterra, unos en Sheffield y otros en Manchester, como sin duda sabrás, los únicos que uno puede fumar, como un acto de contrición en todo caso, o por puro y duro y comprensible masoquismo, son los Cutlass Prime Navy Cut, por ese corte especial de pipa, romboidal, que le dan a la picadura. Yo, por mi parte, me decanto por el inevitable american blend, cuando estoy más bien alegre, o si no por los de la marca grancanaria Montecarlo, cuando me siento con el ánimo sombrío, es decir tabaco negro.

“También uso Pall Mall, que son un cigarrillo cualquiera, cuando me siento sereno, y los Player’s, aquella antigua y venerable marca inglesa, que los americanos compraron y mejoraron sensiblemente, a finales de los sesenta, cuando estoy triste, lo que rara vez ocurre. Los Player’s, hoy día, llevan picadura verdadera, no rastrojo, picadura cuadrada, como se la llamaba, cúbica en realidad, y eso cambia mucho las cosas. El secreto del tabaco de cigarrillos (no del de pipa ni de veguero cubano) está en la forma en que lo cortan y preparan, no en ninguna otra cosa. Casi todas las marcas, inclusive las más caras y prestigiosas, están rellenas de hilachas; ¡hazme el favor! Inclusive los Chesterfield Super Special Sport Bleeder’s Cut Sin Filtro y hasta los Ambulatorii turcos no traen sino puras hilachas. No hay vergüenza.

Mr. Housewater sonreía, con pena y malicia mezcladas.

-Los Corona Smith & Gambledon Cruisers, por último –añadió-, sólo los fumo cuando me siento muy exaltado, a lo que, por vía general, contri-

buye en gran manera una mujer a la que nunca me he follado y que sé, por ese inicial fulgor, por esas primerizas miradas sesgadas y fugaces, que son lo que me exalta, que pronto me follaré.

Todavía no habían aparecido las moldavas en el carnal horizonte de Mr. Jaill Housewater.

68) a propósito de licores

Tras un meditativo instante, Housewater dijo otrosí:

-Las tres cosas, malsanas todas, por supuesto, de las que un hombre como se debe no puede en ningún caso prescindir y de las que en todo caso debería abusar, son el tabaco, el sexo y los licores, categoría en la que los englobo a todos excepto a la intolerable cerveza. Los englobo, digamos, desde el más delicado y frugal de los vinos, digamos un, ehm, digamos un Morigni Special o Speziale, que sabe a una fugaz agua tintada, deliciosa e inconfundible cuando la marca es buena, como la Speziale Cardinale, cincuenta o sesenta años más añeja que la actriz del mismo nombre, lo que ya es decir, hasta los aguardientes más sensibles, delicados y viriles, como el temible orujo español con guindillas, de 73 grados pure proof, o el sliowitz croata con hilos de oro, de 77.

“En cuanto a los anises, tan divulgados por franceses y otros latinos, al igual que la cerveza y por razones aún peores, tampoco figuran en mi modesto catálogo. Dulces o secos, fuertes o suaves, los anises son una bebida fácil de fabricar, sin procesos complejos, sin secretos que descubrir, sin chispa ni verdadera alegría. A excepción acaso de la cazalla de baja gra-

duación y, por supuesto, de la absenta o del ajeno, dos bebidas que son en realidad una sola y que hoy están prohibidas, ya que, según la credulidad pública, mataban, lo cual, por de contado, es una falacia y una estupidez que propagó en su día la Firma, para promocionar nuestras destilerías de calvados, marc, ron, whisky, whiskey et al.

Con una sonrisita de superioridad emocional, Jaill remató así su elocuente speech:

-Y volviendo al tabaco, querido Jingo, nunca te fíes de un tipo que fume Steamer's. Fueron buenos cigarrillos en los años ochenta del siglo XIX, pero hoy en día son pura bazofia, y para peor una bazofia cara, por mucho que su precio sea barato. Serían caros aunque los vendieran gratis. Los fumadores de Steamer's son peores que los bebedores holandeses de cerveza, Jingo, viejo amigo. No lo olvides.

Jingo no lo olvidaba ni olvidaría.

69) la corbata de nudo

Mr. Blanky sabía que, como siempre, y por mucho que se esmerara, presentaba una figura no desaliñada, sino, por lo contrario, demasiado atildada, en la que se notaba el esfuerzo, que no era natural. Le pasaba lo mismo, en su pequeña y abochornante escala, que a ciertos lamentables actores, y sobre todo actrices, que no sabían madurar ni mantenerse jóvenes, y a quienes el esfuerzo por rejuvenecer, o en todo caso por preservar una cierta elasticidad juvenil y positiva, tornaba forzados, en el mejor de los casos, y en los peores ridículos y hasta grotescos.

No se trataba de que Mr. Blanky pareciera grotesco, ni siquiera ridículo, sino que se le notaba el esfuerzo. Se le notaba el esfuerzo cuando se abrochaba la camisa, porque en esos momentos estaba concentrado, única y exclusivamente, en abrocharse la camisa, y eso sencillamente no podía ser. Lo mismo le ocurría (o peor) con la corbata, que Mr. Housewater le había aconsejado que cambiara, es decir que desechara para siempre la corbata de moña con elástico, que había usado toda su vida, y se pasara a la corbata de nudo, que Mr. Blanky no se sabía hacer.

-La corbata de nudo le da a uno un aspecto más viril, menos afectado en todo caso –había dicho Mr. Housewater, con su cordial y discreto aire habitual de spleen-. Una buena corbata para anudarse, bien elegida, a tono con la chaqueta o el traje, y sobre todo con el pañuelo de bolsillo, en el que hay que introducir (en el bolsillo, no en el pañuelo) una de esas bolsitas de lavanda en espiga mojadas con benjuí, querido Jingo, y tú mismo te asombrarás de los resultados, verás si no.

70) las yemas de los dedos

-La forma en que a uno lo miran, en que a uno lo tratan, es la forma que uno tiene, Jingo, es de hecho lo que uno es y será a lo largo de toda su vida activa. Nuestra verdadera identidad, querido e ingenuo Jingo, está en los ojos de los demás y en la opinión que los demás se hagan de uno. Tú, de tan discreto que eres, discreción plenamente elogiosa, por supuesto, pecas, no obstante, de excesivo, al punto de pasar inadvertido y carecer de elegancia, ambas cosas a la vez, lo que es muy grave y punto menos que suicida,

al menos en nuestro ambiente. Y no es eso, mi querido Jingo. No se trata de eso en absoluto.

Mr. Housewater se olisqueaba las yemas de los dedos. Se las olfateaba delicadamente antes de encender un cuarto o quinto (o acaso décimo o undécimo) cigarrillo. Un acto de ese calibre, olfatearse los dedos en una confitería llena de gente, muchos de la cual lo miraban a Mr. Housewater y hablaban de él, era un acto que el pobre Jingo se hubiera muerto de vergüenza de sólo pensar en hacerlo. Mr. Housewater no. Mr Housewater, a fuer de crianza, preceptores e institutrices, de educación y la vara flexible de mimbre verde del coronel Lagoon, tutor suyo en Oxford, hacía donde fuera lo que quería.

71) un camión con volquete

Mr Lagoon, en efecto, había sido el tutor del joven Jaill Housewater en Oxford, un tutor elegido por su padre (el de Jaill), que no como los otros tutores de la célebre Univ., que monitorizaban al menos a media docena de alumnos, Mr. Lagoon lo monitorizaba sólo a él (Jaill), y de él (de Lagoon), si Jaill se quejaba cuando la vara verde siseaba y golpeaba con violencia en la yema de sus dedos, juntados y con la punta hacia arriba, recibía él (Jaill) doble ración (de Lagoon), y ay de él (Jaill) si vacilaba o se entrepataba a la más mínima orden que el coronel le susurraba, porque, pera colmo de males él (Lagoon) jamás alzaba la voz por encima de los 19 decibelios.

Mr Housewater, años después de aquella monótona a la par que asendereada fase universitaria de su vida, distendido ahora, en compañía de este marsupial genial de Jingo, se permitió una como alejada sonrisa al recordar el final del coronel Lagoon, su cara primero de estupor y luego de espanto cuando un camión mezcladora con volquete, robado minutos antes de un edificio en construcción, a catorce travesías en zigzag del punto fatal del destino para el coronel; un camión, para peor, que parecía abarcar una manzana entera de mezcla, la manzana concreta formada por las calles Maples al noroeste, Throbbles al oeste sudoeste, Scarr al sudeste y Brazil al este nordeste, se le precipitó encima diez pasos después de haber salido él (Lagoon) por la alta puerta enrejada de su club de tennis, flanqueada (la puerta, de remate redondeado y pomo de bronce lustrado) por unas altas y muy largas verjas de hierro colado por las que trepaban y se desplegaban las ramas afiligranadas y punteadas por diminutas flores incoloras de la hidra llamada Morituri Xiderpoena, venenosa si se la aplicaba sobre la piel desnuda, mortal si se la bebía.

El coronel Lagoon murió aplastado, pues, contra una de las altas verjas de su club de tennis y allí se terminó todo. ¿Habría reconocido el coronel, con el último fulgor de su memoria, en el hombre de bigote largo y caído (falso), y barba larga y puntiaguda (falsa), que conducía al monstruo de doce toneladas, a su antiguo tutorando en Oxford?

72) kalashnikov & co.

El camión con volquete, por cierto, pintado a franjas amarillas y verdes, apareció, después del crimen, volcado panza arriba en una antigua

cantera de cobre abandonada, en la que grandes carteles de metal laminado, sujetos a patas de acero, veteados de orín y rayados de verdín, manchados de moho y en los que grandes arañas acechaban y se comían a las incautas polillas enceguecidas por los últimos faroles encendidos en lo alto, anunciaban (los referidos carteles) la próxima construcción de cuatro grandes edificios residenciales, con piscinas, saunas, herbolario y abecedario (para los pequeñuelos), barra al aire libre, cuatro salones de té y otros tantos mayestáticos comedores con reservados, cocheras, cuatro pistas de tennis, nieve artificial para bobsleigh en invierno y un campo de golf de 18 hoyos que quedaba a menos de media milla (unos 775 mts.).

Todo aquel sueño para profesionales liberales de clase media y medio alta (promocionado por una filial y una subsidiaria de la Firma) había acabado en bancarrota, como no podía ser de otra forma, o sea en yates en Florida, en villas salpimentadas por las Carolinas y en un par de mansiones en Nueva Inglaterra, además de abultadísimas cuentas en Suiza, Liechtenstein, Barbados y Cayman Islands y de infinidad de juicios, querellas y pleitos que les habían llenado los bolsillos a dos vastos bufetes de abogados con sede en Londres (en Putnam, concretamente).

Inclusive se había producido un suicidio, precedido por un plurihomicidio frustrado.

Uno de los estafados, que dejó una carta sellada con sus desdichas, era un tal Wellington Napoleón Combres (Napoleón con acento en la O, a la española), que había invertido en el sólido proyecto un par de millones de libras (acaso más y puede que mucho más) y se había arruinado. Esto al menos era lo que se aseguraba entre los empleados menores y arquitectos de tercera categoría (así como entre las mecanógrafas, taquígrafas, secretarias y taquimecas de la Firma) de las oficinas de la empresa constructora, sitas en Londres, concretamente en un rincón iluminado y luminoso de

la moderna e infinita explanada de Canary Dwarf, en cuyas dichas oficinas resplandecía una impresionante maqueta del proyecto.

Un proyecto, ya se ha dicho, en el que aquel malhadado hombre, a la postre suicida, que respondía por Wellington Napoleón Combres, había dilapidado una línea de crédito abierto que alcanzó, según se decía, unos dos millones de libras esterlinas (más acaso e inclusive cabe que mucho más), que había solicitado al Trustees & Misdemeanors Coffin Cohn Bank de Middlesex, con la garantía personal, pública y privada, de Sir Peter Yates, que era uno de los dueños (en nombre en realidad de la Firma) de la cadena de tiendas y almacenes P.&Y.&LF, ampliamente conocida como Pylf, con la “y” pronunciada como “i”.

Arruinado pues, y con densos e inescapables barrotes verticales como pertinaz y exclusivo porvenir; porque Yates era un amigo de infancia pero no tanto, Combres averiguó, se informó y compró en el mercado negro, por la módica cantidad de 125 libras, un subfusil kalashnikov AK/47, más 120 cargadores para el mismo, a cuatro libras y ochenta peniques el par. Una vez adquirido aquel material, Combres practicó con su arma (ya que nunca hasta entonces había disparado un solo tiro), todos los días de lunes a viernes a lo largo de más de una quincena, dos horas por lo menos al día, desplazándose día tras día más de doce millas marítimas mar adentro para ejercer puntería sobre blancos móviles (patos inflables que estallaban al ser impactados), montado él a solas a bordo de una barcaza barata alquilada, sin que el arma le fallara ni una sola vez.

La puntería de Combres, señálemoslo, era pésima, lo cual importaba poco, porque Combres pensaba disparar a una distancia máxima de doce yardas (unos 12 mts.). Lo había estudiado todo a fondo y en detalle. Un día (el día previsto por él) Combres llegó, pues, sin problemas, al sitio elegido, justo en el exterior de la finca de recreo que poesía Lord Corniff en

Wadham, a unas 45 millas de Londres (unos 66 kms.). Allí descansaba (es un decir) en aquellos mismos días Sir Peter Yates con abundante compañía femenina y junto a otros varios invitados de sexo masculino (Sir Karl Fals-taff Niebuhr, el urólogo germanoinglés entre ellos).

Y fue entonces, precisamente, cuando el arma infalible se trabucó. Se trabucó, en efecto, y no hubo manera para un desesperado Combres de hacerla funcionar. El subfusil kalashnikov AK/47, que nunca se trabucaba, se trabucó en el único momento en el que no tenía que trabucarse, y por aquel inexplicable accidente una rubia explosiva y otras doce o trece muchachitas de escueto o nulo ropaje salvaron sus inocentes aunque parásitas vidas, al igual que lord Corniff, Peter Yates y sus otros cuatro invitados, entre los cuales valga citar (aparte del ya mencionado urólogo anglogermano) a Milton Deck, socio de milord en la efímera constructora de Canary Dwarf, que se había llamado Constructora R.,B.&Bv. (por Rhodes, Baltimore y Belgrave Square), y que nunca había construido nada de nada, ni siquiera el más pequeño palomar o nido para gorriones.

-Dicho sea –diría Jaill Housewater- en honor a la verdad.

-¿Y Combres qué?

-Combres, el pobre... ¿Qué será de él?

Combres, sí, ¿qué era de él?

Frustrado de tal guisa, según se ha relatado, y tras su fallido intento de asesinato a mansalva, Combres escribiría una minuciosa y detallada carta, que enviaría a diferentes diarios y revistas, y acto seguido aplicaría la boca del kalashnikov a su cuello. Entonces el arma sí funcionaría.

Esto último, empero, ni Housewater ni por lo tanto tampoco Jingo Blanky lo sabían, ya que entonces aún no se había producido (quíerese decir que el suicidio y el suicida aún descansaban en el ignoto porvenir).

73) un nudo ortodoxo

Llegado el día, pues, Mr. Blanky, (volviendo a él), que practicaba diversos métodos para construirle un nudo digno a su corbata, según detalladas instrucciones de Jaill Housewater, instrucciones inclusive dibujadas por Jaill Housewater, oyó la ráfaga del famoso subfusil ex soviético (ya que Combres vivía no lejos), lo que le hizo dar un bote (a Mr. Blanky) y pegarle un tirón imprevisto a la corbata, por todo lo cual observó de inmediato, en el espejo, cuando estaba medio ahogado, que había fabricado, sin quererlo, un perfecto nudo triangular bastante grande.

-Yo llevo el nudo ortodoxo –decía Jaill Housewater-, porque me hago la corbata a la manière de Oxford, no de Cambridge ni mucho menos de París-Francia. Me hago el nudo de esta guisa desde que me monitorizaba el coronel, en fin, desde que me monitorizaban en Oxford. Tú, ya te lo he dicho y te lo repito, más vale el nudo grande que el nudo pequeño. Esos tipos con el nudo de la corbata del tamaño de un maní parecen padecer todos de estreñimiento, y cabe que lo padezcan.

74) más moldavas

En la alta, silente y casi secreta noche de julio mediado, la ráfaga llegó nítida también a oídos de Mr. Jaill Poor Housewater (¿por qué no?), quien en aquella noche concreta era llamado Bumpy y Cielín por sus dos acompañantes, que no eran sino dos alegres, jóvenes, caras, espigadas y lindísimas y exuberantes muchachitas moldavas que bailaban en Rimsky

Korsakoff, la sala de fiestas. Las dos tenían un poderoso parachoques delantero, así como un firme y bien modelado guardabarros trasero. Los tres, pues, las dos jovencitas lúbricas y el depravado CEO de la Firma, oyeron los disparos, y fue al oírlos que Youma, la moldava morena (Kanthul era la rubia) exclamó:

-Hay quienes se divierten a lo bestia

-Como en Chechenia -dijo a su vez Kanthul

-Eso parece –dijo a su vez Jaill.

Los tres, empero, se olvidaron rápidamente del asunto, ya que tenían otras cosas que hacer y en qué pensar

Al otro día, no obstante, un periódico matutino los devolvió a los tres a la cruda realidad del suicidio. Fue en concreto el Amphisbaena Trade and Transports City Journal, en el que aparecía un suelto referente al suicida. Jaill Housewater lo leyó, entredormido todavía, en las páginas macabras de Sucesos, entre ocho líneas dedicadas a una vieja atropellada por un tren y un artículo, firmado por John P. Soccer & Wayne Teodolino and Son, sobre los dieciocho cadáveres alineados que se descubrieron en un sótano de Birmingham, sin contar los otros siete que aparecieron en un ático de Manchester y que sin duda llevaban la misma firma: una límpida bala de calibre 22 en el punto exacto de entronque de la médula espinal y el encéfalo raquídeo.

-Vaya tú -comentó Kanthul, mientras se pegoteaba toda con un envase de medio kilo de dulce de leche o dulce de cajeta, mexicano, no argentino,

-Aquí al ladito, Bumpy, como quien dice –dijo Youma.

-¿Qué es el hipotálamo, Cielín? -inquirió Kanthul, mientras devoraba a puños llenos fresas silvestres de Groenlandia, no de Suecia, maceradas al ron, no al cognac.

-Sí, Bumpy, ¿qué es? –la apoyó Youma.

-Literalmente -se explayó Housewater-, quiere decir debajo de la cama.

-Ay no, Cielín, tú siempre con ésas –se quejó Kanthul, que probaba con angurrientos dedecitos el potaje ucraniano de huevas de esturión azul de Crimea (muy superiores en todos los casos al falaz y encarecido caviar beluga), enriquecidas con yoghourt rumano, no búlgaro ni griego.

-No me has dejado terminar, criatura -continuó Housewater, quién, con su libido saciada y saturada, permitía que su mirada se recreara en la contemplación de las grandes y alegres mamas de Kanthul, que saltaban, rebotaban y se salían de, dentro del escaso negligé de la muchacha, que se lamía los dedos y lentamente murmuraba:

-Qué bien.

-¿No te he dejado terminar qué, Bumpy? –preguntó Youma

-Debajo de la cama se llama a una glándula que tenemos en la cabeza, el hipotálamo, que es donde se alojaron esas numerosas balas del 22 de los cadáveres de Birmingham y Manchester. El hipotálamo se llama así porque está debajo de otra glándula que se llama Tálamo, que en griego quiere decir cama.

-Oh Bumpy, qué cosas –dijo Youma.

Kanthul no dijo nada. Absorta comía, ahora, de un pote gelatto de cassata con frutitas brillantadas napolitana, no romana ni mucho menos calabresa.

‘Estas pobres chicas moldavas arrastran un hambre de siglos’, se dijo Housewater, conmovido.

75) treblinka

'Me gustan tetudas', pensó después Housewater, que en ocasiones, por distracción o cansancio, o acaso porque para él, entre la vaciedad y la gente había escasa o ninguna diferencia, pronunciaba y decía lo que pensaba, o, más bien, sólo murmuraba el vagabundeo, trivial y circunstancial pero siempre agudo, de su lúcido, frívolo, brillante y bien entrenado cerebro.

-Me gustan tetudas –dijo.

Comprendió lo que había dicho porque lo leyó en la cara pasmada de Jingo, que lo miraba atónito y trataba de deglutir un bocado de faisán gratiné lyonés, no parisino, al tiempo que se acordaba y desviaba la mirada, como si Parte meteorológico de Treblinka, la tenebrosa y genial obra maestra de Milton Ashley, no estuviera allí colgada en la pared para que todos la vieran (y se estremecieran).

-¿Tet? –balbuceó ese emotivo calabacín de Jingo.

-Tetudas –repitió Jaill Housewater.

Él sí miraba el cuadro.

El cuadro, subastado dos años y medio antes por millón y medio de libras en Liardell's (no en Christie's ni en Sotheby's, donde sólo subastaban vulgaridades y van goghs), mostraba montoncitos de nieve, alguno de ellos de una confusa y tenebrosa palidez rojiza, con alambradas, torretas y casamatas al fondo, así como una cerrazón de niebla ocre tajeada por tangentes líneas ortogonales grises o plateadas. No había en el cuadro ningún otro ser humano que, en el rincón inferior izquierdo, un hombrecillo de uniforme a rayas verticales, de lívida faz chupada y tristísima, que estaba acullillado y con el pantalón bajado, a punto de vaciar su vientre. De la pared a su espalda bajaba una canaleta con agua congelada, mientras que de un agujero a media pared asomaba la mitad de la cabeza, ojos, nariz y dientes, de una rata hambrienta.

-Está buena la rata, ¿eh? –dijo Jaill Housewater, con burlón acento cantarín.

-Oh. Sí. Por sup...-Mr Blanky balbuceó y enmudeció.

-Si no mejoras un poco tus maneras externas, Jingo –le previno Jaill Housewater a Mr. Blanky-, y si tu concentración en los detalles no mejora muchísimo, la sub gerencia sustitutoria les parecerá que te queda no ya grande sino infinita, tanto a Artie y a Lubbo como a Gaveston y a Minto, es decir al imbécil de Wildestern, al igual que a la otra media docena de zampaboyas que me pueden poner en dificultades, y en ese caso yo tendré que pelear por ti como nunca he peleado, Jingo. Inclusive puedo perder, querido y viejo Jingo, ¿no lo has pensado? Puedo salir hecho jirones ¿Te has fijado, por un casual, en los colmillos que tiene mi tío segundo Richard Donovan Volpi, más conocido como Blancanieves? Me puede hacer pedazos con esos colmillos.

-Me hacen pensar en White Fang. Leí la novela, de muchachito.

-Yo también la leí, querido Jingo, pero te diré: White Fang era un vegetariano desdentado por comparación con Dick Volpi.

Por supuesto que Jaill bromeaba, pero había un núcleo duro en el interior de sus bromas; era algo que Mr. Blanky tenía que rastrear, descubrir y solucionar por sí mismo

-Más desenvoltura, hombre –le decía Jaill

Le daba golpecitos amistosos a Jingo en un brazo y le sonreía ampliamente, pero eso secreto seguía allí, y fuera lo que fuera era algo que preocupaba tan poco a Jaill como traía insomne a Mr. Jingo Blanky.

76) tres soberanas palizas

-Que se te vea y se te note más echau p'adelante, Jingo, conjo, jorobarse –admonecía Jaill a Jingo-. Más desenvoltura, Jingo, muchacho, como te tengo dicho y repetido.

Mr. Blanky hacía lo posible.

En aquellas concretas y difíciles circunstancias Mr. Blanky floreó una mano, enderezó la espalda y sonrió, aunque por desgracia desmayadamente.

Jaill Housewater hizo una ligera mueca.

-Eres un gran tipo, Jingo –le dijo a Mr. Blanky-, y además eres el tipo indicado para ese puesto de gerente general, que yo ocupé dos años, te acordarás, y que me lo pensaría pero muy pero que muy mucho si por la razón que fuere lo tuviere que volver a ocupar. Ya ves, Jingo; soy franco; te lo digo. Es un cargo en el que es fundamental, pero fundamental, Jingo, antes que ninguna otra cosa, no hacer nada, pero nada de nada; sólo elevar informes que nadie va a leer. Sea como fuere se trata de un cargo harto difícil y peliagudo, cabe que ingrato, ya que no hacer nada, no hacer exactamente nada de nada mientras se aparenta que se hace de todo un poco, exige un trabajo de mil demonios, Jingo querido, como si mis cálculos no fallan pronto comprobarás.

Tras algunos segundos de ponderado y meditativo silencio, Jaill Housewater añadió:

-Tienes que tener, eso sí, mi viejo Jingo, para un cargo tamaño, un inexcusable guardarropía, a saber: unos cuantos ambos y ternos y combinados sport de lo mejor, y un par de relojes de cadena y otro de muñeca pa-

ra usar según las ocasiones. También tendrás que suministrarte una docena de pares de zapatos, no más, al margen de los deportivos, y por supuesto tienes jugar bien a tennis y pasablemente a golf y además saber esquiar.

-A tennis juego, y bastante bien. ¿En cuanto a esquiar qué? ¿Sobre el agua o en la nieve?

-Sobre el agua, Jingo, es para pequeño burgueses. A ver si aprendes.

Si Housewater se pensó, como de hecho hizo, que aquello del tennis era un bluff, comprensible, de Jingo, se equivocó: Jingo le dio tres soberanas palizas seguidas en una pista lateral del Tennis Lawn Courses Club de Wyndham Lane (Kent).

77) en bariloche (re-pública argentina)

Las lecciones orales de Housewater proseguían, al tiempo que había anotado a Mr. Blanky en un club de golf, y otrosí al mismo tiempo que planeaba llevárselo todo un verano a la Argentina, donde era invierno. Se lo pensaba llevar a un lugar llamado Bariloche, donde le habían asegurado que había magníficas pistas de sky y mujeres a buen precio, aunque no hubiera moldavas. Y las había, claro está, en abundancia, tanto mujeres como pistas de sky, y Jingo progresó mucho más de lo que Housewater había calculado. Viajaron juntos y Jingo se tuvo que emborrachar. Viajaban con camarote privado, por supuesto, pero a Jaill lo terminaron por molestar los ronquidos temulentos de Jingo, de modo que salió y se pasó casi todo el viaje en el bar de la planta de arriba del Jumbo.

-¿Tú también te emborrachaste? –quiso saber Jingo.

-No. No le tendrás miedo a volar, Jingo, ¿verdad?

-N...No...No, en realidad.

-En nuestro trabajo, Jingo, ese es un miedo absurdo, que hay que superar, que no se puede tener ni tolerar. Miedo a volar, como si fueras un puto maricón, Jingo. No me jodas.

Jaill rara vez exteriorizaba su mal humor con palabras subidas, lo que dejó a Mr. Blanky (Jingo), algo nervioso y bastante preocupado. Su buen desempeño sobre las pistas de sky, no obstante, acabó con aquellos nervios y temores.

En el viaje de vuelta, antes que Mr. Blanky cayera en el sueño inducido por el alcohol, Jaill y él hablaron de música.

-Purcell, Beethoven, Mozart, Schuman, Brahms y toda aquella pandilla, querido Jingo, están caducos, pasados de rosca, y lo mismo podemos decir de Debussy, Ravel, Falla y hasta de Eric Satie, Mussorgsky e inclusive de Gershwin e Irving Berlin. Hoy lo que se lleva, lo que tú llevarás, al menos, cuando alcances las alturas que te tengo proyectadas, es a DiLewitt, el compositor anglojudío, que es un verdadero esprit raté, como sin duda apreciarás con el tiempo, cuando estés en condiciones de hacerlo, Jingo. ¿Has escuchado alguna vez grabaciones de DiLewitt?

-Ni sabía que existiera, Jaill.

-Pero qué cosa, Jingo. Cuando estemos de regreso en nuestra patria haré que escuches su Mazurca Pavana en Si Bemol Menor para Un Solo Brazo, Ejecutada a Dúo por Lord Nelson y Lady Hamilton en 1797. Te gustará.

-No lo dudo –dijo Mr. Blanky con énfasis y entereza y a pesar de que estaba lleno de dudas.

Al poco rato ya se había dormido.

78) el trampolín ideal

-No llevar nunca a una partida de golf un reloj de muñeca, por ejemplo, sino un fino y delicado reloj de bolsillo –instruía Jaill a Jingo-. ¿Qué por qué? Porque un reloj de muñeca te confundiría o con los profesionales, con lo que acabarías haciendo el ridículo, o si no con la abundante y nunca demasiado elogiada clase media, de la que aún formas parte pero de la que te despegarás a una velocidad de vértigo cuando subas a más altas cotas en la Firma, y con la que tendrás que marcar claras distancias, al menos en lo externo. Afortunadamente eres viudo, o sea que no tienes una de esas horribles mujercitas pequeño burguesas a modo y manera de lastre. Por lo tanto, Jingo querido, cuando pases a ocupar esa gerencia de Murchison & Poor tendrás que escoger al menos a una amante de buena cuna y prosapia. O si no a una chirusita del arroyo.

“El de gerente es un cargo, pues, ¿lo ves?, muy exigente, pero es también el trampolín ideal para más vastos logros, Jingo. El trampolín ideal, te lo digo yo.

-¿En la piscina hay agua?

Mr. Blanky la señaló, a lo lejos. Desde donde estaban, en el club, no se veía la espejeante superficie del agua. Es claro que Mr. Blanky hablaba, específicamente, de otra muy diferente y metafórica piscina. Jaill sonrió; después, comedidamente, se rió.

-En la nuestra habrá champagne, Jingo –dijo-. Del mejor. Te lo garantizo yo.

79) el mundo por montera

A continuación, Jaill Housewater se puso más serio.

-Ay, Jingo –dijo-, si no tuvieras no diré defectos, porque no es eso, sino carencias. Porque son carencias, Jingo. Si no tuvieras esas pocas pero graves carencias y, lo que es peor, esas tus notorias, visibles e indisimulables falencias, nos poníamos el mundo por montera, queridísimo Jingo, tu y yo. El mundo por montera, como bien dicen los españoles. ¿Sabes tú lo que es una montera, Jingo?

Housewater ni esperaba las respuestas; había bebido bastante. Pensó que la cara tristonera y algo estúpida de Jingo le agradaba:

-La montera es ese extraño gorro transversal que llevan los toreros –explicó-. A mí, que he vivido lo mío, te diré, hablando de España, que lo mejor son las italianas teenagers, las francesas veinteañeras y las españolas treintañeras o inclusive cuarentonas. Todas, eso sí –subrayó Jaill Housewater-, bien tetudas y de culo grande y firme. ¿A ti no te parece? Se que hay quienes tienen preferencia, debilidad inclusive, supongo que su morbo-cillo también, por lo menos, por las chiquilinas escuálidas, puro hueso y pellejo.

Vació de un trago su vaso de Johnnie blue y le hizo señas al camarero.

-Acaba con eso, Jingo –dijo, señalando el vaso semilleno todavía de Mr. Blanky.

80) nenas flacuchas y escuchimizadas

Luego, Jaill Housewater volvió al asunto:

-Nenas flacuchas y escuchimizadas, en efecto, como las que le gustan al viejo Sir Arthur Honeycroft Rigz-Smidly, ya sabes, el Vice Segundo Presidente Honorario y de Postín de la Firma, que tiene siete secretarias todas intercambiables, flacas y planas, jovencitas. Siempre viaja una de ellas, si no un par, cuando al viejo le da por salir a mirar Londres, como dice, en su Mercedes blindado. Es entonces y sólo entonces cuando el viejo depravado folla, porque jamás lo haría paredes adentro de la Firma.

“En los asientos traseros del Mercedes, te diré, añadió acto seguido Jaill Housewater, se puede hacer una cama bien amplia, yo la he usado y sé lo que te digo. También tiene un barcito, con una neverita adosada en la que viajan, ya preparaditos, ya en sus vasitos de piececito redondito, seis de esos cocktailcitos que se bebe el viejo, ya tú sabes, ¿o no? Da igual. Son mezclas de grappa marca Torito, esto es argentina no italiana, con un chorrrecito de vermú, del español no del francés, y una cereza pinchada en un escarbadiantes de plata. Cerezas por supuesto libanesas, no japonesas ni menos senegalesas o nigerianas, para que se regodee la mocita de turno

-¿Para que se regodee con qué? –quiso saber Mr. Blanky, extrañado-. ¿Con la cereza?

-Puede ser también una uva pasa egipcia de Elefantina, no griega de Corinto, es claro.

-Es claro –se resignó Mr. Blanky.

Tras un suspiro Jaill dijo:

-Ah, y las moldavas. Las moldavas de todas las edades, inclusive cuarenta y cincuentonas, Jingo. Con cerezas, uvas pasas e incluso con aceitunas, portuguesas, claro está, no españolas.

81) Los dandies

-¿Sabes tú lo que es un dandy, Jingo?

-Eh, quizá. ¿Eres un dandy tú, Jaill?

-¿Sabes –Jaill pareció no oír a Mr. Blanky- quién era lord Brummel, Jingo?

-Sí, es claro.

-¿Quién?

—Pueees, un elegante, ¿no? Supongo que un dandy, de allá por el siglo XIX.

-De principios del siglo XIX –Jaill subrayó la expresión “principios”-, lo cual es muy sintomático y significativo. ¿Y sabes tú lo que decía aquel dandy a propósito de la elegancia, Jingo?

Aquella tarde el casi siempre suave, romo y amable Jaill Housewater parecía casi afilado y agresivo.

-¿Qué decía, Jaill?

-Decía que el summum de la elegancia, el epítome y clave de bóveda del dandismo, pues elegancia y dandismo, aunque no son lo mismo, se interpenetran y apoyan, óyeme bien, el summum y epítome de la elegancia, según Brummel, consistiría en pasearse a mediodía por Berkeley Square, desnudo, sin que nadie se apercibiera. Un auténtico elegante y un verdadero dandy, por lo tanto, debe pasar inadvertido, antes que ninguna otra co-

sa. Debe pues poseer una especie de cualidad inmanente cercana de la invisibilidad. ¿Sabes tú, pues, lo que es un dandy, Jingo?

-Pues no, me temo que no.

-Yo te lo diré

Estaban los dos curiosamente a solas, en el apartamento de Mr. Blanky. Jaill bebía un espejeante vaso rojizo de Château Lafitte vintage de 1967, y Mr. Blanky una gaseosa, porque sufría de resaca.

-Un escritor francés que se llamaba Malraux decía, y tenía razón, que un verdadero dandy sólo puede ser inglés, porque el alma del dandismo no es sólo un pleno desinterés por la vida, sino la anulación absoluta de eso que los franceses han bautizado como el élan vital. ¿Sabes lo que te digo, Jingo?

-Pues más o menos, Jaill.

-Ya entenderás, Jingo –dijo Jaill Housewater-. Según aquel tal Malraux, ese desapego total hacia la vida sólo puede darse entre razas insulares, y de las muchas razas insulares sólo hay tres que, por su situación geográfica brumosa y fría, pueden producir dandies. Son los islandeses, los irlandeses y los británicos, sean escoceses como galeses e ingleses. Malraux los resume a todos en ingleses y añade que los islandeses son excesivamente escasos y no cuentan y que a los irlandeses los han maleado los rigores estéticos y místicos del paparocesarismo, mientras que a los británicos, por el contrario, los ha alimentado su arrogancia, su vanidad y también, me temo, su estulticia. Por eso aquí florece el dandy. Porque el dandismo es enemigo del pensamiento del ser para sí, y aquí sólo existe el pensamiento del ser en sí, o sea no ya el egoísmo sino esa floración plus que parfait del egoísmo que se llama el solipsismo, Jingo.

“El dandismo, pues, es como una venenosa planta autóctona nuestra. Eso en cuanto a los ingleses y el dandismo, Jingo.

“Ahora, en tanto en cuanto al alma del dandy, nada mejor que remitirnos a otro escritor francés, porque los ingleses obramos y los franceses piensan, Jingo; es ésa una verdad como un pino, dicho sea. Este otro escritor francés, que se llamaba Villiers de l’Isle Adam, y que era una especie de aristócrata communard que floreció en la segunda mitad del siglo XIX, dejó escrito: ‘¿Para qué vivir? Ya lo hacen nuestros criados por nosotros’. ¿Qué te parece, Jingo? Aunque acaso no lo supiera, con esas frases el señor Adam le puso rúbrica al alma del dandy.

-Mira qué bien, Jaill.

Mr. Blanky apenas sabía qué decir, bajo la atenta y escrutadora mirada de Jaill Housewater.

-Volviendo a lord Brummel –agregó este último-, una anécdota te lo pintará de cuerpo entero, Jingo. Lord Brummel no era un gran viajero, ya que ningún dandy lo es, pero en ocasiones se desplazaba. Una vez viajó a Córcega con su amigo Mr. Wilson. A la vuelta, una impaciente marquesa lo invitó a su casa, y tras la cena, con los postres, quiso saber. Preguntó:

“¿Qué opina usted de Córcega, lord Brummel?”

‘Impasible, Brummel se volvió hacia Wilson, que también estaba presente en casa de la marquesa, y le preguntó a su vez:

“¿Qué opino yo de Córcega, Wilson? Díselo tú a la marquesa, por favor”.

‘¿Lo entiendes ahora, Jingo?’

Mr. Blanky no entendía nada, pero eso era lo de menos con Jaill Housewater y él lo sabía. Por eso contestó:

-Lo entiendo de maravilla, Jaill.

-Buena cosa, Jingo. No digo que se pueda hacer de ti un dandy, pero algo al menos hay que pulirte, ¿lo comprendes?

-De maravilla, Jaill.

-¿Me perdonas?

-De mil amores, Jaill. Por de contado

-Buen chico.

82) por irse de la lengua

Jaill Housewater hablaba, al parecer, por hablar, por el placer de escuchar su exquisita voz, su perfecta dicción oxoniense, sus retorcidas opiniones y moralejas, pero en realidad hablaba muy en serio, con su poder de observación concentrado al máximo de su alcance y de su penetración, lo que era mucho, en Jingo, en sus reacciones. Lo tenía que calzar en el puesto de gerente como fuera, ahora que ya en toda la City se comentaba que él, Jaill Housewater, lo apostaba todo por el oscuro, agradable y casi tenue Mr. Blanky en contra de su primo Donny Lloyd Elliott, un muchacho brillante, apuesto, llamativo y lleno de fe en sí mismo.

Donny (pensaba Jaill Housewater) era acaso un poco engreído, exceso que los años rozarían hasta gastarlo, pero sin duda era un muchacho con todos los atributos para ocupar un cada vez más elevado cargo dentro de la Firma. No obstante, y a pesar de todos sus evidentes méritos, quien mejor lo conocía (que no era otro que su cercano pariente Jaill Housewater, fino psicólogo), hasta cierto punto lo menospreciaba. Por otra parte (esto se pensaba cada vez entre más gente dentro de la Firma, como Jaill se había encargado de fomentar) algo tenía que tener ese tal Mr. Blanky —y si no lo tenía habría que inventárselo, se decía el CEO- para que el cargo de gerente, como quien dice, fuera ya suyo.

Porque nadie le discutía nada a Housewater en M.&P.: nadie le tosía, ni siquiera en una opción de la trascendencia de designar otro nuevo Gerente No Sustitutorio. Así pues, y Jaill era consciente de todo esto, los ojos de la City estaban fijos en Mr. Oliver Blanky --y todo por haberse ido él (Jaill) de la lengua con su sastre, bendita sea.

‘Hasta los tíos más despabilados, sagaces e inclusive infalibles como yo (pensaba Jaill), cometemos los más estúpidos errores’.

Jaill se maldijo, por ende, una y mil veces, por su desliz con su sastre, aunque en seguida se relajó. No todo, empero, estaba perdido; al contrario. Jingo Blanky tenía más cualidades para la gerencia de las que él o nadie hubiese imaginado. Jaill ignoraba, claro está, que Jingo vivía no en su apartamento de Regent’s St. sino en Vansittart Ave. con su mujer, su achacosa suegra, que entonces aún no la había diñado, y medio o un centenar entero y acaso sobrado de apestosos gatos. Creía, por el contrario, en efecto, que Mr Blanky residía en aquel lujoso apartamento de soltero de Regent’s Street, que Jaill bien conocía, por haber llevado allí a incontables moldavas e inclusive a unas pocas no-moldavas.

83) las más diversas marcas de aguas de colonia

Érase aquél un apartamento que Mr. Blanky había alquilado, al precio desorbitado de 1399 libras por semana, para poder allí ducharse y cambiarse con ropa limpia camino del trabajo, de modo que ya nadie más, nunca más, le diría ni insinuaría que olía a gatos. Más aún, Mr. Blanky se había comprado frascos y más frascos de las más diversas marcas de aguas

de colonia caras, que se ponía un día sí y otro otrosí, un día la una y al siguiente la otra y así sucesivamente día tras día.

Mr. Blanky tenía la vaga teoría de que cada piel humana respondía a un tipo concreto de colonia, porque Levy Franklin Burke, por ejemplo, que era otro de los subgerentes terceros sustitutorios (el cargo que Mr. Blanky ocupaba entonces), usaba sobre sí la colonia Forever, de Benjamin Marks and Gallup Corp., y ni se le notaba el delicado olor, o si se le notaba no importaba, sin duda porque no iba con su piel. Y eso que L. Burke era un tipo alto, fuerte, guapo, con esa guapez un poco cavernícola de huesos grandes y piel velluda, mandíbula excesiva y frente retrógrada que tanto gusta a ciertas mujeres, o muy jovencitas o ya muy curtidas, mientras que Jerry Thompson, un simple subcontable cuarto y un elemento adocenado y vulgar como el propio Mr. Blanky (que jamás se había hecho ilusiones en tanto en cuanto a su prestancia física), usaba la misma colonia Forever y no sólo se le olía, sino que las pibas de la Firma (secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas) lo seguían (a Jerry Thompson) como gatitas en celo.

Una tarde, Mr. Blanky, por un mero exceso perdonable de curiosidad, le preguntó, así como al pasar, a Stelle Bransom, una taquimeca bonita, aunque lo bastante insulsa como para no correr el riesgo de caer él como un pánfilo en el amor o en excesos de corte parecido, como la lujuria y el desenfreno (ya que Mr. Blanky estaba muy al tanto de los graves riesgos que se corrían si se le hablaba a una mujer de amor o de sexo o materias afines dentro de la Firma), a qué se debía que todas persiguieran a Jerry Thompson tal como lo hacían.

-Es claro que tú no haces lo que las otras –aclaró Mr. Blanky, mintiendo a sabiendas pero por si las moscas.

84) perfúmenes y pie- les

-Yo también lo hago. Por supuesto que lo hago –le contestó Stelle Bransom, con un tonito juguetón y cantarín que afectaba el modo de hablar de Susie Campion, esto es de Susie Lloyd Campion

El Lloyd interpuesto de Susie era otro de aquellos centenarios apellidos conectados íntimamente a Murchison & Poor, fuese a Éstos (These), fuese a los Otros (Those), fuese a los Tales (Which) o Cuáles (Whose). Susie, por lo tanto, era una de las tantísimas secretarías sobrina que tenía el Honorable Presidente, sir Arthur Donovan Poor Gaveston. De modo que Mr. Blanky no se dirigió a ella, sino a la mucho menos competitiva Stelle Bransom, y le preguntó:

-¿Por qué tú también lo persigues?

-¿A Jerry dices?

-A Jerry. Es un tipo del montón, como yo mismo. Por eso te pregunto, Stelle: ¿por qué?

-Porque sí –dijo Stelle y añadió, a sucesivas preguntas de Mr. Blanky-: Porque lo encuentro atractivo, aunque no se puede decir que sea guapo. Porque me gusta, a pesar muy bien de que no es guapo. Porque huele a sol y a mar, aunque no sea guapo.

-¿A sol y a mar?

-Y a hamacas paraguayas colgadas de palmeras en una de los atolones de las islas Granadinas. Por eso.

Y añadió:

-Si quieres que te sea franca, pero franca franca, Jingo, he notado que estás muy curioso hoy en día. ¿Se puede saber por qué?

-Es que yo también quiero oler como Jerry.

-¿Tú? Bueno, hazme el favor. Ya no hueles a gato como antes, es verdad, pero tú, vamos –Stelle al final dijo, repitió-. Hazme el favor, Jingo, por favor.

85) hormonalmente fiel

Jingo ya tenía borrosa su teoría respecto de los aromas, una teoría que aquel minúsculo incidente con Stelle Bransom no hizo otra cosa sino corroborar. Jingo, pues, o Mr. Blanky (como todavía prefería que lo llamaran las secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas, para no crearse problemas dentro de la Firma), siguió probando colonias caras. Probaba mezclas de su piel y diferentes colonias, a saber: Just For Seamen; J.D.; LH Riff; Siwardee; P.,M. y KKB.; The Postman Always Rings Twice; Toledo; Toujours Paris y La Nuit, entre muchísimas otras que sería absurdo y largo enumerar.

Las probó todas ellas y muchas más que no mencionaremos hasta que un día en que llevaba Gavarny Sello de Oro (patrocinada de consuno por Christian Dior y el pintor catalán Tàpies), una de las secretarias de Gerencia, Rosie Bretagne, le dijo:

-¡Qué bien hueles hoy, Jingo! Con ese perfume y con tu sonrisa hoy hasta me apena haberme casado el trimestre pasado y mantenerme hormonalmente fiel a mi marido, todavía. Eso de las hormonas es una pejiquera que ni te cuento.

-Dímelo a mí –contestó Mr. Blanky, que ni sabía de qué hablaba la tía.

86) las ciudades de la llanura

Una tarde, pocos días después de haber sido confirmado como Gerente General Full-Degree, no ya Sustitutorio, Subsidiario, Subrogado ni Reemplazable, Mr. Blanky se encaminaba a paso vivo al club Dayrlimple. Llevaba en una mano (enguantaba con una fina piel de potrillo nonato) un bastón de mango de plata que se había comprado para enfatizar su reciente condición. Con andar enérgico, Mr. Blanky subió los airosos escalones de entrada del club y, una vez bajo los altos techos recamados, se encaminó por las mullidas alfombras a la Sala Restringida Coelestis Mechanicae (de uso exclusivo para descendientes de Sir Isaac Newton y Elevados Rangos de la Firma).

Era la primera vez que Mr. Blanky acudía a dicha sala, para tan pocos. Hasta entonces, en su mera condición de subgerente, y a pesar de los esfuerzos en su beneficio de Jaill Housewater (que no habían conducido a nada por la cerrada oposición de varios miembros adultos, por no tacharlos de viejos y aun de vetustos, del citado club), Mr. Blanky nunca había pasado de las llamadas Salas Generales, con sus incomodísimos sillones. Hoy ya era diferente, hoy ya Mr. Blanky accedería a las alturas.

Cuando se hallaba ya a pocos pasos de las pesadas cortinas carmesí que guardaban el acceso a la Sala Restringida, Mr. Blanky oyó la clara voz de Jaill Housewater que decía:

-Wilde les dijo entonces a sus amigos: 'Hoy he tenido un día de trabajo agotador. Se me ha ido la mañana entera en poner una coma y la tarde entera en quitarla'. Eso y no otra cosa es el arte, mis queridos amigos: la precisión.

-Como la de los relojes suizos –dijo Freddie Mushgrave III.

Mr. Blanky ya había entrado en la sala. Se acercó a Jaill Housewater y su cohorte de amigos y espectadores.

-Eso no lo dijo Wilde –dijo Roman Nest-. Lo dijo James Joyce.

-Error –dijo Jaill-. Lo dijo Wilde. Y no importa que fuera cierto lo que dijo o no lo fuera. Si lo hubiera dicho Joyce, que era un maníaco de la escuela flaubertiana del mot juste, de nada hubiera valido. Lo que hace valiosa esa declaración es que la haya dicho Oscar Wilde. ¿Por qué? Pues porque es bien factible y hasta fácil de suponer que el viejo Oscar no gastara un día entero de su preciosa vida en poner y sacar una coma. Mejor así. Lo que importa, entendámonos, es lo que Wilde enunció.

-Wilde era un habitante de las Ciudades de la Llanura –dijo con cierta solemnidad condenatoria y espesa un sujeto bajito y periforme al que Mr. Blanky jamás había visto.

-Las Ciudades de la Llanura –dijo Jaill- no sólo las habitaban los sodomitas. También vivían en ellas los gomorritas. ¿Quién se acuerda hoy día de los gomorritas? En Sodoma, como es bien sabido, se practicaba con profusión el llamado pecado o vicio nefando. ¿También se lo practicaba en Gomorra? ¿Eran los gomorritas no otra cosa que sodomitas o imitadores de estos? Lo dudo, porque si lo fueran, ¿a qué diferenciarlos y hacerlos morar en dos distintas ciudades? La Biblia es un compendio de símbolos, queridos amigos, y el Yahvé de la Biblia no cometía errores, o sea que si colocó en la Llanura a dos ciudades distintas es porque en ellas se practi-

caban dos pecados distintos. Ahora bien, ¿cuál fue el pecado contra natura que condenó a Gomorra? ¿Quién lo sabe?

-¿Cuál crees tú? –preguntó Mushgrave III

-Pudo haber sido la zoofilia o bestialismo –dijo el señor piriforme.

-Pudo haber sido el simple onanismo –dijo Nest.

Jaill los miraba con expresión de superioridad y ligero desdén. Asgó a Mr. Blanky de un codo.

87) la manzana del inglés

-Dejemos ahora mismo a estos gznápiros aquí, Jingo –le dijo-. Tenemos cosas mucho más importantes de qué hablar que del sexo de los ángeles o del vicio predilecto de los antiguos. ¿Tú conoces esos versitos que dicen:

*“En tiempo ‘e los apostóles
Los hombres eran barbáros
Que se comían los pajáros
Arriba de los árboles”,*

Jingo querido?

-Pues no.

Con sendas copas de aquel anticuado licor de whisky de nombre Drambuie, se fueron los dos (Jingo & Jaill) a sentarse a una alejada mesa ilustrada con un velador rosado. Los sillones, ni falta haría decirlo, eran tan cómodos como incómodos lo eran en los salones generales. Eran tan cómodos aquí, en efecto, en esta sala restringida, que uno tenía que hacer

supinos esfuerzos para no entredormirse a las primeras de cambios y de sólo posar en ellos las asentaderas (a no ser que uno fuera un acostumbrado aristócrata rico de la talla de Jaill).

-¿Quién es el gordito, Jaill?

-¿Cuál?

-Ese gordito de allí.

-¿Cuál? ¿Gus o Bob?

-El de más allá.

-¿El del bigotito?

-No, el otro.

-Son Gus y Bob. Lo mismo da uno que otro. Los dos son dos anodinos descendientes del tipo aquel de la manzana.

-¿De qué manzana?

88) un fanático de miras estrechas

-Da igual, Jingo –aseveró Jaill-. Tienes importantes decisiones que tomar o dejar de hacerlo, Jingo, en fechas futuras no lejanas. Tú te preocupas por Gran Bretaña, Francia, España, Alemania, Italia y demás países grandes o pequeños de la Unión Europea. Cometes un grave error. ¿A quién le importan países con sólo cuarenta, cincuenta o sesenta millones de habitantes? No sería propio de mí si no te lo dijera, de modo que te lo diré, y seré brutal y franco: no le importan a nadie, Jingo. A nadie

“Hay que pensar a lo grande, Jingo. Y para pensar a lo grande hay que poner los ojos en la desmesurada China posterior a Mao Tse Tung, o

Zedong, como se le llama ahora, y en India, en Pakistán, en Indonesia, en Nigeria, por supuesto en Estados Unidos e inclusive en México, que ronda los cien millones. A las nuevas Alemanias Reunidas cabe que se las pueda tener en consideración, pero no al mismo alto nivel que, por ejemplo, el Brasil, o Rusia o por supuesto Sudáfrica.

-No creo que Sudáfrica tenga cien millones.

-El de Sudáfrica, Jingo querido, es un caso especial. Los sudafricanos de raza negra hace muy poco que son libres, y los ha conducido a la libertad un hombre como Nelson Mandela. Mandela, querido Jingo, a pesar de sus veleidades bolcheviques de la enrejada juventud, ha fomentado en Sudáfrica la industrialización a mansalva y el consumismo más casposo, rancio, espeso y por supuesto redituable, en concreto para la Firma.

“Mandela, sin que quepa lugar a la menor duda, querido Jingo, es uno de los dos hombres más grandes que ha producido aquel pestífero y esclerosado siglo XX, de ya infausta memoria.

-Uno de los dos -repitió Jingo-. ¿Cuál es el otro?

-¿Cuál va a ser, Jingo querido, sino el gran Jawaharlal Nehru, el conductor de la India?

-¿Y Ghandi?

-¿Gandhi? –Jaill enarcó una ceja-. Permíteme informarte de que Gandhi no era sino un fanático de miras estrechas. ¿Sabes que Gandhi se oponía, de la forma más tajante y cejijunta, a que se construyeran hospitales, leprosarios y nurserías en la India? ¿Y sabes por qué? Porque decía que con los modernos tratamientos médicos occidentales, los hospitales, nurserías y leprosarios no hacían sino alargar la vida de los pacientes, lo cual interfería de modo inexcusable en los destinos o desatinos de la Rueda de la Vida de la religión brahmánica. Los seres humanos tenían que morir a su hora, para poder saltar de cuerpo en cuerpo, y no cuando se les antoja-

ra a los médicos europeos y americanos, Jingo. Eso no podía ser; afirmaba Gandhi, de modo que los hospitales, leprosarios y nurserías había que prohibirlos, en la milenaria India al menos. Así que ya ves tú, Jingo, nada de hospitales ni leprosarios en la India, para Gandhi. Y es que Gandhi, queridísimo Jingo, con esas retrógradas ideas que tenía, afectó severamente, te diré, los amplios y filantrópicos planes de la Firma en cuanto a la construcción de hospitales, leprosarios, nurserías, cottolengos, casas de salud y siderurgias, plantas textiles, plantas de bótox, bótul y otros diversos venenos así como de las más diversas fábricas contaminantes ya planeadas, tanto en Bombay como en Madrás, Bangalore, Delhi y varias otras ciudades hindúes. Un desastre. Ni siquiera el propio Nehru lo pudo remediar del todo.

-No lo sabía, Jaill.

-Pues ahora lo sabes, Jingo, córcholis Gandhi era un retrógrado y un reaccionario de aúpa, no otra cosa. Guay de mentar siquiera su nombre delante del viejo Gaveston o de Cyril Plomb, querido Jingo. Les da el ataque. Lo odian, ¿entiendes? Son miles de millones de libras esterlinas de las de antes de pérdidas.

-No haré tal cosa, Jaill, descuida. Jamás lo mencionaré.

-Buen muchacho.

89) un héroe de la fidelidad conyugal

-¿Nunca te has tirado a una moldava, Jingo?

Se lo preguntó una tarde a Mr Blanky Jaill, como Mr. Housewater, de un tiempo a esta parte, insistía en ser llamado por Mr Blanky alias Jingo. Por cierto que Jaill se había pasado la noche en el bulín de Jingo Blanky, en Regent's Street, con dos turistas americanas en busca de aventuras, y por dicha razón se sentía magnánimo y hasta desprendido

-No sabes la experiencia que aún no has tenido, Jingo. Las moldavas son cosa fina, tela marinera, gente con sangre joven y llena de energía. ¿Quieres tirarte a una moldava hoy? ¿Hoy mismo? Dime que sí o que no. No me vengas con subterfugios y evasivas. Si me vas a decir "no", dímelo y listo, lisa y llanamente, sin excusas ni explicaciones, que yo nunca le creo a nadie, por lo demás. De modo que, Jingo, ¿qué más da?

¿Qué otro remedio le quedaba a Mr. Blanky, visto el percal, que decir que sí?

Un tipo como él, esto es un viudo (falsamente viudo, de momento al menos), con un apartamento de lujo en Regent's Street, tras veinte años de casado con una mujer a la que había tolerado la simultánea posesión de más de cincuenta gatos, ¿sólo había cometido en todo ese largo tiempo dos deslices, como los llamaba él en su exclusiva intimidad? De saberse aquella exigua cifra, Mr Blanky sería la burla no sólo de la Firma, sino de la City entera. Cabía, claro está, que el Alcalde Mayor de la City, el anciano y prevaricador lord Chelmsford, lo condecorara como a un héroe de la fidelidad conyugal, tal y como se venía condecorando a dichos anónimos héroes desde 1759, pero por dentro el Alcalde Mayor se estaría carcajeando, al igual que todos los que brindarían por él (por Mr. Blanky) y lo aplaudirían.

La pesadilla, sin embargo, se desvaneció, por fortuna, para Mr. Blanky, con sólo mover él un poco la cabeza. Nadie lo sabría jamás, sus únicos dos deslices, ni Jaill en persona ni nadie. 'Jaill en persona, pensándolo mejor', se dijo Mr. Blanky, 'menos que nadie'.

90) en Regent's st.

Aquel atildado, peripuesto y gazmoño jovenzuelo de la agencia inmobiliaria miraba a Mr. Blanky como desde muy arriba hacia muy abajo, como si tuviera (el vil empleaducho), en vez de ojos normales unos catalejos invertidos. Parados los dos en lo alto de la alfombrada escalera de acceso al número 119 de Regent's Street, el vil empleaducho inquirió:

-¿Qué ehm (bostezo) garantías me ha dicho el ehm ejehm señor?

Mr. Blanky aún no le había dicho garantía ninguna.

-Soy subgerente de Murchison & Poor –dijo-. ¿Son necesarias más garantías?

-Viste usted, ehem... -atinó a decir el jovenzuelo-. Y huele usted ehm... a esto... ehm ehm...

-Visto como me sale de los güevos –dijo furioso Mr. Blanky-. Y a lo que huelo es cosa mía.

Por una vez en su vida Mr. Blanky se sentía verdadera y profundamente airado. Vio que el mozalbete tragaba saliva. Murchison & Poor era demasiado para casi cualquiera.

-Subamos –ordenó entonces Mr. Blanky, ya más que hartos seguro de sí mismo, por mucho que maloliera y malvistiera-. Déme esas llaves.

El jovenzuelo obedeció en el acto, sin vacilar; parpadeaba muchísimo y seguramente pensaba: 'Tierra, trágame'. Mr. Blanky se dirigió a los ascensores, que estaban al fondo, detrás del lujoso tramo de arranque de la escalera. Una vez en el ascensor, preguntó:

-¿En qué planta es?

-En l en lad en la lado la d la dddo la doce. La planta número doce, señor –después de tanto tartamudear y recuperada su voz el jovenzuelo hablaba con acento atiplado y sumiso.

El estudio le pareció muy bien a Mr. Blanky. Costaba mil trescientas noventa y nueve libras a la semana (1399 lbs. per week), y se exigían seis semanas de depósito inicial para cubrir fugas y otros subterfugios habituales de los habitantes de la gran metrópolis. Era muchísimo dinero a aquellas alturas para Mr. Blanky, pero lo mismo daba; los pagaría gustoso. Como garantía suplementaria bastaría, sin duda, con el contrato con Murchison & Poor, aunque de todos modos habría que ir por las oficinas de la agencia inmobiliaria para formalizarlo todo.

-Iré a su agencia no bien tenga tiempo libre –dijo Mr. Blanky, al tiempo que extraía su billetera del bolsillo y de ella 500 libras en billetes nuevos y correlativos de 50 y 10.

-No es precis...

Mr. Blanky cortó en seco al empleaducho.

-Usted me firma un recibo por la cantidad que le he dado y se da por hecho que el piso es mío desde este mismo momento –dejó en claro Mr. Blanky cuando los billetes, doblados al bies, ya habían pasado de una mano a la otra.

-Po por sup... Por supuesto, señor.

Mr. Blanky estrenaba el estudio unos cuantos días después. Lo había alquilado como fruto de un impulso repentino, pero de hecho llevaba meses rumiando una jugada por aquel estilo: conseguir un guardarropía donde proveerse, a corto y medio plazo, de ropas que no olieran a gato ni a su orina, ni estuvieran maculadas por pelos de gato. Llevó a que viera el estudio a Mr. Albatross Victorio Ellison, apodado Vic, que era uno de los poquísi-

mos amigos, aunque distaran de ser íntimos, que Mr. Blanky tenía en la Firma. Se llamaban mutuamente Vic y Jingo.

91) el oblast de moscú

El estudio era realmente formidable, valía hasta el último penique de las 1399 libras semanales que costaba el alquiler. La agencia se lo había dejado impecable a Mr. Blanky, con las paredes empapeladas en gris con minúsculas manchitas rojas, como si hubieran arrojado dedales de pintura roja al buen tuntún contra el empapelado gris (made in Hong Kong), y que además tenía (el empapelado) unas finas rayitas diagonales amarillas, blancas y azules que apenas si se veían a dos pies (62 cms.) contra el fondo perlino (haciendo verdad lo que Jaill decía: ‘La verdadera elegancia es tan tenue que para la mayoría de las personas resulta casi invisible’).

-Joder, Jingo, esto es la monda. Menudo bulín el que te has agenciado –exclamaba Vic, al tiempo que se desplazaba a grandes pasos.

Una moqueta azul cubría el suelo de la única, amplísima habitación, que era a la vez salón, salón-comedor, living room y dormitorio. El cuarto de baño era un auténtico dispendio de cromados, con azulejos pintados a mano que representaban ramas de árbol desnudas y pájaros verticales, más baldosines hexagonales, hilera blanca hilera verde musgo, y amplios espejos ambarinos. El baño tenía, por supuesto, una bañera completa, y además una pila para hacer jacuzzi, que a Mr. Blanky le imponía un respeto parecido al pavor y que tardó dos meses en usar, medrosamente. Nunca se acostumbraría a aquel lujo, y cuando le dijeron que se trataba de un invento japonés lo dejó de usar de inmediato, con alivio.

‘Es una cosa de amarillos’, se diría Mr Blanky, con ese chauvinismo tan inglés que los ingleses achacan a Francia y que califican de mal francés, como si fuera otra sífilis.

‘Es algo demasiado exótico para mí’, se diría Mr. Blanky, y añadiría para sí:

‘Es como comer pescado crudo, cultivar árboles enanos o hacerse el harakiri. Nada que ver con la sana mentalidad occidental’.

Lo diría, todo lo antecitado, para disfrazar su desagrado, tan parecido al miedo.

-Este bulín es cojonudo, Jingo, el non plus ultra –exclamaba Vic, más y más entusiasmado por momentos.

El inodoro, con su pila color carne y sus demás accesorios, incluyendo un bidet francés con un maravilloso chorrito vertical regulable a voluntad, estaba escondido detrás de una mampara de cristal granulado, a un lado de la cual había un juego de botones de distintos colores, que al apretarlos esparcían los aromas más diversos que uno pudiera seleccionar.

-Un bulín que ni de ensueño, Jingo –decía Vic, pasmado, a la media hora de pasear con Mr. Blanky por el apartamento.

En cuanto a la cocina, que Mr. Blanky ni siquiera usaría, tenía todos los accesorios concebibles y media docena más, incluyendo un aparato para picar trufas y otro para cocerlas enteras.

-Es el bulín que hubiera alquilado Dios, caso de ser rico –susurró Vic, cabe que envidioso-. Esto se usa para picar trufas, y esto otro para cocerlas al vapor.

Mr Blanky no recordaba haber comido trufas en su vida. Ni siquiera sabía muy bien, hasta hacía muy poco, lo que eran las trufas, si una fruta, un postre, unos bombones, una verdura, una liebre, cereales o qué. Se había enterado que eran un hongo, unas setas, en una conversación casual

que había tenido con Jaill Housewater, cuando ya era un subgerente. Con el tiempo inclusive se aficionaría a aquellos exóticos manjares. Preferiría, entre todas y sobre todas las demás variedades, las trufas amarronadas, arrugadas y más bien pequeñas del oblast de Moscú.

92) un sombrero tirolés

Para pagar todos los gastos que le insumía su flamante apeadero, Mr. Blanky había solicitado un crédito a sola firma en uno de los muchos bancos de la Firma, al que Jaill Housewater lo había llevado. Los intereses sumaban algo más de 140 libras lineales semanales, cifra que a Mr. Blanky le resultaba fácil escamotear al escrutinio de Mrs Blanky.

Una vez (Mr. Blanky lo recordaba con estremecimientos), en los inicios de la coyunda matrimonial, Mr. Blanky había gastado noventa libras sin consultar con su señora esposa, para comprarse un sombrero tirolés que le había parecido de lo más adecuado, visto el caso de que se irían muy pronto (Mrs. Blanky y él los dos a solas, sin la compañía de la agotadora suegra) a pasar dos semanas en el Tirol, y con el que entró muy ufano, por lo tanto, en su casa. Mrs. Blanky, sin vacilar ni un instante, sometió a Mr. Blanky a la humillación de ir y devolver el sombrero, y de regresar con las noventa libras íntegras.

-Porque en esta casa tú ganas el dinero y yo lo gasto, ¿entiendes, Ollie? –entonces Mr. Blanky aún trataba a su marido con cierto condescendiente cariño-. Lo gasto de forma sensata, como se debe y en lo que se debe.

-¿En tus gatos?

-¿Qué has dicho?

Mrs. Blanky pareció de repente encrespada, ya entonces, como la feroz lince hembra, aunque aún delgada y un sí es no es bonita, de Colmillo Blanco, uno de los escasos libros no de contabilidad ni de administración de empresas que Mr. Blanky había leído (repitámoslo) en su remota adolescencia.

-Dime qué has dicho.

-Que nada, que me parece muy bien que devolvieras el sombrero.

93) un aumento lineal

Cuando se subieron los sueldos, global y linealmente, antes de llegar él a gerente, Mr. Blanky se hizo acreedor a un aumento de 480 libras lineales por semana, cantidad nada desdeñable y de la que él nada dijo a su cónyuge. De esta forma Mr. Blanky tenía resuelto el problema, cada vez más espinoso, del apartamento de Regent's Street y la ropa de Bond Street y Saville Row y el calzado de Carnaby Street, amén de los sombreros de Popperand & Martindale and Sons and Grandsons de Threadneedle Street, a dos travesías (lineales) del Bank of England. P.&M. y Sons etc, era, se decía Mr. Blanky, bastante ufano, la mejor sombrerería de Londres, id est del mundo, y la que proveía de sus necesidades encefálicas a los guardarropías de todos los ejecutivos de Murchison & Poor.

94) vic

En el estudio, a dos pasos adentro del mismo tan sólo, Vic ya lo había tomado por lo que aún no era, es decir por apeadero, por bulín, por leonera, por pisito de soltero y matadero de moldavas(todo de lujo). Después de soltar infinidad de sandeces, Vic dijo:

-Supongo que me lo cederás, Jingo, si alguna vez preciso darme dique con alguna.

-¿Darte dique con quién?

-¿Con quién va a ser? Con la piba de turno. Con Jennifer Brandison-Clerk, hoy por hoy. Hasta la propia Jennifer Brandison-Clerk, que ha tenido mil amantes millonarios, seguro que se corre de sólo ver este bulín.

Mr. Blanky, que estuvo a punto de desmentir a su amigo con respecto al uso y usufructo del apartamento, se calló a tiempo.

-Con esa cara de pazguato que tienes –dijo Vic- ¿Quién lo diría? Te las follarás a todas, con semejante leonera.

95) jennifer brandison-clerk

Mr. Blanky no se hubiera atrevido a invitar a Jennifer Brandison-Clerk al estudio ni aunque le pusieran una pistola en la espalda, pero tanto habló del sitio Vic Ellison en la Firma que Jennifer se invitó ella sola.

Jennifer Brandison-Clerk, por cierto, estaba prohibida, como todas las secretarias y taquimecas de M.&P., lo que no era óbice (al contrario, era aliciente) para que todos trataran de ligársela, al igual que a todas las demás secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas de la Firma.

Sólo que Jennifer Brandison-Clerk era especial; era la más linda y la más fácil de todas.

-¿Me llevarás a ver tu leonera, Jingo?

Hasta aquel día, aparte del saludo, Jennifer Brandison-Clerk y Mr. Blanky sólo habían hablado de trabajo, lo indispensable. Ella era secretaria del viejo Daltrie; era la secretaria privada. Había, además, otras tres secretarias, ninguna de ellas privada, pero que eran las que hacían el trabajo, mientras que Jennifer Brandison-Clerk lucía sus encantos y se campañeaba entre contables y subgerentes.

El nombre completo de la bella Jennifer Brandison-Clerk era Jennifer Gómez-Taboada y Papadopoulos-Venizelos Grandison-Clerk, ya que Jenny (como le decía el viejo Gaveston) era hija de Philip Brandison-Clerk, un jerarca ya difunto de la Firma (sobrino carnal, por cierto, de agotador viejo Gaveston), y de la hispano chipriota Estelita Artemisa Gómez Papadopoulos, famosa beldad del último cuarto incipiente del siglo XX, de grandes ojos negros como su hija, bella, espigada y pendular como su hija, fácil y costosa como su repetida (única) hija.

Jennifer, pues, Brandison-Clerk, quedó encantada con el estudio de Mr. Blanky, como de otra forma no hubiera podido ser. Eso sí: Jennifer bebió y bebió en grandes cantidades, tanto Johnnie blue como Château Petrus bleu et rouge et jaune, mis-en-bouteille au château. Bebió tanto que se mamó, como se dice en el cockney de los baix-fonds londinenses.

En cuanto a Mr. Blanky, con quien Jennifer Brandison-Clerk compartiría, llegado el momento, la espléndida cama Luis XV con dosel y rosetones en el cabezal de fresno, lo cierto es que, para cuando llegó el mencionado momento, Jennifer ya estaba rematadamente borracha perdida, de modo que, a los 8 infructíferos minutos de yacer en mutua compañía, ella se había quedado dormida.

Mr. Blanky pues, sin haberse echado ni el menor polvo aquella noche, igual tuvo que llamar a su casa y urdir una mentira. Sabía, por lo demás, que no corría riesgo ninguno, ya que a Mrs. Blanky poco le importaría lo que él hiciera o dónde estuviera, porque Mrs. Blanky lo escucharía tan sólo con la mitad de una oreja, ya que la otra oreja y media las tendría sobre sus gatos.

96) alpha centauri b

El diálogo, pues, fue más o menos de este tenor:

-Querida, he tenido un percance.

-Vaya, qué bien... Oye, Trumbull, baja de allí

-Es que he tenido que venir a la factoría de Seven Oaks, tú ya sabes, en la carretera 101 a Bury St. Edmonds.

-Claro, es claro. Me alegro por ti. ¿Nickie? ¡Nickie! –un chillido, seguido de un agudo silbido, hizo que Mr. Blanky, en el otro extremo de la línea, apartara por acto reflejo el auricular de su cara-. Deja al pequeño Lonnie en paz, Queenie.

-En suma –dijo Mr Blanky-, que tendré que pasar la noche aquí.

-Entiendo...Que te diviertas. Y tú no vuelvas a hacer diabluras, Nickie, ¿me has oído? Y tú, Freud, ven aquí. Se estaba comiendo una cucaracha muerta, el pobrecito. Bájate de ese armario ropero, Eustace the Third. Y tú, Clarabella, acércate aquí.

Mr. Blanky, en aquel momento, se sentía tan lejos de su oronda y redonda media naranja como si estuviera en Alpha Centauri B.

97) dimes y diretes

Jennifer Brandison-Clerk no volvió por el estudio, pero no cesó de cantarle loas al mismo. A sus dos o tres más íntimas amigas, dentro de la Firma, les dijo, no obstante, que Jingo olía a vieja.

-Ese olor, ya sabéis –dijo-. Ese olor a pis, a pis de vieja y de gato, a gata enferma, que tienen los hombres pequeños, alopécicos y tímidos como Jingo.

-Pero si Jingo aún conserva el pelo –dijo una taquimeca A, cuyo nombre omitimos para no cansar.

-Y se pone brillantina –dijo una taquimeca B.

-Sólo conserva avaros y aislados mechones, si os fijáis bien –dijo Jennifer Brandison-Clerk-, y mucho me temo que en la cama en fin...

-¿En la cama en fin qué? –dijo la citada taquimeca B.

-Que se tira pedos.

Jennifer Brandison-Clerk dijo que por eso (lo cual era totalmente falso), entre muchas otras razones, se había tenido que emborrachar antes de meterse con Jingo en el profuso y adoselado lecho, que describió con detalle. Alguna taquimeca más antigua que Jennifer en la casa –la taquimeca C-, recordó que muchas de las secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas de la Firma (por no decir todas ellas), años antes se apartaban como de la peste de Jingo cuando era contable, porque olía a pis de gato.

-A pis de gato sucio y enfermo y viejo –afirmó.

-Y eso que mira que los mininos, pobrecitos –dijo la taquimeca D-, bien que se prodigan con la higiene. Sucios son los perros, si sabré, que si una no los lava ellos como si tal, por más que apesten.

-¿Tienes perros? -preguntó la taquimeca A.

-Sólo dos –contestó la taquimeca D-, y los tienen mis padres; bueno, mi madre. Siempre ha tenido por los menos un asqueroso chucho enredado en sus faldas desde que la recuerdo. Y ahora que está vieja tiene dos, y los tengo que lavar yo. Un gato no se dejaría lavar con esa pachorra indigna. Los gatos tienen dignidad, y si el dueño es limpio jamás huelen. Patty Hubert tiene una pareja de gatos persas que se dejan bañar con agua de rosas; ¿que se dejan dije? Que de hecho lo exigen.

-Yo a Jingo, a decir verdad, nunca le he sentido olor a gato-, dijo una taquimeca E.

-Tú porque eres muy joven y llevas muy poco en la Casa –dijo la avezada taquimeca C.

-¿Tú a Jingo lo has besado? –se encrespó Jennifer Brandison-Clerk-. A Jingo hasta la picha le huele a gato.

-Entonces será alguna enfermedad –dijo la taquimeca C, más veterana, como se ha dicho, y experimentada que las otras-. Vete con ojo, Jenny. No sea cosa que te contagien con esas nuevas porquerías que los médicos descubren todos los días.

-¿Descubren? Qué cándida eres –dijo la taquimeca F-. Se las inventan, hijita, se las inventan.

En diálogos de esta catadura y en dimes y diretes gastaban sus jornadas pagadas las taquimecas (y secretarias, mecanógrafas y taquígrafas) de la Firma.

Mr. Blanky, por supuesto, nunca se enteraría de la transcripta conversación concreta, pero el lujo sobrenatural que los empleados (y empleadas) de la Firma le adjudicaban a su estudio fue, de hecho, decisivo para que lo eligieran gerente.

Ocurrió así.

98) el dayrlimple

Un día, Mr. Housewater invitó a Mr. Blanky a tomar una copa en su club, no el Boswell, con su delicioso jardín, que era un club cualquiera con más de 300 socios, sino el célebre, a la par que casi secreto, por lo inaccesible, Dayrlimple Backgammon, Chess and Sleeping Club, en la bajada de Abbot Street esquina Harquard.

En el interior ya del legendario club, una estrecha puerta de madera llevaba a un pequeño vestíbulo en semipenumbra, con un retrato al óleo al fondo, aburrido pero importante, como diría Chesterton. El retrato estaba cubierto por una distinguida pátina de siglos de polvo, de sueño y de coronales amarillos y gotosos.

La escalera era estrecha e incómoda, y los sillones del salón principal eran viejos y tenían los muelles salidos, de modo que formaban bultos y puntas entre los que era un arte acomodarse cómodo. Un arte que Mr. Housewater conocía, pero Mr. Blanky no.

De modo que todo el tiempo Mr. Blanky se movía y contorsionaba en busca de un acomodo imposible y para poder paladear el Johnnie Walker blue (no blue tie ni mucho menos blue label o blue ribbon, que son expresiones que empleaban los demás, esto es el vasto mundo, sino sencillamente Johnnie blue, o en su caso Johnnie green), un whisky de 24 años de solera que Mr. Housewater había pedido.

No; en realidad Mr. Housewater no lo había pedido.

El camarero, peinado a la gomina y con un negro traje ya lustroso en las solapas y en los codos, se acercó sin hacer el menor ruido, tosió discreta y deliberadamente y dijo, no preguntó:

-Lo de siempre, sir.

-Ahem –Mr Housewater asintió, distraído.

Mr. Housewater miraba unos cuadritos alineados en la pared. Eran dibujos.

-Dègas –dijo-. Acércate, Jingo.

Se trataba de unos dibujitos esquemáticos de coristas y bailarinas, algunas de las cuales se cambiaban de ropas en el interior de unos vestuarios. En uno de aquellos cuadritos, una chica flaca, de senos puntiagudos que apuntaban hacia opuestas direcciones, se colocaba laboriosamente un trapo menstrual de la época entre las piernas, según explicó Mr. Housewater.

-Estos cuadritos, por cierto que carísimos, se los donó al club el Príncipe de Gales, cuando todavía lo era.

-Te refieres a...

-A ese mismo.

Mr. Blanky nunca supo a qué Príncipe de Gales se refería su amigo Jaill Housewater.

Mr. Blanky sabía de historia la historia imperial antigua que enseñaban en las escuelas estatales, no la intrahistoria de queridas, champagnes Roederer y Veuve Clicquot, carrozas de caballos emplumados y duelos al alba que los muchachos ricos aprendían en las contradictorias public schools.

99) generoso, sincero
y áspero

-Llámame Jaill, por supuesto –le dijo Jaill Housewater, llegado el momento, a Mr. Blanky-. A ti tengo entendido que te dicen Jingo. ¿No te importará que te llame por ese apelativo? –Jaill cogió un cacahuete de un platito, lo olfateó, lo lamió y lo dejó caer en la raída alfombra; un segundo se lo introdujo en la boca- ¿Sabes? –dijo- Lejos de mí propiciar relaciones entre empleados de sexos opuestos dentro de la firma, y más grave aún cuando son, hum, relaciones ilícitas, pero haberse follado a Jennifer Brandon-Clerk es un mérito a tenerse en cuenta; no está al alcance de cualquiera. Y en un bulín que las pibas se mean con sólo entrar, según he oído. Bien situado, además. ¿Tienes cochera?

-Sí, es claro.

Jaill levantó un brazo y les trajeron por segunda vez la botella de whisky y el sifón. El whisky era, ahora, no ningún Johnnie Walker de ningún color sino el prohibitivo y costosísimo Lambley's Iron White Mint, un licor fuerte, como dijo Jaill, generoso, sincero y áspero, curado a la piedra, no al sencillo y aburridor roble. Jaill apenas si bendecía su fogoso néctar con un golpecito a la válvula del sifón, que a su vez dejaba colgar y caer unas avaras gotas, ni siquiera un chorrito. Mr. Blanky trataba discretamente, infructuosamente, de echar sucesivos chorritos del sifón en su vaso, porque el whisky aquel le quemaba la garganta.

'Soy poco hombre para estas cosas', se dijo Mr. Blanky en determinado momento.

100) caza mayor

Jaill Housewater le hablaba a Mr. Blanky de caza mayor, de una cacería reciente en la que había participado. Usaba términos de montería que Mr. Blanky apenas si entendía, aunque ponía todo su esfuerzo, toda su voluntad y todo su tesón en entender.

-¿Tu cual fusil prefieres? –preguntó Jaill, bostezando-. Yo el Webley SK-104, por supuesto. Y si de rifles se trata, el mejor, estarás de acuerdo, es el Suomi S-12 finés de retroacción. Es claro que para usar un rifle de esos, Jingo querido, o África o tigres, no esta mera Inglaterra. Yo te lo digo estrictamente entre compinches, Jingo querido. Me refiero a eso del África y de las grandes bestias que he cazado, porque ahora está muy mal visto cazar leones y disparar contra los pobrecitos y debiluchos elefantes y rinoceroceros, y hay que callarse, aplaudir e inclusive darles dinero a esos malditos chantajistas de Wild Life Fund o National Geographic o los de Animals Forever, que son los peores. Esto del ecologismo, querido Jingo, y el equilibrio interespecies, es una moda que sin duda pasará, por supuesto, como pasaron lo del amor libre, los hippies y el budismo y el pacifismo, que hoy ya son todas reliquias. Yo me tengo matada mi buena media docenita de tigres de Sumatra, vamos, bengalíes. Y eso para no hablar de elefantes, panteras nebulosas, rhinos de uno y de dos colmillos, cocodrilos del Nilo y gaviales del Ganges. Los tigres, no obstante, te diré, son mi pasión, mi más profunda debilidad.

-Sí, es claro –dijo Mr. Blanky, meditativo-. Los tigres.

‘Un tigre, al fin y al cabo, es sólo un gato grande’, pensó Mr. Blanky, en mitad de su ya cuarto whisky. Mr. Blanky sintió, en aquel momento, un odio incontenible contra el tigre. ‘De haber un tigre por aquí me lo como a mordiscos’ se dijo.

-¿Y si llevamos a dos pendejas a tu bulín, digamos, mañana? –preguntó Jaill, con languidez- ¿Las pongo yo?

-Sí, sí, mejor las pones tú, por esta vez. A la próxima las pongo yo.

-Choque esos cinco entonces, Jingo, compadre.

Mr. Blanky jamás puso sus dos chicas (¿de dónde las iba a sacar, por lo demás?), pero Jaill cumplió con lo pactado.

101) suave y vulgar

De modo que esa noche, de vuelta en su casa de Luton Town, antes de dormirse, Mr. Blanky, según era su costumbre todavía, le dio un beso en la boca a su mujer, entre bostezos. El olor a gato que Mrs. Blanky despedía se le prendía a Mr. Blanky, ya entonces, a lo largo de la garganta, tráquea, faringe, laringe y esófago, y se le metía en y le retorció el estómago y los intestinos.

Cuando su mujer ya se había dormido, Mr. Blanky bajó a Snowgrass, el cafetín, y, como no permitían vender botellas a esa hora de la noche, se bebió allí cuatro whiskies marca Cutty Sark, un whisky suave y vulgar y sin duda tranquilizador.

‘Los gatos o yo’, se dijo a la par del cuarto whisky, ya que aún le era dable sentir un cierto optimismo. ‘Se lo diré mañana mismo a esa furcia antes de salir para el trabajo’, pensó. ‘O los malditos gatos o yo’.

102) frufnú

Al otro día, Mr. Blanky se lavó los dientes y bajó a desayunar. Cumplidos 36 años, su mujer era una señora ya rechoncha, desaliñada aunque no mugrienta todavía, que sin embargo ya llevaba las uñas con pintura resquebrajada y saltada y comía cream cookies envuelta en gatos, a los que repartía pedacitos.

-Tú espera, Nickie. Acabas de comerte el tuyo. Ven, Frufrú. Es tan tímida la pobre. Se la compré los otros días al caballero del kiosko, que me dijo que la madre pronto producirá una nueva camada, de la que se comprometió a venderme dos a veinticinco libras cada uno.

-¿Vendértelos? ¿A veinticinco libras? Pero si son unos bicharrajos cualesquiera.

-¡Qué dices! Son gatos del Lancashire con cola de bucle. ¿No le ves la cola de bucle a Flatbush, pobrecito, chucuchicuchú?

Mrs. Blanky agarró con una mano al gato llamado Flatbush, con cola de bucle, y se puso a besuquearlo.

Mr. Blanky se fue, harto y asqueado. En su estudio se duchó minuciosamente y se puso ropa nueva, que no olía a gatos ni a sus orines ni tenía pelos de gato pegados.

103) el gerente

Cualquier día de éstos, hoy mismo o mañana o a más tardar el lunes (o podía ser que el martes), el Director General de la Firma convocaría a uno de los subgerentes, le recomendaría discreción y le daría la mano; en ningún momento le diría que lo habían designado para ocupar la silla y un despacho de gerente al otro día de que Mr Daltrie dejara el cargo, pero era

una costumbre de la casa convocar al elegido y los directores la respetaban. Se sobreentendía, porque ¿para qué iba a convocar a quien fuera el director (Mr Kinkaid el Pequeño) si no? El director, por de contado, nada tenía que decirle a ningún subgerente ni gerente in pectore, excepto lo que no le diría.

Lo malo, en el caso de Mr Blanky, consistía en que, en su fuero interno, se sabía menos capacitado que Donovan Elliott para ocupar ese difícil y acongojador puesto, en el que no había que tomar decisiones ni hacer nada. De los 3700 funcionarios (sobrados) de la Casa Matriz de Murchison & Poor, sólo unos pocos jamás tomaban decisiones de ninguna clase. Estos elevados funcionarios se reducían, a saber, al director y los gerentes generales. Y todos ellos, dígase también, vivían en un ay, a expensas de una posible rectificación de sueldo y cargo (¿por qué?) por parte de Mr Housewater, el todopoderoso CEO, quien, por otra parte, apenas si hacía nada que no fuera dar estériles consejos, transmitirle órdenes a su hijo Cronin y pasearse entre cubículos y escritorios de secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas. Eso sí, todo lo que Mr. Housewater no hacía lo no-hacía estremecedoramente bien.

104) hablemos de caballos

¿Por qué Mr Blanky, y esto era reciente, se sentía menos capacitado para el cargo que Mr. Elliott? Ello se debía a que habían tenido una tonta discusión, en la taberna Studs & Haras, en Cadwallis Road, cerca de unos depósitos de la Firma, a propósito de caballos, de la piel de los caballos en

concreto, del color de la piel de los caballos, para decirlo con la mayor precisión, si de lo que se trata es de ser precisos. Una discusión que Elliott provocó, de forma barriobajera y deliberada.

-¿Tú de caballos qué sabes, Jingo? ¿Alguna vez has montado?

-Claro que...

-¿Sabes distinguir un tordo de un overo, un zaino de un alazán, un bayo de un rosao?

-Es claro que sé –afirmó Mr Blanky, y no había terminado de decirlo cuando ya se sabía perdido.

Las paredes de la taberna estaban ilustradas del cielorraso a las tablas de las mesas con caballos, montados o sin jinete, de frente y de perfil, inmóviles o a la carrera. De modo que cuando Mr Blanky dijo, señalando algunas efigies equinas, que los bayos eran negros y que los zainos eran blancos, aquello fue como tirar al aire un dado de diez caras, con la pretensión -o la esperanza. de que cayera en la cara que él había elegido (lo que por supuesto no ocurrió).

Visto el penoso ejercicio caballar de su contrincante (esto es de Mr. Blanky), Donovan Elliott se desentendió del tema con una risita que varios le corearon y un leve pero ostensible, a la par que ofensivo, encogimiento de hombros.

-¿Cuándo me vas a invitar a una festichola en tu matadero, Jingo? –preguntó Donny Elliott, más burlón que zafio pero zafio y hasta grosero también-. A Jaill lo invitas, le cedés las llaves, pero a Donny no; es decir que a mí no, pues nadie sino yo es en la Firma Donny. ¿Qué tiene Jaill para ti, Jingo, que Donny no tenga? Tiene un cargo más alto que Donny, es claro, ahora que caigo. Tiene el cargo más alto de todos. ¿Será por eso, Jingo? ¿Eres un pelota?

-No es por eso –dijo Mr Blanky; miró a la cara a su agresor y añadió, con una voz tan firme que lo sorprendió a él mismo-. No soy ningún pelota. A ti nunca te he invitado a mi apartamento y nunca te invitaré porque no me gustas, Donny. Yo no sabré de caballos, pero tú, ¿de qué sabes?

-De mucho más que tú, que eres un don nadie. ¿Tú de dónde sales? ¿Tienes padre? ¿Lo has tenido alguna vez?

Aquella afrenta era digna, por lo menos, de una bofetada, pero Mr. Blanky se contuvo de propinarla.

Mr. Blanky temblaba, y sabía que si hablaba sólo produciría un risible tartamudeo. Sentía que había enrojecido; se sentía como metido en un horno de vapor. La sonrisita sobradora de Elliott se esfumó.

-Perdona –le dijo Elliott a Mr. Blanky-. No debí decir eso.

Por cierto que en esta ocasión nadie había coreado a Donny Elliott. Se había hecho un silencio espeso, casi palpable, dentro del local, en el que sólo estaban ellos, un grupo de contables, inspectores y subgerentes de la Firma, que ocupaban tres mesas alineadas. Mr Blanky bebió varios vasos que McCue, Miller, Hoffman y otros funcionarios de la empresa le servían con una extraña, con una desconocida solicitud.

Unos cuantos días después, temprano por la mañana, Jennifer Brandison-Clerk se acercó, con su largo andar y su sensual meneo, a la mesa entre mamparas que ocupaba entonces Mr. Blanky.

-El director quiere verle, Mr. Blanky –le dijo, con un tono muy formal; y acto seguido, en un tono más íntimo, susurrante, añadió-. Suerte, Jingo.

105) la víspera

El viaje de inspección se fijó para una determinada fecha, tres meses después de que Mr Blanky estrenara su despacho de gerente. El día de ocupar el despacho llegó, el de viajar se acercaba. Mr Blanky sólo tres veces había subido a un avión, la primera para colaborar en un arqueo de caja que se realizaba en la agencia de Glasgow, y las dos restantes en aquel largo periplo ida y vuelta a Bariloche (República Argentina), que había hecho enteramente borracho, tanto a la ida como al regreso.

Mr Blanky hubiese preferido toda la vida el tren, cuando se vio compelido a desplazarse a Glasgow, pero no podía decir que no cuando pusieron sobre su mesa de mero contable un sobre abierto con los billetes, el de ida cerrado para el día siguiente y el de vuelta abierto. El de vuelta Mr. Blanky lo cerró pero no lo usó; prefirió pagarse de su bolsillo el viaje de vuelta en ferrocarril. El viaje en avión, si bien breve, había sido espantoso. Tres monjas católicas, que viajaban en los asientos de adelante del que ocupaba Mr. Blanky, se persignaban cada dos minutos, por lo que le habían transmitido (al ya aterrado Mr. Blanky) una angustia vital que todavía hoy, pasada una punta de años, subsistía. Y ahora, de paseo por Europa, tendría que volar váyase a saber cuántas veces. De los viajes de ida y vuelta a Bariloche por suerte no se acordaba.

‘Pero por lo menos estaré lejos de esos gatos por un buen tiempo’, se dijo Mr. Blanky, en un principio sólo a modo de consuelo, pero ya esa noche, antes de acostarse, con la maleta preparada y los objetos de mano junto a la bastonera, al lado de la puerta, la idea de que tener que volar era un pequeño impuesto que tenía que pagar a cambio de verse libre de aquella horda inmundada de felix domesticus, de la que Mrs. Blanky, al menos hasta cierto punto y en cierto sentido, formaba parte, lo consolaba y reanimaba como si fuera un suave y agradable licor.

106) el horror

Aquella noche, Mrs. Blanky tardó en dejar el baño, y apareció bañada y acicalada, limpiecita, con una tonta sonrisa así, de nena pícara, en su cara mofletuda, de papada pendular y carnes agobiadas y caídas. Mr Blanky tardó tres segundos en entender; no obstante, en cuanto entendió, sintió que un dedo de hielo le rascaba la espina dorsal. Y era su propia voz la que le decía por dentro, con tono zumbón: ‘Ánimo, chico; una vez es una vez, qué más da’.

-Piensa que estaremos tanto tiempo sin vernos –dijo Mrs. Blanky, mientras se quitaba el negligée, deshábillee o como se llamara esa penosa prenda vaporosa que Mrs. Blanky se había puesto.

Después Mrs. Blanky se quitó los ligueros, que por lo menos eran discretamente blancos, aunque tenían lacitos, cordoncitos y florcitas adheridas, y el pesado sujetador; y por último las enormes bragas que habían tapado hasta entonces su culo gordo, encallecido y plagado de hemorroides.

La náusea hizo a Mr Blanky correr al cuarto de baño y tragar un puñado de comprimidos de Sedalmerk, que en unos minutos mal que bien lo serenaron.

El cronista de esta trágica historia prefiere bajar un púdico telón sobre los sucesivos incidentes de aquella noche de horror y retomar a Mr. Blanky cantando bajo la ducha, a la mañana siguiente, no en su casa de Vansittart Ave., sino en el estudio de Regent’s St., cuyas llaves le iba a dejar a Jaill, quien, no a cambio de dichas llaves (más la tarjeta) sino desinteresadamente, lo llevaría en su Bentley Maroon Silver Personnae al aeropuerto de Heath Row, sala VIP’s N° 5A.

Mr. Blanky había salido de su casa cuando el crepúsculo del alba apenas se insinuaba, y ocho menos cuarto en punto sonaba el timbre de la puerta de calle en Regent's Street.

*-¿Bajas tú o subo yo?-.
Era Jaill.*

-Bajo yo.

107) gente con esa madera

Jaill le dio una serie final de consejos a Mr. Blanky, a fuer de amigos, según subrayo en un par de ocasiones, por lo menos, para el largo viaje de inspección. Mr Blanky tomó buena nota de ellos, aunque rechazó la invitación a un whisky que Jaill le ofreció. Éste sí se sirvió uno, mientras el dócil Bentley, con la mampara intermedia subida, los acercaba por calles rectas y por vueltas y revueltas a aquel destino que Mr Blanky aún temía ligeramente. Había volado tres veces y aún no se había acostumbrado; no se había ni resignado a volar siquiera. Y nunca (él bien lo sabía) se acostumbraría ni resignaría. Fuese como fuese se había librado, temporalmente, al menos, de los gatos; y también de Mrs Blanky; los episodios de la víspera aún le ponían un nudo en el pescuezo.

'¿Cómo me pude casar... con eso?', se llegaría a preguntar.

La primera parada sería Roma; después les tocaría el turno, sucesivamente y por este orden, a Hamburgo, Munich, Estocolmo, Barcelona, Lvov, Nicosia, Praga, Madrid, Varsovia, París, Milán, Salzburgo, Oslo, Zu-

rich, Roma de nuevo y por último Moscú. El itinerario, pensaba Mr. Blanky, parecía confeccionado por su peor enemigo.

-¿Quién organizó este itinerario? –quiso saber.

-Lo confeccionaron muchas manos, Jingo, de acuerdo a muchos motivos de los que ya te darás cuenta a medida que adelantes en las inspecciones. Y recuerda, Jingo: nunca discutas; ordena. Dí lo que te parezca o no digas nada, da igual, pero no opines ni sugieras nada: ordena. No te dejes implicar en discusiones, y menos que con nadie con los milaneses y los zuriqueses, que son gente solapada, capaz de las peores bajezas, golpes bajos, zancadillas y toda clase de desmanes y trapisondas. Tú tienes que tener bien claro que eres un gerente general de la firma, uno y el único gerente, en lo que a los demás concierne, de la casa central, de modo que tú mandas, allí donde estés das tú las órdenes; al que te las discuta le dices que me informarás a mí, a menos que rectifique. Te encontrarás con muchos cabrones, con gente que ha metido hasta el codo en la lata, con soplones de la competencia, con chulos, con chupacirios y falsos beatos, con ejecutivos de la escuela agresiva y con secretarias que te harán caídas de ojo. Guambia con ellas, Jingo. Mira que hace por lo menos ocho años que no se hace una inspección global como la gente y eso es mucho tiempo.

-¿Por qué se dejó pasar tanto?

-Porque faltaba la persona idónea.

-¿La persona idónea soy yo?

-¿Quién si no? Cónstese, aunque no debería decirlo, que tuve que poner mi renuncia inmediata e indeclinable sobre la mesa si no eras tú el elegido. Nuestro egregio presidente chochea; quería el cargo para Donny Elliott, que es un bocazas, un chapuzas, un matón. Hubo un tiempo en que el infatuado canalla te despreciaba, pero ya antes de que te eligieran te to-

*mó respeto, un poco de miedo inclusive, según me pareció. ¿Qué, Jingo?
¿Por qué? ¿Lo sacudiste?*

-Yo no le pego a la gente, Jaill.

-¿Entonces?

-Me preguntó si tenía padre, y yo, en vez de abofetearlo, que era lo que él buscaba, y a lo que me empujaban todos mis instintos, conseguí contenerme y lo miré, sin decirle nada, hasta que bajó la cabeza y me pidió perdón. Fue en Studs & Haras, la taberna de caballos, allá cerca de los depósitos de Cadwallis Road.

-Ésa es la madera, Jingo. Gente con esa madera. Yo estaba seguro; no por nada lo puse todo en tu favor. Estoy seguro de que no me fallarás, de que presentarás un informe completo en el que nada falte y que nada tenga, que los deje a todos boquiabiertos y bien pasmados. No trates de hacer literatura; ve al grano, ya sabes: lo blanco blanco y lo negro negro y que no haya grises, matices, sutilezas.

-Entiendo –arriesgó Mr. Blanky, que no entendía nada.

-Estamos en la misma onda, Jingo, tú y yo.

Jaill le dio varias palmadas a Mr. Blanky en la espalda, al tiempo que estallaba en risotadas que dispersaban partículas de cacahuete por todo en cubículo en el que se hallaban.

108) el viaje

La despedida fue corta y emotiva, por lo menos para Mr. Blanky.

Jaill Housewater abrazó brevemente a Mr. Blanky y le dijo, con una amplia sonrisa:

-Ya se sabe, Jingo. Partir c'est mourir un peu. Estos franchutes tienen frases para todo.

Jaill dio media vuelta y se fue, y Mr. Blanky se adentró por el tubo que conducía al avión.

El avión partió a las nueve y treinta y cinco, como estaba indicado. Era ya la cuarta vez que Mr. Blanky se montaba en uno de aquellos aterradores aparatos, pero su terror crecía con cada vuelo, en lugar de decrecer o disminuir. 'Ojalá Jaill no se entere nunca', pensó Mr. Blanky, que sabía que aquel miedo suyo a volar era un grave handicap con el que cargaba.

109) el adiós

Más temprano por la mañana, Mr. Blanky había salido del dormitorio cuando Mrs. Blanky aún dormía. Mr. Blanky se había afeitado, peinado y vestido en el cuarto de baño; sólo le faltaban la corbata y unos chillones y delatores zapatos, que llevaba en las manos. El portafolios lo recogería de su despacho, y el Burberry's lo esperaba en el perchero anejo a la puerta cancel.

Eran las seis y veinte am cuando Mr. Blanky abrió, con el mayor de los sigilos, la puerta del dormitorio. Del otro lado siempre aguardaban gatos; en esta ocasión había más gatos que nunca, como si se hubieran amontonado para darle a Mr. Blanky el adiós.

Los malditos felinos domésticos parecían un centenar, siseándose amenazadores entre ellos; los había que se lanzaban zarpazos y alevosos

tarascones en el cuello. Varios se le colaron a Mr. Blanky entre las piernas, sin la menor ceremonia, y aunque él hubiera querido echarlos a puntapiés, en primer lugar sólo calzaba las medias, y en segundo y primordial que por Dios ella (la maldita bruja) no se despertara.

‘Cuando vuelva se lo plantearé definitivamente; no por nada soy gerente general de la Casa Central de Murchison & Poor, Vencimientos, Hipotecas y Demás’, se dijo Mr. Blanky, con una rara confianza en sí mismo.

110) medio mareado de miedo

Después de pasar por su despacho, Mr. Blanky se fue al estudio de Regent’s Street, donde por las dudas se volvió a duchar y a cambiarse de ropa. Jaill pasó a recoger a Mr. Blanky por el estudio, como ya se ha adelantado, y lo acompañó en la sala de espera del aeropuerto, sin dejar de darle malvados y necesarios consejos.

Ahora Mr. Blanky ya volaba, medio mareado de miedo pero con una idea que poco a poco se abría paso por sus torturados circuitos cerebrales.

111) la idea

‘Matarla’.

Hacer un viaje relámpago a Londres desde Salzburgo o Madrid sin que nadie lo supiera, asesinar a la maldita bruja y volver a marcharse.

Ahora (Mr. Blanky lo sabía) ya en ningún aeropuerto le sellaban a nadie el pasaporte, a menos que lo pidiera de rodillas, de modo que, si él hacía las cosas de forma inteligente, sin negligencias ni vacilaciones, nadie sabría que había estado fugazmente en Londres cuando debía encontrarse en Milán o en Nicosia.

Mr. Blanky creyó, al bajarse en Fiumicino (Roma), que aquella idea era sólo el producto de su creciente miedo al avión, y que una vez en tierra se la olvidaría; pero no.

La idea no lo abandonaba. Por la noche, Mr. Blanky ya había perfeccionado detalles, muy en concreto la fundamental coartada. Una puta pagada le saldría de garantía. Mr. Blanky la contrataría, le entregaría mil o dos mil libras y le prometería otras tantas. Mr. Blanky justificaría su necesidad ausencia, ante la prostituta, como una argucia comercial. Ella tendría que comprometerse a afirmar, si por un casual la interrogaba quien fuera, lo que de todas formas era improbable, que Mr. Blanky y ella habían pasado juntos el día entero donde fuera.

Después de mucho meditarlo, habiendo ya volado a su segundo destino, que era Hamburgo, Mr. Blanky se decidió por París como la mejor ciudad donde encubrirse, según sus planes. París estaba cerca de Londres, a una horita escasa de vuelo, era una ciudad grande y muy poblada, las putas francesas (por lo que le había oído decir a Jaill) se prestaban a lo que fuera por dinero y además quedaba más de mes y medio para que Mr. Blanky se desplazara hasta la capital de Francia, lo que le dejaba tiempo de sobras para maquinar su plan en todos sus múltiples e imprescindibles aspectos.

112) el plan

¿Mr. Blanky mataría cómo a su mujer? ¿A tiros? Mr. Blanky, a tal efecto, tenía una pistola española, una Astra de calibre 35, en su despacho de M.&P., pero le sería imposible pasar por allí a recogerla. La Glock de Jaill, que éste amablemente le había ofrecido para lo que fuera que Mr. Blanky la pudiera necesitar, estaba aún más lejos de su alcance, porque nadie, ni Jaill siquiera (nadie menos que Jaill, de hecho), debía sospechar que él había vuelto y había matado.

Además, y fundamental, Mr. Blanky apenas si sabía disparar; había estado un par de veces en el Gunfigthers Circle de Medenham Wells, a las afueras de Londres, con Jaill, y había descargado con malísima fortuna un par de cientos de tiros contra unas cada vez más elusivas dianas. Descartadas de esta guisa las armas de fuego, Mr. Blanky al final se decidió por lo más inteligente, a su modo de ver, que era la estrangulación, o con sus manos desnudas o, mejor aún, con una cuerda de fibra sintética de las de tender la ropa.

El arma blanca Mr. Blanky no la había tenido ni siquiera en consideración desde un buen principio, ya que le resultaría imposible hacer sangre en otro cuerpo vivo, aunque fuera el de su despreciada esposa y mujer legal, por la que a estas alturas sentía una indiferencia punto peor que insostenible. No sin embargo hasta el punto de apuñalarla. A Mr. Blanky ver manar la sangre lo mareaba; inclusive la sangre de un pollo o de una gallina.

113) la estrangulación

Estrangularla, en cambio, a Mrs. Blanky, rodearle el gordo cuello con una cuerda para tender la ropa, hasta quizá le produjera a Mr. Blanky placer, o eso al menos quería creer Mr. Blanky. Había quienes se corrían, él lo sabía de la mejor fuente, al practicar el luctuoso menester de estrangular seres humanos. Mr. Blanky no se correría, de eso estaba seguro; cabe que no sintiera siquiera placer ninguno y que en cambio lo envolvieran el asco y el horror, pero hacerlo podía. No le cabía la menor duda. Tenía fuerza en las manos, la suficiente.

114) aquella plomiza y espantosa ciudad

Entonces, cuando se decidió definitivamente por la estrangulación, Mr. Blanky estaba ya en Lvov, aquella plomiza y espantosa ciudad que se desparramaba sobre una pedregosa llanura en el centro de Ucrania (¿o era en Polonia?). Todos los edificios de Lvov eran cubos grises excepto unos pocos, como la sede encristalada de la Gryplicz Lubb, empresa filial de M.&P., y la central del Carroll de Navidad de Músicas Eslavas, único edificio realmente atractivo que había en Lvov.

Relajado, al haber decidido definitivamente el curso de acción a emprender en su homicidio (mejor dicho asesinato), Mr. Blanky se pagó su primera prostituta en aquella feísima urbe. Era una jovencita que le dijo tener dieciocho primaveras, pero que no parecía tener más de diez o a lo sumo once o doce, pero que sabía lo que hacía, eso sin duda. Le costó a Mr. Blanky dos mil quinientos zlotis más una propina, que Mr. Blanky añadió por su propia voluntad, de otros mil quinientos. Mr. Blanky pensaba que

había valido la pena (por lo demás cuatro mil zlotis no sumaban ni siquiera veinte libras esterlinas)

115) a diestra y siniestra

En Nicosia, Praga, Madrid y Varsovia, Mr. Blanky disparó órdenes a diestra y siniestra, no hizo nada (como debía), bebió mucho y conoció más putas. No hubo más novedades dignas de mención. Su plan de asesinato (uxoricidio, de hecho) le parecía audaz e inexpugnable, a poco que no cometiera errores de bulto.

116) parís

Una mañana neblinosa y semilloviznada Mr. Blanky llegó por fin a París. Entonces los nervios volvieron; al rato lo atenazaban.

Mr Blanky se serenó paulatinamente con varias copas de calvados, que bebió en su hotel, el Hôtel du Commerce de la rue Caulaincourt, en el que siempre se alojaba Jaill cuando visitaba la llamada Ville Lumière.

Desde el hotel, antes de subir a su habitación, a la que ya había enviado sus dos maletas, Mr. Blanky llamó a Jaill; lo había llamado antes una vez desde cada una de las ciudades que había visitado hasta la fecha.

Jaill, tan parlanchín y dicharachero en persona, era parco y casi lacónico por el teléfono.

-Tú a lo tuyo, Jingo –le dijo a Mr. Blanky-. Tus informes han sido muy elogiados por las altas instancias de la Firma. Gaveston los calificó de vacuidad absoluta y perfecta, Jingo. Te felicito.

117) un contrato blindado

Hablar con Jaill en aquel atardecer terminó por serenar definitivamente a Mr. Blanky. Mr. Blanky, no obstante, pensaba furiosamente.

Una contrariedad de marca mayor en relación con el proyectado crimen consistía en el hecho de que, con la muerte de Mrs. Blanky, sería fatal que en la Firma se enteraran (que Jaill se enterara) de la relación de Mr. Blanky con la (esperémoslo) difunta bruja maldita. Es decir que se sabría que Mr. Blanky y la bruja habían estado casados hasta la reciente y pertinente defunción de la última. O sea que Mr. Blanky hasta entonces no era viudo. ¿Se le tendría en cuenta esa mentirijilla como algo a cargar en su debe?, hubiese querido saber Mr. Blanky.

Porque mentir, se decía, reconozcámoslo, Mr. Blanky había mentido. Le había mentado nada menos que a Jaill; o mejor no: él sólo había dejado que Jaill se creyera su propia mentira. ¿Y qué? No lo iban a echar ni a degradar por eso. ¿O sí? Sea como fuere Mr. Blanky era consciente de que debía correr el riesgo.

Ahora, por otra parte, en su condición de Gerente General no Sustituto, Mr. Blanky tenía firmado un contrato blindado que le reportaría, ca-

so que lo despidieran, algo más de tres cuartos de millón de libras esterlinas por el despido más otro tanto o algo más por sus trienios lineales de antigüedad en la Firma.

118) un robo con escallo y víctima

A Mr. Blanky, después de toda una vida, le dolería dejar M.&P., qué duda cabía, pero lo prefería antes de seguir viviendo con Mrs Blanky, aquella opaca bruja a la que tanto despreciaba y por la que tamaña indiferencia acrisolada sentía. La tenía que matar, ya que ya ni el odio de antaño subsistía siquiera.

Otro problema que se le presentaba a Mr. Blanky, en este caso frente a la policía, era por qué moriría asesinada la muy bruja. Una razón tenía que haber, y sólo existía una única posible que no lo convirtiera a él (a Mr. Blanky) en el principal y acaso el único sospechoso: un robo con escallo y víctima.

Había muchas cosas, recapacitaba Mr. Blanky, que se podían robar de la mansión de los Blanky en Vansittart Ave., a saber: jarrones de Sèvres, tapices de Gobelín, alfombras de Isfahán, una larga ristra de perlas de los bajíos de Sumatra, diferentes y carísimos electrodomésticos, la cadena de música y audio, el televisor de plasma Bang & Olufsen, anillos y pedrerías que la bruja se había comprado poor aquí y por allá, y por último el dinero que pudiera haber en la casa. Sea lo que fuere que el falso ladrón robara, se decía Mr. Blanky, aquello tenía que desaparecer, y no era fácil. ¿Tirarlo al Támesis, que estaba lejos y a trasmano? ¿Enterrarlo? ¿Qué?

Mr. Blanky llevaba semanas devanándose los sesos, y no encontraba la salida al problema.

119) sucesivos aplazamientos

A la caída de su primera noche parisina, por lo tanto, Mr. Blanky estaba absolutamente desalentado respecto a su planeado asesinato, aunque al mismo tiempo se sentía misteriosamente aliviado. Pospuso, por ende, Mr. Blanky, la ejecutoria de su plan para su estancia en Milán primero, y cuando estaba ya en Milán la pospuso para Oslo o acaso para Zurich, y después la descartó.

Curiosamente, ya no le daba miedo volar.

120) ex spetnatz

En Moscú, no obstante, última parada de su periplo europeo, le hablaron a Mr. Blanky de asesinos profesionales (eran ex spetnatz de los ex servicios especiales del ex KGB ex soviético) que cumplían a rajatabla cuando se los contrataba y que jamás delataban a quienes les pagaban. Como Mr. Blanky demostró interés, no tardaron en apalabrarle una cita con uno de ellos, un gigante de ojos rasgados y piel amarillenta que se llamaba (o decía llamarse) Yaz Rogoshin.

Mr. Blanky le planteó a Rogoshin su dilema, le dejó un plano detallado de los alrededores de su casa londinense y le hizo una minuciosa descripción del interior de ésta, así como de los hábitos de su mujer, a la que a partir de aquella noche empezaría a considerar ya muerta.

121 ¿cuántos gatos?

-¿Cuántos gatos? –le preguntó el russian killer, con un fuerte acento asiático.

-Decenas. No lo sé con exactitud. ¿Importa?

-Es que no quiero hacerles daño, si se puede evitar. Me gustan los mininos.

‘Un asesino sentimental’, pensó Mr. Blanky, ‘Lo que me faltaba’.

Mr. Blanky le dejó quince mil dólares al señor Rogoshin, a modo de anticipo, sobre una mesa, se comprometió a pagarla veinte mil más (en libras esterlinas) cuando el trabajo estuviera realizado, se despidió y se fue a su hotel (con una puta armenia como compañía, algo superior que le tendría que hacer saber a Jaill, que tanto cargoseaba con sus dichasas moldavas).

122 varios gatos maullaban en el gélido jardín

Mr. Blanky volvió a Londres al fin, y dos noches después se emborrachó con Jaill, ambos en compañía de algunas jovencitas (moldavas, como no podía ser de otra manera). Cuando volvió a su casa, en la alta madrugada, Mr. Blanky se encontró a su mujer muerta, apuñalada, y la casa toda revuelta. Por lo que pudo comprobar, faltaba de todo un poco, y varios gatos maullaban en el gélido jardín.

Mr. Blanky, increíblemente sereno, habló con la policía, consiguió simular una cierta histeria pasmada y atónita en presencia de las fuerzas del orden y al día siguiente depositó algo más de doce mil libras esterlinas (exactamente veinte mil dólares estadounidenses de la fecha) en una cuenta cifrada de Liechtenstein. Mr. Blanky temió que aquél fuera un movimiento sospechoso, pero no tenía otro remedio que llevarlo a efecto, ya que los asesinos ex spetnatz ex soviéticos podían ser ferozmente vengativos con quienes incumplían las condiciones de pago. No obstante nada pasó.

123) una feliz viudez

Jaill, por su parte, se tomó a bien la anterior condición falsa de viudo de Mr. Blanky, quien ahora sí lo era.

-Feliz viudez real y verdadera, Jingo –le dijo-. ¿Quién te habrá librado de tu difunta mujer?

-Un ladrón, al parecer. Faltaban cosas.

-¿Qué cosas?

-Joyas, dinero...

-Te ha salido barato, Jingo.

-¿Qué quieres decir?

-¿Sabes quién era Percy Klaus Barnicoat?

-Me suena.

-Fue CEO de la Firma, allá por los años treinta, antes de la Guerra de Hitler vs Churchill. Tú me entiendes.

-Es claro.

-Pues el viejo Percy Barnicoat, al que yo no llegué a conocer, claro está, se deshizo de su mujer, no recuerdo si era la tercera o la cuarta, por la interpósita acción de un asesino a sueldo americano. Percy lo contrató a través de los servicios de la sólida firma Murder Inc., de Philadelphia de Pennsylvania. La cosa, no obstante, se torció, porque una noche, en un night club del Soho, poco antes de que la guerra estallara, Percy se emborrachó y habló. Era oficial de los Glenadale Coldstream Hot Highlanders, y cuando la guerra estalló partió para el frente francés, a las órdenes de lord Gort. Dejó, no obstante, aquí en Londres, rumores y sospechas, que día a día se multiplicaban. Cuando volvió de Dunkerke, tú ya sabes, lo detuvieron en el acto, en el mismísimo muelle, y a pesar de los esfuerzos en su favor de lord Beaverbrook y Anthony Eden y del propio Sir Winston no hubo caso: lo ejecutaron en 1943. Hoy han abolido definitivamente los cadalsos en Inglaterra, pero tú igual ten cuidado con lo que hablas. No todos en New Scotland Yard se chupan el dedo, Jingo.

-Pero Jaill, yo...

-Tú ten cuidado. Sólo eso te digo.

Mr. Blanky regresó a su casa algo borracho, después de una corta y desangelada juerga con moldavas.

124) ni un solo gato

Ahora Mr. Blanky ya no compartía la casa con nadie. Vacía, la mansión de Vansittart Ave. le parecía a Mr. Blanky inmensa; le parecía muda, oscura y hostil.

En los pocos días que llevaban huérfanos de su ama, los gatos se habían dispersado por el vecindario, donde muchos vecinitos de entre 9 y 12 años se divertían disparándoles con tirachinas y con fusiles de aire comprimido; ya habían asesinado a unos cuantos, entre ellos a la repulsiva gata vieja llamada Nickie. Mr. Blanky la había visto y reconocido, medio quemada y colgada de un árbol por la cola. En el triste y vacío palacete de 14 inútiles habitaciones ya no quedaba ni un solo gato. Mr. Blanky, desolado pero no arrepentido por lo que había hecho (o mandado hacer), se paseaba a zancadas por las solitarias habitaciones.

Lo cierto era que aquella barriada, cerca del clausurado zoológico de Boldoon y de la autopista a Kew (antes la carretera), por muchas amplias casas, mansiones y palacetes que tuviera, era más bien menesterosa y llena de pelagatos. Muchos de los vecinos eran borrachuzos que se paseaban en camiseta por las aceras, y otros eran minúsculos funcionarios tories de ministerios y activos aunque ineficaces laboristas de las Trade Unions.

Había que mudarse cuanto antes, y Mr. Blanky lo llevó a cabo en un periquete. Se trasladó a su pequeño y ya un poco decaído apartamento de Regent's Street. Se llevó con él sus libros (tenía poquísimos), sus discos (aún tenía menos), su ordenador, sus diskettes, su televisor de plasma líquido marca Bang & Olufsen y algunas mudas de ropa. De su difunta sólo se llevó aquel medallón.

A los gatos nunca los volvió a ver.

125) sucesivos equívocos y mentiras

Pasaron muchos años.

A Jaill Housewater le resultaba cada vez más grato, a medida que envejecía y sus pasiones declinaban, recordar episodios de su evanescente y acaso más inventada que rememorada juventud.

-Ah, Jingo –le dijo un día a Mr. Blanky-. Te gusta el cine, ¿cierto? A mí los films que se ruedan ahora, te soy sincero, me atraen muy poco. Cosas todas de espías, superhéroes y personajes de dibujos animados, cuando no de dibujos animados directamente, que carecen de profundidad y no tienen auténtica psicología en la que hincar el diente.

“A mí Hollywood, Jingo, parece serte franco, jamás me pareció otra cosa que aquella trivial fábrica de sueños que se gloriaba de ser. Se hicieron buenas películas, sin duda, en los años cuarenta, cincuenta y acaso sesenta del siglo pasado, pero, ¿podían competir con las grandes películas europeas de entonces? No y mil veces no.

“En Francia, en Alemania, en Italia, en Suecia, inclusive aquí, en esta aún provinciana Inglaterra, se hacían películas mucho más intensas, densas y verídicas que en Hollywood. Películas que lo hacían a uno pensar, Jingo, no meros pasatiempos de ladrones y policías, de buenos y malos, de lo blanco vs lo negro, de jóvenes vs viejos y de Robinson vs Cagney, Lancaster vs Douglas o Redford vs Newman. Nada de eso.

“Hoy todas las películas, sean inglesas, alemanas, francesas, suecas o aún hindúes o filipinas o turcas parecen hechas no sólo en Hollywood, sino en el bajo y rastrero Hollywood de nuestros días. Antes no era así.

“Recuerdo claramente a Alhucemas, una prostituta española jovencita, de más o menos mi misma edad de entonces, que fue quien me introdujo en lo que era el cine europeo de antes y entonces. No recuerdo ya bien cómo nos conocimos, y poco importa. Fue Alhucemas quien me llevó a ver aquellas películas de un llamado Ciclo de Cine Difícil, que emitían en una sala pequeña y anodina de no recuerdo qué rincón cerca de Drury Lane.

“¿Sabes, Jingo? Yo sabía que Alhucemas era una profesional, que se iba con hombres por dinero, y sin embargo no sólo jamás me acosté con ella sino que ni lo intenté; no se lo propuse ni insinué siquiera nunca a ella, que no me hubiese dicho que no y yo lo sabía. ¿Romanticismo al cohete? ¿Vanidad juvenil? Castidad no, por de contado.

“En fin. Íbamos los dos juntos al cine, a aquella recoleta salita, a mirar películas difíciles. ¡Qué panzada me di de verdadero buen cine, querido Jingo, en aquellos inolvidables días!, rememoró Jaill Housewater, con evidentes señales de sentirse embargado por unas emociones insólitas en él.

“Recuerdo muy bien aquellas películas, Jingo. Muérete de envidia. Nos proyectaron, entre otras, El año pasado en Marienbad de Alain Resnais; El silencio y La fuente de la doncella, de Ingmar Bergman; Fellini Ocho y Medio de Fellini y La Dolce Vita de Fellini también; La notte de Antonioni; Senso de Visconti; El proceso de Orson Welles, que era la única película de un americano incluida en el ciclo; Alphaville de Goddard; una deliciosa película mexicana de Buñuel cuyo protagonista mataba mujeres mediante el empleo de una cajita de música a la que hacía sonar; por desgracia no recuerdo el nombre de aquel memorable film; vimos también Belle de Jour de Buñuel, aunque de su período francés, más decadente; y Viridiana, una película española dirigida otrosí por aquel inconmensurable director que fue Buñuel. Y Deus e o Diabo na Terra do Sol, una peli brasileña de Glauber Rocha; Teorema de Pier Paolo Pasolini y El tambor de hojalata-

ta, de Volver Schlondorff. Y...¿Para qué darte más nombres, Jingo? ¿Filmes, directores, actores y actrices europeos de entonces, Jingo, ubi sunt, qué se fizieron? Murieron, Jingo, se fueron, como murió y se fue la pequeña Alhucemas, como morirán y se irán todas las moldavas, hasta la última, como moriremos y nos iremos nosotros, Jingo, tú y yo, en un día no lejano aunque imposible de vislumbrar

Jaill Housewater, eso sí, conservaría hasta el último instante de su vida su debilidad desahogada por las chicuelas moldavas, y no tan chicuelas.

De ellas decía:

-Esas muchachas moldavas, Jingo, que caen entre mis garras, tendrán que satisfacer lo que los hipócritas llaman mis depravados deseos, pero se libran, por mi intermedio, de las odiosas mafias rusas, búlgaras, ucranianas e inclusive moldavas, que a tantas jovencitas de aquellos desgraciados países de Europa del Este explotan y comercian como si fueran carne de vacunos. ¿No estás de acuerdo tú conmigo, Jingo?

-Enteramente, Jaill.

-Amo a las moldavas in toto, Jingo. De ser por mí las libraría a todas de esas repulsivas mafias.

La amistad de Mr. Blanky con Jaill Housewater, aunque basada cada vez más en sucesivos equívocos y crecientes falsedades, falsías y mentiras, subsistió hasta la muerte de este último, acaecida de resultas de un confuso incidente de ascensor en el que estuvieron involucradas dos jovencitas moldavas. Del crimen de Vansittart Ave. no habían vuelto a hablar ni Jaill ni Jingo, pero este último siempre se veía culpable en los ojos del primero.

126) la muerte al fin

Jaill, pues, murió y pasó poco a poco al olvido. Jingo se jubiló con plácemes de la Firma (cuyo entonces CEO era nadie menos que el temible Cronin Housewater, que siempre se mostraba muy amable con el ya vetusto Gerente General Full-Degree), un festejo con gorritos de cartón y una placa alusiva a sus 41 años de servicio en la tantas veces mencionada Firma.

Al poco tiempo Mr. Blanky se murió él también, de achaques de puro viejo. Tenía 73 años. Llevaba el medallón de su difunta maldita bruja en el pescuezo y lo enterraron con él.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.